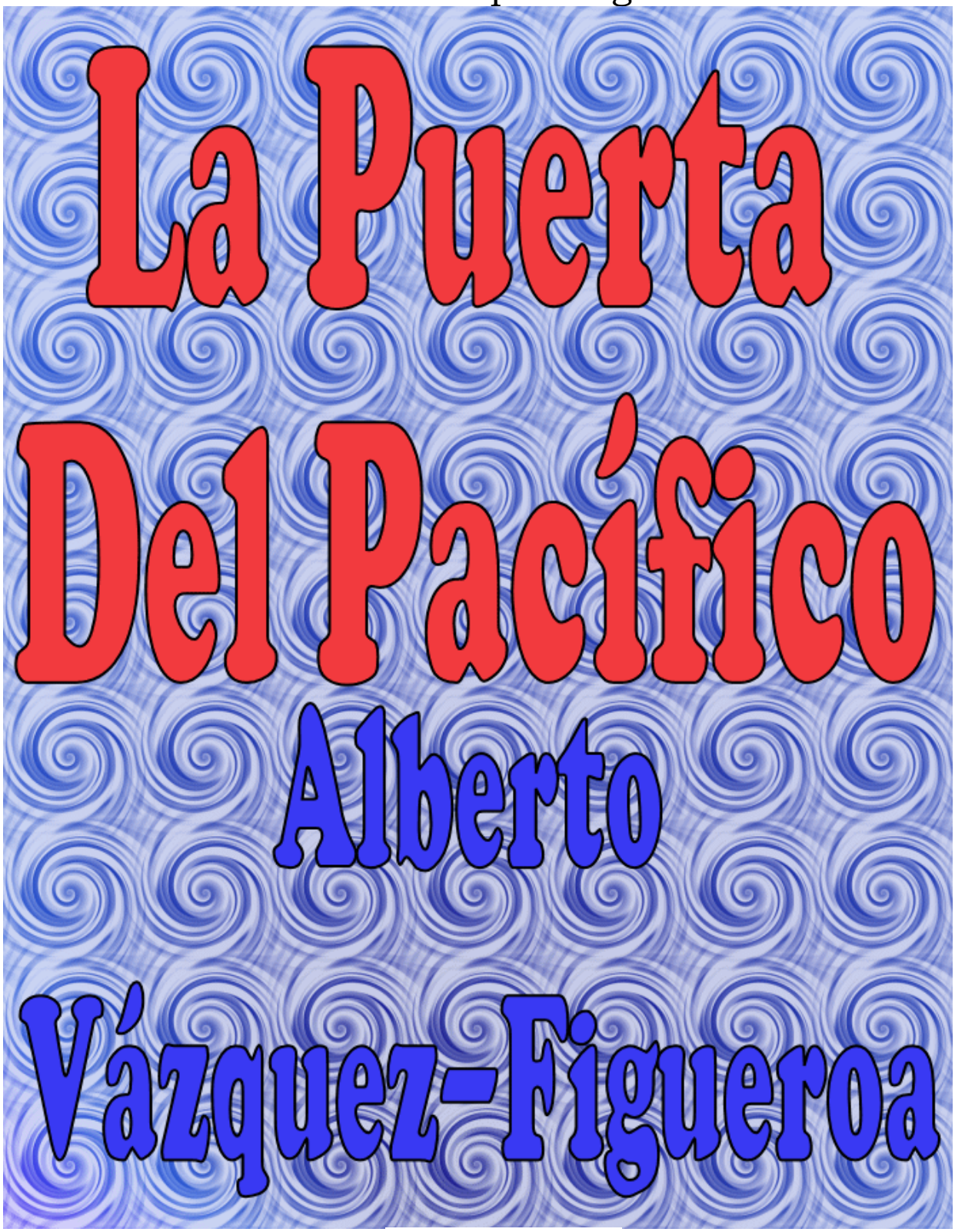
La Puerta Del Pacífico
Alberto Vázquez-Figueroa



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Todas las guerras tienen sus héroes pero a menudo ni siquiera conocemos sus nombres.
Y todas tienen sus historias de amor, de personas cuya pasión es más intensa por la falta de tiempo, por la desesperación y por el miedo de perderlo todo.
La puerta del Pacífico es una historia de heroísmo, muerte, traiciones y amores prohibidos, basada en una de las acciones más inteligentes y audaces, pero menos conocidas, que tuvieron lugar durante la Segunda Guerra Mundial, y que podría haber cambiado el rumbo de la historia.

Fuiste como un cáncer que un ya lejano día se instaló, no sé cuándo, ni cómo, ni por qué, en un rincón perdido de mi cuerpo, y allí te dedicaste a crecer, sin pausa ni medida, sin lógica aparente, pero tan firmemente arraigado y tan indestructible, que el dolor de sentirte en mi interior tan sólo era superado por el dolor de no sentirte cerca.
No existía contra el fulgor de tus ojos al mirarme, tratamiento alguno.
No existía contra el temblor de tu cuerpo al entregarte, ninguna cirugía.
No existían contra el embriagador aroma de tu piel, radiaciones fiables.
Y no existía sinfonía comparable a tu risa adorable.
Por eso una vez más te repito:
Quien quiera saber lo que es amor, que me pregunte. Quien quiera saber lo que es dolor, que me pregunte. Y quien quiera saber lo que es morir de amor y de dolor porque estás muerta, que llame a mi puerta.

Me han pedido una vez más que cuente las confusas y dramáticas circunstancias que me condujeron a escribir la famosa carta que el mar me devolvió tres años más tarde, pero lo cierto es que continúo considerándome incapaz de sentarme frente a un desconocido, ¡supongo que peor sería sin duda si se tratara de un conocido!, con el fin de hablarle de un pasado repleto de momentos en verdad emocionantes, quizá cruciales desde un punto de vista histórico, muy hermosos a ratos, pero también a ratos crueles, amargos, e incluso, en lo que a mí respecta, hasta cierto punto vergonzosos.

Por ello, a la vista de tanta insistencia, y en aras de la parte de verdad que conozco y que puede contribuir a que hechos semejantes no vuelvan a ocurrir con el grave peligro o perjuicio que ello traería aparejado para millones de seres humanos, he tomado la decisión de sentarme aquí, en el blanco porche de mi vieja casona, en el mismo punto en que todo empezó, a intentar escribir, primero para mí, y es posible que más tarde para otros, todo cuanto sé, o cuanto recuerdo, de aquellos prodigiosos hechos, ya que mi famosa memoria, al igual que mis antaño famosos pechos, no son ya lo que eran, ni volverán por desgracia a serlo nunca. Tal como acabo de decir, fue aquí, en este mismo porche, y sentada en este mismo sillón de mimbre en el que dejo pasar ahora la mayor parte de mi vida, a menos de doscientos metros de la playa que se llevó la botella para devolvérmela tanto tiempo más tarde, donde vi por primera vez a Sebastián Germán Barahona Céspedes, de quien comencé a enamorarme mientras aún me encontraba sobre la grupa del caballo, seguí enamorándome en cuanto me libré de los estribos, y apunto estuve de caer de rodillas a sus pies en el momento de ascender por esos cuatro escalones de piedra ya gastada. Cierto es que yo aún no había cumplido los dieciocho años, y a esa edad es cuando a una muchachita soñadora que se dedica a confiar mensajes a las olas le suelen ocurrir semejantes pendejadas.

Pero cierto es, también, que en el momento en que estrechó mi mano y me dejó ciega con la luminosidad de la sonrisa de una excitante boca en la que más que dientes parecía tener focos, advertí que algo deliciosamente cálido surgía de lo más íntimo de mi persona y me humedecía las bragas.

No obstante, en el momento en que se volvió para presentarme a la sifrina de su esposa, que más parecía un esmirriado bonsái de famboyán demasiado podado, que un auténtico ser humano de carne y sobre todo huesos, el tibio flujo se me heló entre las piernas.

¿Cómo era posible que tan fabuloso Tarzán hubiera decidido casarse con la mona Chita?

¿Cómo era posible que tan soberbio gallo de alta cresta, potente voz y afilados espolones hubiera decidido unirse a un desplumado loro que por si fuera poco no paraba de cotorrear banalidades ni tan siquiera un minuto?

No tardé demasiado tiempo en averiguar que ello se debía al hecho de que semejante adefesio impresentable formaba parte del Clan Trujillo, y a nadie se le oculta, ni siquiera tantos años más tarde, que por aquellos tiempos lo que cualquier miembro de la omnipotente y omnipresente familia del «Padre de la Patria, el Benefactor Rafael Leónidas Trujillo» deseaba, o lo obtenía, o acababa destruyéndolo.

Y hubiera resultado una auténtica catástrofe que nadie, y menos que nadie aquella pedorra de todo punto aborrecible, destruyera a un ser tan adorable como Sebastián Barahona.

Lo exhibía como quien exhibe un objeto que hubiera obtenido en una subasta, y lo triste del caso es que el único hombre al que amé a todo lo largo de mi ya demasiado larga vida, nada pudo hacer para no ser subastado, pues tenía muy presente que rechazar las proposiciones de una Trujillo significaba atraer la desgracia, no sólo sobre él, a quien siempre le quedaba el sencillo y lógico remedio de echar a correr y no parar hasta Mongolia, sino sobre su numerosa familia, a la que no le quedaba más remedio que quedarse en la isla.

Allí estaba yo, temblorosa, fascinada, y empapada hasta el punto de que de seguir en el mismo lugar un largo rato hubiese manchado mi impoluto pantalón de amazona, y tiempo más tarde el propio Sebastián me confesó que fue en ese momento cuando se enamoró de mí de la misma absurda forma con que yo me había enamorado de él.

¿Flechazo?
Prefiero decir «mazazo», «coz de mula» o «puñetazo» puesto que la idea de un ridículo Cupido que lanza su frágil flecha con su minúsculo arco dorado poco o nada tiene que ver con la devastadora bola de fuego que había comenzado a corretear por mis entrañas.
El tiempo me ha enseñado muchas cosas, entre ellas la difícil asignatura de aprender a ser sincera conmigo misma; por ello a estas alturas de la vida me veo en la obligación de admitir que lo que yo sentí por aquel fastuoso ejemplar de hombre no fue esa clase de amor puro, romántico y espiritual al que suelen referirse con tanto entusiasmo los poetas, sino más bien una desmadrada pasión en la que lo único que deseaba es que me desnudara a mordiscos y me poseyera con desgarrada furia de todas las formas posibles e imaginables.
No tenía más que diecisiete años, pero el romanticismo se encontraba tan lejos de mi ánimo como las muñecas de mi infancia.
Gracias a Dios no tengo hijos, ni nietos, ni pariente cercano alguno que pueda avergonzarse por el hecho de que admita sin el menor reparo que aquel día, hace ya más de medio siglo, aquí, en este mismo porche y casi a esta misma hora de la tarde, me había transformado de repente en una joven perra en celo.
En cuestión de minutos aprendí a desear y, lo que aún es peor, aprendí a odiar hasta el punto de anhelar que se desatara una brusca tormenta y un rayo viniera a fulminar de una vez por todas a aquella horrenda bruja sin escoba vestida de verde y cargada de joyas. Desde aquel día jamás he consentido en ponerme encima nada de ese maldito color, estúpida e infantilmente convencida de que si lo hiciera estaría admitiendo que empezaba a convertirme en una nueva versión de Rosalba Adelaida Magdalena de la Nuez Trujillo. ¡Joder, qué nombrecitos se gastaba la muy estúpida! Y Juro sobre la cabeza de unos hijos que nunca tuve ni nunca tendré, pero que podía haber tenido, que todo en ella era tan pedante, insoportable, redicho y cursi como sus nombres.
Fumaba en una repujada boquilla de oro macizo de una cuarta de largo, de tanto en tanto esnifaba un rapé que extraía de una cajita de marfil, y bebía a todas horas y a cortos sorbos, copa tras copa de peppermint frappé. ¡Aborrezco ese asqueroso mejunje que adoran las cabareteras!
Su marido -¡Dios, qué trabajo me cuesta escribir esa palabra refiriéndome a ella y a mi adorado Sebastián! constituía, no obstante, el revés de la trama.
De una cultura que en mi ignorancia de entonces se me antojaba infinita, y que el paso del tiempo me ha demostrado que no me equivocaba en mis apreciaciones, sus conocimientos iban mucho más allá de los de la mayoría de los hombres, pero se comportaba siempre de una forma tan sencilla, incluso se podría asegurar que campechana, que nadie en su presencia se sentía incómodo, puesto que trataba por igual a un poderoso y relamido ministro que a un sencillo campesino analfabeto.
Para con todos tenía una sonrisa en los labios y una palabra amable, mucho más amable cuanto más humilde fuera aquel a quien iba dirigida.
Y aquella tarde me guiñó uno de sus enormes ojos de color azabache y me sonrió como si ante mí se considerara el más humilde de los seres de este mundo.
¿Qué tiene de extraño que se me hubieran empapado hasta las suelas de las botas?
Mi madre, con esa especie de sexto sentido que suelen tener las madres en cuanto se refiere a sus hijas adolescentes, entró esa noche en mi cuarto, tomó asiento al borde de la cama, y tras comenzar a darme un suave masaje en los dedos de los pies, cosa que sabía que me encantaba, me advirtió, con exquisito tacto, de los infinitos problemas que nos acarrearía, tanto a mí como al resto de la familia, el simple hecho de poner los ojos sobre un hombre casado, sobre todo si se encontraba casado con un miembro del Clan Trujillo.
-Hasta ahora -me dijo- y gracias en parte a la seguridad que nos brinda nuestra vieja amistad con los Barahona, hemos conseguido que no nos arrebaten las casas y las plantaciones y, sobre todo, que respeten a nuestras mujeres. Te suplico por tanto que no te arriesgues a despertar la ira de Rosalba Adelaida Magdalena, porque esa escobilla de retrete con faldas es,

por eso mismo, muy celosa de cuanto considera suyo, y si le va con cuentos al Benefactor más nos valdría que nos arrojaran al Canal de La Mona con una piedra al cuello. Allí proliferan los tiburones, pero te aseguro que esos malditos «beneficiados» son mucho menos sanguinarios que los esbirros del Benefactor.

A mi madre le sobraba la razón y así tuve que reconocerlo.

Pero Sebastián Barahona me amaba.

Y yo me pasaba las noches en vela anhelando volver a sentir el contacto de su mano en mi mano.

Y tratando de imaginar lo que significaría el contacto de esa mano en mi pecho.

Y entre mis muslos.

Cuando al fin conseguía dormirme amanecía empapada.

Confieso que le hice el amor mil veces antes de hacérselo tan siquiera una vez.

Escribo todo esto, que sin duda me aparta de la historia de violencia y sangre que me piden que cuente, porque considero que si no dejo muy claro desde el primer momento qué era lo que llegué a sentir por aquel hombre inimitable, jamás se podría comprender por qué me comporté como lo hice, ni por qué llegué a los extremos a que llegué sin experimentar más tarde ni tan siquiera un leve atisbo de remordimiento.

No estoy intentando justificarme; tan sólo pretendo que, en lo que a mí se refiere, la parte de los extraños y confusos hechos que más tarde tuvieron lugar se entiendan tal como en realidad ocurrieron.

Esta historia es como un gigantesco rompecabezas y para intentar que se resuelva, los pocos que sobrevivimos a aquel caos tenemos la obligación de contar lo que sabemos con la mayor honestidad posible.

Supongo que si los demás cuentan lo que saben, yo no debo ser menos, puesto que al fin y al cabo resulta evidente que soy «el padre de la criatura», y si no hubiera sido por mí nada de aquello hubiera ocurrido, mucha gente no hubiera muerto, o al menos hubiera muerto muy lejos de allí y en circunstancias no tan dramáticas.

Esto es lo que recuerdo, y lo recuerdo todo, punto por punto y casi minuto a minuto, puesto que son acontecimientos de los que me siento responsable, razón por lo que vuelven a mi mente casi a diario como un castigo divino del que jamás conseguiré liberarme.

Aquella helada y triste mañana de finales de abril, el almirante me observó durante tanto tiempo que consiguió que comenzara a sentirse incómodo, y al concluir tan insistente escrutinio, golpeó repetidas veces con el dedo el grueso dossier que tenía ante él para señalar con aquella voz tan suya, profunda, grave y en cierto modo inquietante que contribuía a que sus subordinados le temiéramos, respetáramos y veneráramos casi tanto como al mismísimo Adolf Hitler.

-No puedo negarle que ésta es una de las operaciones más sorprendentes, imaginativas y arriesgadas, pero al mismo tiempo disparatadas, que han pasado por mis manos -puntualizó mirándome directamente a los ojos-. Y le garantizo que han pasado muchas. -Hizo una corta pausa para inquirir con marcada intención-: ¿Realmente se considera la persona idónea para llevarla a cabo?

-Si no lo pensara nunca me hubiera atrevido a proponérsela, señor -le repliqué intentando mostrarme seguro pese a que me sentía aterrorizado-. Soy consciente de que, a causa de sus múltiples responsabilidades no tiene tiempo que perder.

El almirante tomó otro documento que tenía a su lado y estoy convencido de que fingía leerlo porque me constaba que conocía de sobra cuanto en él se relataba.

-«Capitán de corbeta Karl Reissmüller Alvarado...» -musitó sin alzar la vista en esa ocasión, lo cual me inquietaba aún más si es que ello era posible-. Su hoja de servicios es realmente brillante, pero dejando a un lado la magnífica opinión y la confianza que demuestran tener en usted sus superiores, la cual como es lógico, respeto en lo que vale, no acabo de entender por qué razón considera que debo confiarle el mando de un operativo tan complejo, dado que el riesgo se me antoja excesivo.

-Porque si se culminara con éxito sería una victoria mucho más importante y de mayor resonancia que cualquier batalla de las que se están librando en este momento, y en las que suelen morir miles de compatriotas -argumenté intentando de nuevo mostrarme lo más convincente posible.

-Estoy de acuerdo en que si las cosas se desarrollaran tal como aquí aparecen expuestas infligiríamos a nuestros enemigos un golpe tanto físico como moral del que tardarían años en

recuperarse. ¡Bastantes años! -Se inclinó levemente hacia delante a la hora de insistir con una machaconería que hasta cierto punto se me antojó molesta-: Pero ¿por qué precisamente usted?

-Porque es a mí a quien se le ocurrió la idea, señor -repliqué-. Porque soy yo quien ha diseñado en todos sus detalles la operación, y porque, como ha podido comprobar por mi expediente, mi padre es alemán, pero mi madre era dominicana, debido a lo cual el español es mi segunda lengua.

-¿A qué edad abandonó Santo Domingo? -quiso saber.

-A los dieciséis años, recién acabado el bachillerato.

-¿Conoce bien la isla?

-Pasé en ella toda mi infancia y mi juventud, y dado que mi padre era muy aficionado a la navegación y teníamos un pequeño velero, estimo que conozco la mayor parte del Caribe mejor que mi propia patria.

-Se supone que la República Dominicana también es su patria. -Su alegación era quizá casi un reproche, o tal vez una, forma de provocar una reacción que le permitiera estudiarme mejor.

-¡En absoluto, señor! -protesté cayendo tontamente en la trampa-. Considero que en mi caso el hecho de haber nacido en Santo Domingo fue casi un accidente, y aunque admito que por mi aspecto físico nadie lo diría, ya que al parecer prevalecieron los genes de mi familia materna, mi educación y mis sentimientos siempre han pertenecido a Alemania, y mi padre me inculcó desde muy joven su amor por los ideales del nacionalsocialismo.

-Evidentemente sus rasgos son más latinos que germánicos -reconoció el almirante como si acabara de sufrir una pequeña derrota-. Y ha dado muestras de una absoluta fidelidad a nuestros ideales. Pero no es eso lo que preocupa, sino la necesidad de abrigar la absoluta certeza de que está capacitado para llevar a feliz término una misión tan compleja. -Advertí entonces que rara vez cambiaba de expresión como si se encontrara siempre inmerso en una eterna partida de póquer, pese a lo cual dejó escapar un leve resoplido, cosa extraña en él, y concluyó como si aquélla fuera una verdad incuestionable-: Aborrezco los fracasos.

-Todos cuantos amamos y servimos al Tercer Reich tenemos la ineludible obligación de aborrecerlos, señor -le recordé-, pero en las guerras se asumen riesgos, y ésta es una guerra en constante expansión en la que nuestros enemigos empiezan a ser superiores en número y armamento y cada día lo serán más, por lo que debemos ganarla golpeándoles con fuerza donde menos esperan y más daño produce. ¿Y qué perderíamos si las cosas salieran mal?

-¡Dígamelo usted!

-En el peor de los casos, una treintena de hombres, incluido yo naturalmente, así como algo de tiempo, dinero y material.

-¿Le parece poco?

-Nada, frente a la tremenda importancia de orden material de lo que conseguiríamos y el increíble impacto desmoralizador que obtendríamos si regresáramos triunfantes.

El almirante pareció desentenderse de mí por unos instantes, y se puso en pie con el fin de aproximarse a la ventana y estudiar con una atención en exceso deliberada los negros nubarrones que comenzaban a concentrarse sobre el cielo de Berlín.

-Me temo que va a nevar -masculló por lo bajo, y al poco, y como de mala gana, admitió-: Cierto es, sin duda, que causaríamos al enemigo un enorme daño tanto físico como moral, y eso es lo que hace tan atractiva la aventura que me propone. Nos enfrentamos a una gran victoria, o una pequeña derrota de la que el peor parado sería usted mismo.

-Me alegra que lo vea de ese modo, señor -admití comenzando a experimentar una cierta esperanza-. La victoria sería sonada, pero al tratarse de una operación secreta, la eventual derrota jamás trascendería.

-Excepto para usted.

-Le aseguro que no me preocupa en absoluto que al final fuera yo el que pagara los platos rotos, si es que los hubiera, cosa que dudo.

-Confiemos que si se rompen platos no sean los nuestros. -Entrelazó las manos a la espalda y

sin volverse, señaló-: Por ello estoy dispuesto a aceptar que se haga cargo del operativo con una sola condición...
-La que usted diga.
-Únicamente usted y yo estaremos al tanto de cuál es su verdadero objetivo y, por razones qué de momento no puedo revelarle, tan sólo se llevará a cabo en el día y a la hora exacta que yo designe. Ni un minuto antes, ni un minuto después. -Se volvió a mirarme directamente con el fin de inquirir en un tono que no daba pie a ningún tipo de evasivas-. ¿Cree que puede tenerlo todo dispuesto para dentro de ocho meses?
Mi respuesta fue muy rápida puesto que sabía muy bien de lo que hablaba.
-De sobras si me proporciona los medios adecuados y puedo empezar a trabajar desde ahora mismo.
-¿Está seguro?
-Según usted mismo admitió públicamente el mes pasado, «En el amor y en la guerra nada es seguro» -le recordé-. Pero salvo en el caso de que se den circunstancias muy adversas, estoy razonablemente seguro. Ocho meses se me antoja tiempo más que suficiente.
-¡Bien! -admitió regresando a tomar asiento en su butaca y cerrando el expediente que dejó a un lado de la mesa como si diera por definitivamente zanjado el tema-. En ese caso tiene carta blanca, pero recuerde... ¡Ocho meses como máximo! Puede retirarse.
Me puse en pie, saludé brazo en alto y abandoné el despacho para ir a dejarme caer, como si me hubieran abandonado de improviso las fuerzas, en el primer banco que apareció en mi camino y que se encontraba adosado a la pared del amplio pasillo que conducía a las escaleras centrales del severo y silencioso edificio ministerial.
Habían sido momentos de especial tensión, superior a mi modo de ver a la que hubiera podido experimentar en mitad del fragor de una batalla, puesto que en una batalla tan sólo me hubiera jugado la vida, mientras que durante mi entrevista con uno de los hombres más poderosos de Alemania, que en aquellos momentos era tanto como decir del mundo, me había jugado mi carrera, mi prestigio personal y, sobre todo, los miles de horas de trabajo robadas al sueño que había tenido que dedicar a perfeccionar hasta en el más mínimo de los detalles aquel ambicioso plan de acción que el mismísimo almirante había designado con el sonoro apelativo de «Puerta del Pacífico».
Cuánto tiempo llevaba dándole vueltas a la idea era algo que no me sentía capaz de precisar, pero tal vez cabría asegurar que había sido un sueño de niño que había ido creciendo a medida que me convertía en hombre.
Y no es que pueda decirse que «Carlitos Cabezabuque», que era como solían llamarme mis compañeros de colegio allá en la isla, hubiera sido nunca un niño especialmente soñador, puesto que siempre me comporté como lo que en realidad soy; un alemán serio, responsable, trabajador y pragmático, y no como a mis condiscípulos les hubiera gustado que fuese, un dominicano bebedor, jaranero, irresponsable y fantasioso.
Mi padre, que había nacido en Hamburgo, había llegado a principios de siglo a la isla con el cometido de modernizar y automatizar los casi prehistóricos ingenios azucareros, una industria esencial para la economía dominicana, y mi madre, natural de Puerto Plata, era famosa por su escandalosa risa, su provocativa forma de cantar la cumbia, y la rotundidad de sus caderas, pero casi desde que tuve uso de razón experimenté un profundo rechazo hacia cuanto significaba la salsa, el bullicio y el desmadre criollos, materias en las que mi madre destacaba con luz propia, y una profunda atracción hacia el recogimiento, el silencio, el estudio y el amor por el detalle y las cosas bien hechas que me inculcaba mi padre.
Debido a ello, siempre me sentí un extraño en un mundo en el que todo parecía dejarse siempre para el día de mañana o para la improvisación, por lo que no resulta extraño que me convirtiera, desde el día en que puse el pie en el parvulario, en el primero de mi clase. Al regresar a casa solía encerrarme en el despacho de mi padre, que además de enseñarme inglés y alemán y ayudarme en los estudios, me inculcaba el amor por la literatura, la pintura, la buena música y sobre todo la navegación de la que era un gran aficionado, por lo que casi

Librodot

cada fin de semana solíamos aparejar su viejo velero de doce metros de eslora, el Cazavientos, con el que recorríamos juntos el Caribe mientras mi madre, ajena a cuanto no fuera música pachanguera y fiestas que se prolongaban hasta el amanecer, prefería quedarse en la isla alegando que el solo hecho de poner el pie sobre la cubierta de un barco le producía jaqueca.
-Del mar ni el ruido, y que se lo queden los peces -acostumbraba decir-. Y el agua, justa la que hace falta para ducharse.
Por qué desconcertante razón dos seres tan absolutamente dispares habían decidido casarse y tener un hijo, o más probablemente casarse porque iban a tener un hijo, es algo que siempre se me antojó un misterio, y en las escasas ocasiones en que intenté que mi padre me lo aclarara, se limitó a replicar que el amor solía impulsar a ciertos seres humanos, entre los que se incluía, a cometer locuras de difícil comprensión para quienes no estaban en su piel.
-Pese a todo cuanto nos separa -concluía- tu madre ha sabido hacerme más feliz de lo que me hubiera hecho nunca una mujer de mi clase y educación, por mucho que hubiera sabido compartir todos mis gustos y aficiones.
En aquellos tiempos me consideraba demasiado joven como para entender tales razonamientos, pero lo cierto es que, tantos años más tarde aún continúo sin entenderlos.
Aunque lo que en verdad importa ahora es el hecho indiscutible de que durante la mayor parte de mi infancia y mi pubertad me sentí siempre muy a gusto con el concepto germánico de la vida que representaba mi padre, y que nada me ha hecho cambiar de modo de pensar pese al largo tiempo transcurrido y los mil amargos y dramáticos sucesos de los que he sido testigo y en cierto modo protagonista.
Debido a ello, en el momento en que acababa de abandonar el enorme despacho me sentía inmensamente feliz al comprobar que todo cuanto mi padre se había esforzado en enseñarme con su infinita paciencia estaba en trance de dar sus frutos, ya que acababa de recibir del todopoderoso almirante Wilhelm Canaris, cerebro indiscutible de los servicios secretos del Tercer Reich y uno de los hombres más inteligentes del último siglo, el visto bueno necesario para llevar a cabo una de las acciones bélicas más brillantes, ambiciosas y arriesgadas que nadie hubiera concebido jamás.
Yo era sin duda el hombre justo, en el lugar justo y en el momento justo, y sin el cúmulo de circunstancias que se daban en mi persona nadie hubiera sido capaz de concebir un proyecto semejante.
Tenía por tanto la ineludible obligación de llevar a feliz término una arriesgada hazaña que obligaría al mundo a reconocer que el nuestro era un pueblo no sólo culto, valiente, inteligente y trabajador, sino también audaz, imaginativo, con ese punto de locura sin el que jamás puede darse la genialidad.
Triunfaríamos donde nadie había triunfado ni soñaría que se podía triunfar, humillando a nuestros enemigos en el corazón de su orgullo.
Tal como el almirante había supuesto, las últimas nieves del año habían hecho su aparición días atrás, por lo que gruesos copos blancos se dejaban caer muy despacio sobre el negro automóvil que avanzaba por el sendero de grava en dirección al palacete que había elegido como cuartel general de la operación denominada Puerta del Pacífico, a poco más de treinta kilómetros al suroeste de Berlín.
Recuerdo que comenzaba a caer la tarde y me encontraba observando desde detrás de los cristales del balcón principal la llegada del vehículo, mientras escuchaba a Gustav Moewes, que por aquel entonces debía haber cumplido treinta años, pero cuyo rostro se me antojaba muy marcado, como si en lugar de un sedentario pianista se hubiera tratado de un viejo marinero curtido por mil soles, y que sentado en una ancha butaca, a mis espaldas, leía con notable soltura un texto en español.
-«El perro del caballero ladró por tres veces» -decía, y se advertía por su acento que había aprendido el idioma en los países del Cono Sur-. «Pero el jinete ni siquiera le dedicó una mirada puesto que estaba pendiente de lo que podría ocurrir más allá de los árboles que se alzaban en lontananza, al otro lado del río...»

Librodot

El automóvil se detuvo y de él descendió una mujer muy alta de la que no alcancé a distinguir el rostro, y que aparecía envuelta en un negro abrigo de pieles de amplia capucha, lo que le confería un cierto aire de misterio.
A estas alturas debo admitir que para mí Laura siempre fue un misterio.
Me inquietó la primera vez que la vi, y su recuerdo aún continúa inquietándome.
Penetró decidida en la mansión y tan sólo entonces me volví hacia Gustav Moewes, que parecía tener un especial interés en continuar leyendo.
-¡De acuerdo! -le dije-. No hace falta que siga. Su castellano es correcto, aunque le ruego que se concentre en la pronunciación de las erres.
-Lo tendré en cuenta, señor -replicó asintiendo una y otra vez tal como tenía por costumbre-. Las erres y las eñes siempre constituyen un grave problema para quienes no hemos nacido en España o Sudamérica, pero creo que aplicándome a fondo conseguiré domeñarlas.
-Estoy seguro de ello -admití, y desde luego no mentía-. Indíquele a mi secretaria que usted forma parte del equipo y ella le dirá lo que tiene que hacer.
Fue en ese momento cuando Gustav Moewes me saludó extendiendo el brazo de una forma harto exagerada al tiempo que entrechocaba marcialmente los tacones dispuesto a abandonar la estancia, por lo que me vi en la obligación de detenerle con un gesto.
-¡Nunca más! -le reprendí severamente y procurando mostrarme lo más firme posible-. ¿Me ha oído bien, Gustav? Nunca más salude de ese modo. A partir de ahora ya no forma usted parte del ejército, y ese modo de saludar, y las dichosas erres, es lo único que le puede diferenciar de un latino.
-Lo tendré presente.
-Tiene que tenerlo muy, pero que muy presente -insistí-. El día en que se inicie el viaje todo aquel que recuerde, aunque tan sólo sea ligeramente, a un alemán, se quedará en tierra y lo más probable es que en lugar de en una cálida playa de Sudamérica, acabe combatiendo en el helado frente oriental.
-No lo olvidaré, puesto que sin duda las playas de Sudamérica resultan mucho más apetecibles que las nieves del frente oriental, capitán.
-¡De eso puede estar seguro! Y recuerde igualmente que a partir de este momento ya no soy su capitán sino don Carlos, un hijo de puta algo pedante, que gracias a la plata de su papá llegó a presidente y máximo accionista de la empresa de importación de maquinaria para la que usted trabaja desde hace más de dos años.
-¡Descuide, don Carlos! ¿Manda usted algo más?
-¡Nada, Gustavito! -le repliqué haciendo hincapié en el diminutivo para que fuera acostumbrándose-. ¡Vaya con Dios! ¡Y atento a esas erres!
En cuanto Gustavito hubo abandonado el despacho me parapeté tras la mesa puesto que tenía ya una clara idea de cuál sería mi próxima visita, y efectivamente al poco resonaron unos discretos golpes en la puerta, ésta se abrió y un soldado se cuadró muy serio al tiempo que señalaba escuetamente:
-La señorita Laura Espronceda, capitán. Inmediatamente dejó paso a la pasajera del automóvil negro, y apenas el soldado hubo cerrado la puerta tras ella, se despojó del abrigo para permitir que admirase a mis anchas a una esplendorosa mujer muy morena de cabello y piel, enormes ojos castaños e inquietante belleza.
Me puse en pie, admito que sinceramente impresionado, puesto que la realidad superaba todas mis expectativas, y le estreché la mano apoderándome del abrigo que coloqué en un perchero al tiempo que le indicaba con un gesto que tomara asiento.
-¡Encantado de conocerla! -creo que dije, aunque supongo que en realidad balbuceé más que hablar-. Y gracias por acudir con tanta rapidez.
-Era mi obligación -replicó en un tono de voz cálido y profundo, que era el que a mi modo de ver cabía esperar de una criatura semejante.
-En efecto, era su obligación -no pude por menos que admitir-. Pero no suele ser lo que se acostumbra entre las mujeres de su clase, a las que me consta que les gusta hacerse rogar.

-¿Y qué sabe usted sobre la clase de mujer que soy? -inquirió con un leve tono de burla que temo que casi me hizo ruborizar pese a que había regresado a tomar asiento tras la mesa, fingiendo estudiar, tal como solía hacer el almirante, la carpeta que tenía ante mí.
-Sé lo que cuenta su expediente -repliqué al fin esforzándome por recuperar la calma y dejar de comportarme casi como un colegial-. Que nació usted en Santiago, hija de padre chileno y madre alemana.
-En efecto -admitió de inmediato-, nací en la capital, pero mis padres murieron cuando yo apenas contaba nueve años, por lo que me crié con mis abuelos en Viña del Mar.
-En ese caso supongo que no le importará que me esté dirigiendo a usted en castellano -quise saber. Apuntó una leve sonrisa que la hacía parecer aún más atractiva si es que ello era posible, y que debía servirle para abrir de par en par todas las puertas y cientos de corazones.
-En realidad lo prefiero -replicó-. Aunque casi siempre hablaba en alemán con mis abuelos, algunos giros aún se me resisten porque ellos llevaban muchos años en Chile y con demasiada frecuencia mezclaban ambos idiomas.
-Lo comprendo puesto que a mí me solía suceder lo mismo -dije e intenté observar su reacción al añadir-: ¿Tiene idea de qué es lo que pretendemos de usted?
-¡En absoluto! -fue la sincera respuesta que dejaba entrever un cierto tono de indiferencia-. Pero, sea lo que sea, lo acepto.
-¿Y eso?
-Estoy convencida de que el futuro del mundo será mucho mejor cuando el nacionalsocialismo imponga orden y justicia. Hoy en día no existe más que caos.
-Comparto plenamente su opinión y por ese motivo ambos estamos aquí, pero le suplico que sea la última vez que la expresa -le advertí-. Si pretende entrar a formar parte de mi equipo, a partir de este momento usted no es más que una chilena con cuatro generaciones de pura sangre latina en las venas, que no habla una sola palabra de alemán, no tiene la menor idea de lo que significa el nacionalsocialismo, ni le importa un pimiento lo que ocurra en el resto del mundo siempre que no le afecte personalmente. -Creo que ahora fui yo el que pretendió esbozar una sonrisa en un inútil esfuerzo por quitarle hierro a mis palabras-: Ésa es mi primera orden, y bajo ningún concepto admitiré que sea desobedecida.
-¿Y la segunda?
-Que vaya haciéndose a la idea de que actuará como la amante esposa, algo presuntuosa, sofisticada y engreída, pero exquisitamente elegante y educada, de Carlos Buenaventura, un próspero hombre de negocios venezolano algo patán y algo excéntrico, que está a punto de establecer una sucursal de su importante empresa de importación-exportación de maquinaria pesada en San Juan de Puerto Rico.
-¿Y puedo saber quién es el tal Carlos Buenaventura? -puntualizó remarcando mucho las palabras y con un deje de ironía en la voz que me obligó a sentirme una vez más terriblemente incómodo.
-Yo.
-Lo suponía -admitió sin cambiar para nada el tono-. ¿Significa eso que tendré que cumplir con las obligaciones que se supone que le exigen a una amante esposa por muy presuntuosa y sofisticada que sea?
-Espero que no. -Intenté tranquilizarla extendiendo la mano con las palmas hacia delante como si me rindiera ante ella-. Pero eso es algo que tan sólo el tiempo dirá y que dependerá exclusivamente de las circunstancias. La misión que tenemos que llevar a cabo es tan importante y exigirá tanta dedicación que dudo mucho que me quede tiempo para pensar en otra cosa, por más que reconozca que es usted una mujer extraordinariamente atractiva.
-Supongo que nos estamos refiriendo a algo que en el mejor de los casos tan sólo exigiría unos minutos de dedicación, pero ése es un detalle que ahora no viene al caso -replicó en un tono más distendido para inquirir a continuación-: ¿Tendré que comportarme en alguna ocasión como una esposa infiel con el fin de conseguir información?
-Confío en que tampoco sea necesario, aunque no debemos descartarlo de antemano. -Creo

que en aquellos momentos pretendía que comprendiera que mi punto de vista no respondía en absoluto a motivaciones de tipo personal-. Durante una guerra, y con una operación tan compleja como la que tenemos entre manos, siempre pueden darse circunstancias con las que no contábamos y frente a las que debemos reaccionar con rapidez y sin escrúpulos.
-¿Y puede saberse cuál es el objetivo final de esta al parecer harto complicada y extraordinariamente secreta misión? -inquirió con evidente ironía.
-Rotundamente, no. -Lo que dije a continuación me costó un cierto esfuerzo, pero sabía que tenía la obligación de aclararlo y por lo tanto no dudé en hacerlo-. Y por su propia seguridad procure mantenerse en la ignorancia, porque si llegara a sospechar que sabe demasiado me vería obligado a eliminarla.
-¿Eliminarme? -repitió ahora, a todas luces desconcertada.
-Eliminarla -insistí-. Son órdenes muy precisas que vienen de muy, muy arriba, y que no pienso desobedecer.
-Pero cuando dice «eliminar» ¿se refiere a apartar del equipo o a eliminar físicamente y de un modo definitivo?
-Del más físico y definitivo que nadie pueda imaginar -puntualicé sin el menor cargo de conciencia e incluso un cierto placer-. Las medidas de seguridad son tan estrictas que únicamente el almirante y yo podremos saber cuáles serán nuestros objetivos.
-Vaya por Dios! Bueno es saberlo. ¡De acuerdo! -admitió sin el menor aspaviento, como si semejante planteamiento se le antojase el más natural del mundo-. Prefiero la sinceridad y saber a qué atenerme.
-Me alegra que lo entienda -reconocí-. Si vamos a trabajar juntos es conveniente que no haya malentendidos de ningún tipo. Estoy decidido a sacrificar a quien haga falta, por mucho que pudiera significar para mí, con tal de llevar este barco a buen puerto. Recuerdo que dudó unos instantes, me miró a los ojos, recorrió con la vista el despacho, que debo reconocer que resultaba tan impersonal como cualquier otro despacho oficial, y por último señaló como quien de pronto decide lanzarse al agua de cabeza:
-Puestos a ser sinceros, más vale que dejemos todo claro desde el principio, ¿no le parece?
-Sería lo más justo -admití.
-¡De acuerdo entonces! -dijo-. Quiero que comprenda que puede confiar en mí porque me considero una buena patriota y una mujer decidida y bastante inteligente. Sé muy bien cómo hacer que los hombres se sientan a gusto en mi compañía, cómo conseguir que disfruten en una cama, e incluso cómo hacerles creer que me han hecho gozar hasta volverme loca. O sea que si me dedicara a la prostitución de altos vuelos no tendría precio.
-Lo supongo.
-Puedo incluso ser muy buena amiga y compañera de algunos hombres, siempre y cuando no me pongan la mano encima -continuó para cambiar de improviso el tono de su voz y añadir casi mascando las palabras-: En ese caso no puedo por menos que despreciarlos. ¿Entiende a lo que me refiero?
-Perfectamente, y le agradezco que haya sido tan explícita, aunque en realidad semejante aclaración no es necesaria. Consta en su expediente. Como comprenderá, nuestros servicios de información conocen perfectamente cuanto se refiere a la vida de una mujer que llegó a ser tan poderosa como la condesa Von Fischer, de la que tengo entendido que fue usted secretaria durante más de cinco años.
-De secretaria nada -aclaró con desconcertante desparpajo-. Jamás tomé una sola nota, escribí una carta ni respondí a un teléfono. No siento el más mínimo pudor en reconocer que era su amante y que durante todo ese tiempo no viví más que por ella, de ella, y para ella.
-¿Es cierto, tal como aquí se asegura, que cuando la condesa murió usted intentó suicidarse? -quise saber aunque debo confesar que me incomodaba hacer semejante pregunta.
-Ése es un tema del que preferiría no hablar, a no ser que afectara de algún modo a mi capacidad de serle útil -replicó con evidente frialdad-. Pertenece a mi pasado. Aún no había cumplido diecisiete años cuando conocí a Erika, lo era todo en mi vida y al morir,

Librodot

curiosamente también en accidente como mis padres, fue como si me hubieran dejado huérfana por segunda vez. Huérfana y viuda.
-¿Cree haberlo superado?
-¿Y qué remedio me queda? -exclamó-. Cinco años es tiempo más que suficiente como para que los recuerdos, incluso los de la más perfecta felicidad, acaben por diluirse en la memoria.
Pasé un largo rato estudiando con atención aquel hermoso rostro, ahora ligeramente ceniciento, como si estuviera intentando averiguar qué era lo que pasaba en aquellos momentos por la mente de una mujer que me producía un notable desasosiego, y tras darle un tiempo para recuperarse por el aparente mal trago por el que había pasado, insistí:
-Es cosa sabida que la condesa le dejó la mayor parte de su fortuna, lo cual significa que podría vivir lejos de la guerra y sus infinitos problemas. ¿Por qué está dispuesta a correr un riesgo que tal vez podría costarle la vida?
-Porque Erika hubiera deseado que defendiera sus ideales incluso hasta la muerte si fuera necesario. También aborrecía a los hombres, pero adoraba a Adolf Hitler, a quien consideraba un semidiós. -Sonrió con una cierta amargura al añadir-: Siempre me decía que era la única persona con la que estaba dispuesta a serme infiel.
-¿Y usted le hubiera sido infiel con el Führer?
-Solamente si ella me lo hubiera pedido y siempre en su presencia. Pero ahora está muerta, y en su memoria me siento dispuesta a hacer cuanto se me exija por el bien del Tercer Reich.
-¡De acuerdo! -admití dando por concluida, de momento, la larga y extraña entrevista-. ¡Bienvenida al equipo!
-¿Cuándo empiezo?
-Ya ha empezado.
-¿Y qué es lo que tengo que hacer, aparte de no preguntar sobre temas que me puedan acarrear problemas?
-En primer lugar, aprender a cifrar y descifrar mensajes de modo que sea capaz de hacerlo casi con los ojos cerrados -repliqué-. Ésa es su principal prioridad en estos momentos.
-¿Y en segundo lugar?
-Deshacerse en este mismo instante de todo aquello que pueda hacer sospechar, ni aun remotamente, que tiene o ha tenido en alguna ocasión la más mínima relación con Alemania o con los alemanes. -Le apunté con el dedo de una forma deliberadamente acusadora al insistir-: Ropa, zapatos, bolsos, joyas, relojes, cartas, postales, fotos e incluso los más íntimos recuerdos que pueda albergar de nuestro país, tienen que desaparecer para siempre de su vida.
-¿Para siempre?
-Para siempre quiere decir hasta que la misión haya concluido, puesto que a partir de este mismo momento dicha misión constituye toda su vida y nada más debe existir aparte de ella. ¿Lo ha entendido?
-Perfectamente.
-¿Y se siente en capacidad de seguir adelante haciendo cuanto se le ordene sin derecho a preguntar o protestar?
-¡Naturalmente!
-¡Bien! En ese caso mi secretaria le pondrá al corriente de lo que necesita saber por el momento.

Librodot

No me resultó en absoluto sencillo cumplir la promesa que le había hecho a mi madre, pero dentro de la inconsciencia de mis pocos años, fui lo suficientemente consciente como para aceptar que no tenía derecho a arriesgar la vida de mis padres, mis hermanos y mis abuelos por el simple hecho de que me ardiera la entrepierna.

Arranqué la página de una revista en la que aparecía una hermosa fotografía de cuerpo entero de Sebastián, recortando con especial delectación la parte en que aparecía, colgada de su brazo y apoyando la cabeza en su hombro, la repelente cacatúa desplumada, y me conformé durante meses con el solitario y no siempre silencioso placer de masturbarme como una mona contemplando y besando una y mil veces aquel divino rostro, hasta el punto de que al fin mis babas acabaron por emborronar su imagen.

Conseguí otra fotografía pero ya no era tan buena. Fue un largo verano.

Tan sólo quien haya pasado tres interminables meses tumbada en las playas caribeñas disfrutando del sol y el mar y aspirando el penetrante olor de una lujuriante vegetación que penetra hasta la médula, podrá hacerse una ligera idea de lo que significó para una jovencita locamente enamorada el tremendo martirio de necesitar que el hombre al que adoraba se tumbara sobre ella a la sombra de una palmera con el fin de convertir en realidad todos tus sueños y no conseguirlo nunca.

Admito que no me hubiera resultado en absoluto tarea difícil encontrar un sustituto, y que incluso me vi en la necesidad de rechazar a más de una docena, pero lo cierto es que yo sabía muy bien qué era lo que quería y a quién quería, y en el fondo de mi alma estaba convencida de que acabaría consiguiéndolo.

Y del mismo modo estaba convencida de que ese día tenía la obligación de entregarme a él tan intacta como lo estaba la tarde en que ascendí por los cuatro escalones de este porche, ruborizada, estremecida y casi idiotizada.

Recuerdo que aquel verano le escribí a Sebastián más de treinta cartas de amor que encerraba en botellas de ron y las lanzaba al agua convencida de que de algún modo llegarían a sus manos.

Como es natural nunca llegaron, pero tampoco el mar me devolvió ninguna.

Mi madre me observaba.
Resulta sorprendente hasta qué punto una madre es capaz de penetrar en lo más profundo de la mente de sus hijos sin necesidad de hacer ni una simple pregunta.
Yo siempre había sido una muchacha alegre, amante de los largos paseos a caballo, las fiestas y las risas, pero de la noche a la mañana me había convertido en una criatura adusta y amargada; una triste sombra de mí misma, que había perdido el rumbo por culpa de un ser inalcanzable al que mi familia y el mundo entero parecían estar empeñados en que jamás volviera a ver. Por ello, cuando concluyó el verano y llegó el momento de embarcarme de regreso a California mi madre consiguió al fin suspirar aliviada.
Confiaba ciegamente en que los exigentes estudios, mis muchos amigos en una ciudad tan lejana como Los Ángeles y un ritmo de vida tan diferente, me ayudaran a olvidar mis pesadillas.
Por ello, en el momento en que agitaba alegremente la mano en señal de despedida mientras el gigantesco vapor comenzaba a alejarse del muelle y alzó los ojos para descubrir en la cubierta superior la inconfundible silueta de Sebastián Barahona, palideció a ojos vista, las piernas le temblaron, y a punto estuvo de echarse al agua para nadar hasta donde me encontraba con el fin de obligarme a regresar a tierra.
Comprendió, sin el menor esfuerzo, que lo que con tanto empeño se había propuesto evitar estaba a punto de ocurrir.
¡Y ocurrió!
¡Naturalmente que ocurrió!
Navegábamos justo frente al cabo Beata cuando mi virginidad se convirtió en un hermoso recuerdo.
No es broma, ni es culpa mía que, por alguna extraña razón que ignoro, la altiva punta de tierra que marca el extremo sur de la isla en que nací se denomina cabo Beata, aunque reconozco que no es el nombre más apropiado para determinar el punto exacto en que una joven católica deja de ser virgen sin haber contraído matrimonio.
¡Pero valió la pena!
¡Ya lo creo que valió la pena!
Todas mis expectativas se cumplieron con creces puesto que Sebastián Barahona demostró ser el amante más apasionado, tierno y generoso que la más exigente mujer pudiera desear, por lo que no exagero si admito que durante aquellos hermosos e inolvidables días con sus largas y fabulosas noches, me compensaron más que sobradamente de los interminables meses del amargo verano en que me había tenido que contentar con tristes sucedáneos.
Durante el tiempo que duró la travesía apenas pusimos los pies fuera de mi camarote, y las pocas veces que salimos tuvimos la precaución de hacerlo por separado y fingiendo no conocernos, puesto que eran muchos los dominicanos que viajaban en aquel mismo navío, aunque la mayoría lo hicieran con destino a Acapulco.
Sabíamos perfectamente que la más mínima indiscreción habría bastado para que antes incluso de penetrar en las aguas del Pacífico, alguna alma caritativa se hubiera apresurado a telegrafiar a Rosalba Adelaida Magdalena de la Nuez Trujillo con la manifiesta mala intención de ponerle en antecedentes de las fogosas actividades extramatrimoniales de su esposo.
Por qué extraña coincidencia se encontraba su marido a bordo de aquel barco, no tiene sin embargo nada de extraño, ni mucho menos de coincidencia.
Sebastián me confesó de inmediato que lo sabía todo sobre mí, que averiguó que estudiaba en Los Ángeles, que preguntó en la universidad la fecha exacta en que se reanudaban los cursos, y que por lo tanto no le costó el menor esfuerzo comprobar en la única agencia de viajes que por aquellos tiempos existía en Santo Domingo, el día y nombre del buque que había elegido para viajar.
El resto le resultó muy sencillo dado que, a causa de importantes negocios privados, tenía que desplazarse con relativa frecuencia a la costa Oeste de Estados Unidos y casi siempre solía

hacerlo solo.
Su muy amada esposa aborrecía navegar, puesto que tenía la adorable costumbre de marearse como una cabra, debido a lo cual se veía obligada a pasarse la práctica totalidad de las travesías vomitando y gimoteando. Se daba también la especial circunstancia de que a los miembros del Clan Trujillo les aterrorizaba la idea de abandonar una paradisíaca isla en la que se sentían intocables y todopoderosos, para sumergirse en la vorágine de unos países en los que pasaban a convertirse en seres anodinos, o lo que era aún peor, en personajes odiados, abucheados y despreciados.
Y siempre podía darse el caso, y de hecho se había dado en más de una ocasión, de que un exiliado forzoso, o alguien a quien el sanguinario Benefactor de la Patria había mandado asesinar a un ser querido, decidiera tomarse cumplida venganza.
A los tiranos, sus familiares y sus esbirros, les suele ocurrir que se convierten en dueños absolutos de un pequeño mundo, pero por ello mismo su mundo acaba por resultar a la larga extremadamente pequeño.
Colgada del brazo del fornido y varonil Sebastián Barahona, la escuálida, asmática y ridícula Rosalba Adelaida Magdalena de la Nuez Trujillo recordaba al chihuahua de Xavier Cugat adornado para más INRI con una mantita verde y un collar de esmeraldas.
Por lo que a mí se refiere, siempre he estado convencida de que la tan poco agraciada criatura era plenamente consciente de que lo que en la República Dominicana no constituía más que uno de los tantos caprichos de la familia del dictador, se convertía en centro de atención y objeto de burla y escarnio fuera de las fronteras de la isla. Aunque la mona se vista de seda, mona se queda...
Tengo la sensación de que quien lea estas páginas abrigará el convencimiento de que aún siento una especial animadversión hacia la infeliz Rosalba Adelaida, por lo que estimo que sería conveniente aclarar que no es así. Cierto que en un principio me devoraban los celos, y cierto es, también, que durante un tiempo la culpé de todas mis desgracias, pero el devenir de los acontecimientos me obligó a comprender que ella nada tuvo que ver con tan inesperada y triste tragedia, y que en realidad sufrió tanto como sufrí yo, pues resulta evidente que amaba a Sebastián al igual que lo amábamos todos cuantos le conocimos.
Al fin y al cabo era su esposo y el padre de sus hijos, y poco o nada tienen que ver la belleza física, la estupidez o la carencia del más elemental sentido de la elegancia con la profundidad de los sentimientos.
De hecho me consta que cuando ocurrió lo que ocurrió se hundió en una profunda depresión y jamás volvió a levantar cabeza, por lo que acabó por convertirse en una alcohólica que concluyó sus días en un asilo, gritando a voz en cuello a quien quería escucharle que todo había sido culpa de su ya difunto tío, el general Rafael Leónidas Trujillo.
Yo odiaba a Trujillo, aún continúo aborreciendo su memoria y todo cuanto de espantoso significó en la historia de mi país, pues me consta que era un asesino sin entrañas capaz de las mayores atrocidades, pero soy casi la única persona que queda en este mundo en condiciones de garantizar que no tuvo nada que ver en la muerte de su molesto pariente, Sebastián Barahona.

El lujoso y llamativo Cadillac descapotable -no me gustaba aquel coche pero era el que sin duda hubiera elegido un joven empresario venezolano incluido el negro chófer uniformado- atravesó Isla Verde dejando a su izquierda la hermosa laguna de Los Corazos, avanzó por El Condado y se adentró al fin por las estrechas callejuelas de la ciudad vieja en lo que constituía una soleada y húmeda mañana típicamente puertorriqueña tras una noche de fuertes aguaceros. Admito que disfruté del viaje contemplando la hermosa arquitectura colonial de las multicolores mansiones rodeadas de espesos jardines en los que abundaban en especial los araguaneys, olvidándome de todo cuanto no fuera la perfección del recorrido hasta que el chófer detuvo el vehículo ante un caserón de dos plantas en el que, junto a la gran arcada de entrada aparecía una placa de bronce en la que podía leerse:

BUENAVENTURA, S. A. IMPORTACIÓN-EXPORTACIÓN.

Un ceremonioso portero correctamente uniformado me abrió la portezuela y me franqueó la entrada con una leve y respetuosa inclinación.
-¡Bienvenido, señor presidente! -me saludó-. Su esposa le está esperando.
Penetré en el amplio patio cuajado de flores para ascender por la escalera que conducía a una amplia balaustrada que rodeaba por completo la fachada interior hasta alcanzar la pesada puerta de un enorme despacho que al igual que el Cadillac, había sido cuidadosamente decorado al estilo de lo que hubiera agradado a un nuevo rico venezolano.
Sentada en el amplio sofá de cuero negro, y más arrebatadora aún que de costumbre, ya que apenas se cubría con un leve vestido estampado que mostraba generosamente sus firmes pechos me aguardaba Laura Espronceda.
Pese a que supiera que estaba fuera de mi alcance debido a sus muy especiales inclinaciones sexuales, era una mujer con la que me sentía fascinado y a gusto por lo que exclamé mientras cerraba la puerta con llave: -¡Estás realmente arrebatadora, querida! No cabe duda de que eres la esposa ideal de un rico empresario. Sonrió al tiempo que comentaba señalando con marcada intención:

-¿Por qué cierras con llave? ¿Acaso se te ha pasado por la cabeza la idea de hacerme el amor aquí mismo?
-¡En absoluto! -le tranquilicé, acostumbrado ya a su irónico modo de comportarse-. Aunque no estaría de más que los empleados imaginasen que su jefe aprovecha cualquier ocasión para disfrutar de los evidentes encantos de su muy atractiva esposa. Incluso si te apetece puedes gemir un poco para darle mayor veracidad a la escena.
-¡No, por Dios! -fingió escandalizarse-. Se supone que las esposas decentes no gimen. Sobre todo en los severos despachos de sus atareados esposos.
-¡Como quieras! Pero lo cierto es que resultaría hasta cierto punto divertido y aumentaría de forma harto notable mi prestigio personal. -Decidí dar por concluido el tema para añadir en un tono muy diferente-: Perdona que te haya hecho venir hasta aquí y esperar, pero es que se trata de un asunto importante... Ante todo quiero que te aprendas de memoria esta combinación.
Le entregué un papel doblado al tiempo que apartaba un cuadro para dejar a la vista una enorme caja fuerte, que abrí con el fin de extraer con sumo cuidado un artilugio semejante a una máquina de escribir, aunque dotada de un extraño juego de ruedas dentadas.
-Como puedes ver, aquí guardo el descodificador -le dije-. Ya te han enseñado cómo funciona, pero sabes tan bien como yo que es vital que no caiga en manos del enemigo, porque de lo contrario el daño sería irreparable.
-No hace falta que me lo recuerdes -me hizo notar mi falsa esposa-. Es lo primero que aprendí sobre Enigma: a la menor señal de peligro lo que se debe hacer es destruirlo.
-¡Exactamente! -repliqué-. Por eso la caja tiene un sistema de seguridad. Cuando hayas introducido el código, que insisto tienes que saberte de memoria, y gires la manivela, la puerta se abrirá, pero en el instante de hacerlo tienes que marcar rápidamente el 888, o de lo contrario explotará, y te garantizo que lo más probable es que todo el edificio vuele por los aires.
-Se me antoja una excelente medida de precaución -reconoció dedicándome una de sus arrebatadoras sonrisas-. Aunque bastante peligrosa a fe mía porque no me apetece volar hasta la laguna.
-A mí tampoco, y cada vez que tengo que abrir este maldito trasto me sudan las manos -admití-. Pero la seguridad del Enigma vale más que todos nosotros juntos.
-Lo tendré muy presente por la cuenta que me tiene -musitó; resultaba evidente que todo aquello no le hacía ninguna gracia-. ¿Quién más conoce la clave?
-Nadie. Pero debes tener una cosa muy presente: en San Juan residen miembros de la GESTAPO cuya identidad ni siquiera yo conozco, pero me consta que nos vigilan y esa gente no se anda con bromas; a la menor sospecha te descerrajan un tiro en la nuca y luego averiguan si tenían o no razón. Si, como resulta evidente, tan sólo tú y yo sabemos cómo abrir esa caja sin que reviente pero le ocurriera algo al descodificador, podemos darnos por muertos. -La miré directamente a los ojos intentando convencerme de que entendía perfectamente lo que quería decir-. ¿Ha quedado claro?
-Dudo que pudieras expresarlo mejor.
-¡Me alegra que lo entiendas! -señalé-. Mañana me voy de viaje y estaré un par de semanas fuera. A partir de ese momento la responsabilidad es toda tuya.
-¿Y adónde vas?
-Eso no puedo decírtelo. Estaré siempre en contacto con Berlín, y desde allí os comunicarán lo que haga falta. De igual modo, si necesitas algo de mí emplea esa vía.
-¿Y qué tengo que hacer durante el tiempo que te encuentres fuera? -quiso saber.
-Dejarte ver lo menos posible. Tan sólo debes salir de casa si tienes que venir aquí a descifrar algún mensaje porque eres la única que tiene autorización para manejar la máquina.
-¿Acaso no te fías de tus hombres?
-Naturalmente que me fío -repliqué-. Pero cuantos menos lo sepan, mejor para todos.
Mentía.

Reconozco que mentía, pero mi obligación en aquellos momentos era mentir puesto que lo que estaba en juego era infinitamente más importante que mi credibilidad, o lo que se pudiera pensar o escribir sobre mi modo de actuar el día de mañana.
Cuando estás en guerra, el mañana no cuenta porque probablemente no existe.
Lo único que cuenta es la victoria y aquélla era una batalla que yo había diseñado en cada uno de sus puntos y por lo tanto estaba decidido a vencer a cualquier precio puesto que de no hacerlo hubiera resultado estúpido planteársela al almirante.
Cada miembro de mi grupo, incluida la hermosa Laura Espronceda, había sido elegido con especial cuidado, lo cual no me garantizaba que entre ellos, alemanes de ascendencia latina en su mayoría, no pudiera encontrarse un traidor a la causa.
Mi mitad de sangre alemana me obligaba, a sospechar de los latinos.
Mi mitad de sangre latina me obligaba a sospechar con mayor intensidad aún de los latinos.
Los conocía demasiado como para no estar convencido de que en cualquier momento podían cambiar de actitud permitiendo que el corazón prevaleciese sobre la razón.
Carlitos Cabezabuque no había pasado dieciséis años de su vida en la República Dominicana únicamente.

Los dos años que siguieron a aquella primera travesía fueron los más hermosos, apasionados e inolvidables que he vivido, aunque fueran también en cierto modo los más amargos y confusos, puesto que el mundo se acababa de sumergir en la más cruel y sanguinaria de sus muchas crueles y sanguinarias guerras, y nadie, ni tan siquiera yo, continuamente inmersa en mi rosada nube de muchacha enamorada hasta los huesos, podía permanecer ajena a la amenaza de Apocalipsis que se nos venía encima.

Hitler, Mussolini y Franco se habían convertido en el trípode de sanguinarios dictadores sobre el que nuestro aborrecido «Padre de la Patria» asentaba cada vez con más fuerza su bestial tiranía y el espejo en el que se miraba, convencido de que muy pronto «el orden nuevo», que en realidad no suele ser más que el viejo orden de siempre sin tan siquiera un brochazo de maquillaje, se extendería muy pronto sobre la faz de la tierra aplastando bajo su poderosa bota a las infectas cucarachas de una democracia corrupta, pusilánime e ineficaz y un comunismo igualmente corrupto, pero además estúpido y ateo.

Salvo el horror que me producían las imágenes de muertes y bombardeos que proyectaban casi a diario los noticieros, personalmente todo cuando se refiriese a la política me tenía sin cuidado, tal vez por el hecho evidente de que los dominicanos habíamos aprendido desde el día que poníamos por primera vez el pie en el jardín de infancia, que interesarse por la política, cualquier clase de política, era sin duda la mejor manera de acabar en el Ozama.

Y era cosa sabida que en la desembocadura del río proliferaba una especie de tiburón popularmente denominada «los beneficiados», puesto que al parecer eran los únicos seres del planeta que en verdad se aprovechaban de las acciones de nuestro ínclito y nunca bien ponderado Benefactor Trujillo.

Pero Sebastián no opinaba de ese modo.

Sebastián, en cuya casa debía soportar la constante vigilancia de más de veinte fotografías dedicadas del tirano, que se veía obligado a llenarse la boca con sus alabanzas o a reírle las gracias cada vez que le invitaba a palacio, y que incluso tenía que cuidar sus sueños no fuera que se le ocurriera murmurar algo comprometedor que pudiera llegar a los oídos de su trujillista esposa y dueña, aprovechaba los cortos períodos de tiempo que mediaba entre que

acabábamos de hacer apasionadamente el amor y empezábamos de nuevo, para encender un cigarrillo y dejar escapar todo el odio y el desprecio que sentía por quien había convertido a los dominicanos en un rebaño de esclavos.

Yo intentaba hacerle comprender que aquélla era una actitud que tan sólo podía traerle problemas y desgracia, puesto que si lo que pensaba llegaba a los oídos de quien jamás había sabido aceptar la más mínima crítica, ni tan siquiera los buenos oficios de Rosalba Adelaida Magdalena le librarían de acabar con un tiro en la nuca.

Pero no me escuchaba.

Sebastián argumentaba que la cobardía de quienes como él aceptaban sin rechistar que incluso les casaran con quien despreciaban, era la única culpable de que los totalitarismos más salvajes se estuvieran apoderando del mundo.

Me esforzaba en hacerle entender que no podía soñar con sacar de la isla a las casi treinta personas que constituían su familia directa, contando padres, abuelos, hermanos, cuñados y sobrinos, y que aunque lo consiguiera sabía muy bien que el brazo de Rafael Leónidas Trujillo era lo suficientemente largo como para alcanzarlos allí dondequiera que se ocultasen, por lo que lo único que le quedaba por hacer era resignarse y confiar en que el dictador, como todo bicho viviente, acabara por estirar la pata por las buenas o por las malas.

De momento éramos felices con nuestras tres travesías de ida y vuelta anuales, en las que pese a viajar juntos continuábamos fingiendo no conocernos, para lo cual elegíamos siempre buques distintos, de modo que ni siquiera la tripulación alcanzaba a sospechar nada anormal.

Habíamos alquilado un pequeño y coqueto apartamento en Santa Mónica donde ninguno de los dos residíamos, pero en el que nos encontrábamos todos los días que Sebastián pasaba en Los Ángeles, y sin llegar a vivir la vida que hubieran deseado una mujer y un hombre que se aman como nosotros nos amábamos, al menos aquel minúsculo refugio constituía un oasis de paz y felicidad dentro del desierto de violencia y desdicha que nos rodeaba.

Mi madre temblaba.

Era la única persona de este mundo que tenía conocimiento de nuestra relación, y pese a que yo intentaba tranquilizarla haciéndole comprender que nuestra discreción estaba a prueba de cualquier contingencia, se pasaba la vida mascullando que el día menos pensado Rosalba Adelaida Magdalena de la Nuez Trujillo contrataría un detective privado que acabaría por descubrir qué era lo que hacía su muy atractivo esposo durante sus cada vez más largos períodos de estancia en los Estados Unidos.

Quiero suponer que la horrenda cacatúa era más que consciente, y al parecer lo asumía, de que Sebastián aprovechaba tales viajes para echar una cana al aire, pero de igual modo es de suponer que a su modo de ver tales canas carecían de importancia.

Las mujeres dominicanas, como la inmensa mayoría de las latinas, suelen dar por sentado que sus hombres son muy machos y que lo único que importa es que acaben por regresar al redil, a cuidar a su familia.

Sobre todo cuando tal familia pertenecía al Clan Trujillo.

Todo fue, por lo tanto, más o menos bien, repito, durante casi dos maravillosos años, hasta que a mediados de verano del año cuarenta y uno, de infausta memoria, cuando me dirigía a Los Ángeles a concluir mis estudios, embarcamos a bordo del lujoso Mikonos.

La tripulación era en su mayoría griega, los pasajeros de quince o veinte nacionalidades distintas, y como nosotros continuábamos actuando como si no nos conociéramos todo transcurrió con absoluta normalidad hasta el atardecer del tercer día, en el que me sorprendió descubrir a Sebastián discutiendo acaloradamente con un hombre al final de la cubierta en la que yo me encontraba.

Cuando esa noche le pregunté la razón de su aparente enfado, me contestó que se había encontrado con un viejo compañero del colegio, pero que el muy imbécil se había negado a admitir que era un tal Karl Reissmüller Alvarado, apodado Cabezabuque, al que hacía casi quince años que no veía, pero que no había cambiado tanto como para no haberle reconocido.

Me consta que Sebastián era un magnífico fisonomista.

Por lo visto el tal Cabezabuque era una especie de niño repelente, el primero de la clase, un geniecito ultraderechista que todos imaginaban que llegaría a ministro del dictador, pero que al acabar el bachillerato se marchó a Alemania, de donde no volvió ni al entierro de su madre, que por lo que tengo entendido era una de las golfas más golfas de Santo Domingo, lo cual ya es decir mucho en una tierra que tiene fama de mujeres ardientes.

Por lo que averigüé más tarde, la habían matado de un botellazo en una reyerta de cabaret a fines de los años treinta.

Al día siguiente volvía ver a aquel mismo individuo en la cubierta de primera clase y como es lógico lo observé con atención intentando hacerme una idea de por qué razón alguien negaba ser quien era, pero a decir verdad muy pronto me desentendí de él sin darle mayor importancia al hecho.

Sin embargo, y por primer vez desde que iniciamos nuestra relación, Sebastián no acudió esa noche a mi camarote, lo cual me inquietó, aunque en un principio lo achaqué a que tal vez se había quedado dormido mientras leía.

A media mañana, armándome de valor y convencida de que cometía una terrible imprudencia fui a su camarote, pero no estaba y no me atrevía preguntar por él ya que en realidad no tenía derecho a hacerlo ni explicación alguna coherente para mi inoportuno interés. Cuando atracamos en Los Ángeles tampoco le vi. Horrorizada corrí a mi casa, dejé las maletas y me dirigí al apartamento de Santa Mónica confiando en que en cualquier momento hiciera su aparición y me explicara las razones de su brusca desaparición.

Fueron terribles momentos de mi vida que aún recuerdo con espanto y que pese al tiempo transcurrido no puedo evocar sin advertir que el vello se me eriza y las lágrimas acuden en torrente a mis ojos.

Necesito un descanso. ¡Dios, cómo lo necesito!
Lo primero que hizo fue abrazarme, y no puedo negar que su alegría al verme parecía absolutamente sincera.
Le reconocí en el acto.
Se trataba, sin lugar a dudas, de Sebastián Barahona Céspedes, más conocido por el expresivo sobrenombre de Culocanta dada su reconocida habilidad a la hora de tocar La Marsellesa y media docena de melodías famosas a base de tirarse una incontable cantidad de pedos de las más variopintas longitudes y tonalidades, mediocre estudiante, amigo entrañable, excelente jugador de béisbol y uno de los escasos condiscípulos con los que conseguí congeniar durante mis años juveniles, y que tenía la excelente costumbre de pagarme muy buen dinero por los apuntes de clase que le copiaba a máquina cada fin de semana. Era un personaje divertido al que en verdad apreciaba y al que hacía quince años que no veía, por lo que admito que mi primer impulso fue devolverle el abrazo con el mismo entusiasmo que él demostraba.
Pero estábamos en guerra.
Estábamos en guerra y yo, un oficial en activo de la marina alemana, me encontraba, con documentación falsa, a bordo de un barco griego que navegaba por un territorio que podía considerarse comprometido y peligroso.
¿Fue miedo, fue incapacidad de reaccionar con la debida rapidez o fue el prurito de atenerme a unas reglas que yo mismo había impuesto y que me obligaban a mantener mi falsa identidad a toda costa?
A estas alturas aún no me siento capaz de dar una respuesta convincente.
Lo que sí sé es que hice lo único que no debería haber hecho en semejantes circunstancias: negar la evidencia.
Quien se afanaba por abrazarme con tanto cariño era el Culocanta quince años más viejo, mucho más alto, más fuerte, pero de igual modo pletórico de aquella desbordante vitalidad y aquel entusiasmo que hacía que todos, chicos y chicas, pero especialmente estas últimas, se arremolinaran en torno a él como moscas atraídas por un pastel de nata.
-¡Qué hubo, mi hermano! -exclamaba una y otra vez al tiempo que me apretujaba a punto de

asfixiarme-. ¡Qué alegría verte! ¡El gran Cabezabuque! ¡El genio teutónico! ¿Cómo tú por aquí después de tantos años?
-¡Perdón...! -farfullé al fin de un modo que debió resultar patético y casi ininteligible-. Creo que se confunde.
Ni siquiera se enteró de lo que le había dicho, tal era su incontenible felicidad por encontrarse con un viejo amigo de la infancia, por lo que casi me alzó en vilo pese a que no se me pueda considerar un hombre de frágil constitución, para propinarme acto seguido un cariñoso coscorrón tal como solía hacer en clase puesto que debido al orden alfabético, ocupaba el pupitre que se encontraba justamente detrás del mío.
En el colegio yo siempre había sido Alvarado y él Barahona.
Reissmüller era al parecer un apellido demasiado complicado para la mentalidad de los maestros dominicanos de aquel tiempo.
-¡Creo que se confunde!
-¿Qué vaina has dicho?
-He dicho que se confunde, señor. -Insistí haciendo un gran esfuerzo por mantener el control sobre mí porque lo que en verdad me apetecía era abrazarle a mi vez e incluso darle un beso puesto que era uno de los escasos chicos que me habían tratado siempre con afecto-. No soy quien usted dice.
-¿Quéeee...?
-¡Que yo no soy esa persona!
-¿De qué vaina estas hablando, pendejo?
-Disculpe, pero no le he visto en mi vida.
Di media vuelta dispuesto a alejarme lo más aprisa posible, pero me lo impidió tomándome por el brazo de tal modo que no me quedó más remedio que mirarle de nuevo a la cara.
-¡Escucha, Cabezabuque! -señaló ahora casi mordiendo las palabras-. Ignoro por qué carajo pretendes hacerte pasar por otro, y me importa una mierda. Pero siempre fuimos amigos y me jode que imagines que te iba a traicionar. Y ahora puedes irte a mamar huevos al coño de tu madre, gilipollas.
Me dejó marchar y quiero suponer que lo hice cabizbajo y avergonzado, pero al mismo tiempo furioso conmigo mismo, puesto que me veía obligado a admitir que había llevado de la peor manera posible el primer contratiempo con que me había enfrentado en la difícil tarea de completar con éxito mi compleja misión.
Encerrado en mi camarote, tumbado en la litera y con la vista clavada en el ojo de buey por el que penetraba un redondo haz de violenta luz tropical, no podía por menos de maldecir mi estupidez al tiempo que me preguntaba cómo diablos reaccionaría en el momento en que se presentaran los auténticos problemas, que acabarían por presentarse.
Empezaba a reconocer que una cosa era diseñar un meticuloso plan sobre la mesa de un despacho de Berlín y otra muy diferente llevarlo a cabo, por lo que me venía a la mente una y otra vez la insistente pregunta del almirante Canaris de si en verdad me consideraba la persona adecuada para dirigir un operativo tan complejo.
¿Qué ocurriría si al furibundo Culocanta se le pasaba por la mente la idea de comentarle a alguien que a bordo de aquel buque viajaba un alemán que negaba ser quien en realidad era?
¿Cómo tendría que reaccionar, y qué podría decir si la policía me estaba aguardando al desembarcar en Los Ángeles y comenzaba a investigar mi nueva identidad o simplemente se limitaban a encarcelarme por el simple hecho de viajar con pasaporte falso?
Estábamos en guerra.
Estados Unidos aún no se había decidido a participar de forma directa, pero era de suponer que pronto o tarde acabaría por implicarse en una contienda que presentaba visos de convertirse en un conflicto a escala mundial.
Y de algo estaba absolutamente seguro: bastaría con que las autoridades norteamericanas me detuvieran tan sólo un día para que el almirante Canaris decidiera, debo admitir que con muy buen criterio, abortar la operación.

Librodot

O seguir adelante pero apartándome de ella.
Mi trabajo de años sería arrojado por la borda y la gloria que me estaba destinada iría a parar a otros. No es mi intención justificarme, no tengo por qué puesto que durante una guerra la primera obligación de un militar es obedecer órdenes, y mis superiores me habían ordenado que realizase un trabajo que podía significar una importantísima victoria para nuestra causa y que a la larga ahorraría miles de vidas de nuestros compatriotas.
¿Era la vida de un civil, por más que perteneciera a un país neutral y hubiera sido mi amigo de la infancia, más importante que la de esos miles de compatriotas?
¿Qué era más lógico, tirar por la borda años de trabajo y la posibilidad de una gran victoria, o tirar por la borda a quien se convertía en un molesto impedimento?
Supongo que en estos momentos la respuesta resultaría difícil. En julio de mil novecientos cuarenta y uno, con miles de valientes soldados alemanes dando su vida por la patria y soportando toda clase de sacrificios y calamidades, esa respuesta no admitía discusión posible. Hice unas discretas preguntas y llegué a la conclusión de que Sebastián Barahona viajaba solo.
Su camarote se encontraba en la segunda cubierta y la puerta se abría a un pasillo que daba directamente al exterior.
A la noche siguiente esperé a que oscureciera, me oculté bajo una escalera y en el momento en que salió le golpeé con fuerza y lo arrojé al mar.
Mi único consuelo estriba en la seguridad de que ni se enteró de lo que le ocurría, ni sufrió a la hora de su muerte.
Cayó como una piedra y desapareció en el acto. El barco continuó su marcha.
Nadie vio nada.
Experimenté una casi incontenible necesidad de llorar, pero recordé que era un soldado en plena batalla y se supone que los soldados no lloran.
Ni siquiera cuando se ven obligados a matar a un amigo.
Tantos años más tarde aún me resulta imposible dilucidar si se trató de un asesinato a sangre fría o un acto de obediencia debida.
Este último término se ha prestado siempre a muchas y muy diversas interpretaciones, pero no creo ser la persona más idónea para opinar sobre cómo y cuándo se debe obedecer y cómo y cuándo no se debe hacer caso de una determinada orden.
Yo obedecí una orden que nadie me había dado de un modo directo, pero que a mi modo de ver se encontraba implícita en el mandato que había recibido: llevar aquel operativo a buen fin costara lo que costara.
Cuando a un oficial le indican que debe tomar por la fuerza una plaza enemiga no puede ni debe detenerse a preguntar a quién está autorizado a matar y a quién no.
Actúa como considera que debe actuar en todo momento sin ni siquiera escuchar los dictados de su conciencia.
En tales circunstancias no tiene derecho a tener conciencia.
Así es la guerra.
Yo no había inventado sus reglas.
Son reglas tan antiguas como el hombre.
En este caso la única diferencia estribaba en que la víctima no era un enemigo directo.
Pero pese a su innegable neutralidad corría el riesgo de convertirse en el peor de los enemigos.
Mi obligación era destruirlo.
Creo que estoy intentando justificarme y el solo hecho de intentarlo es tanto como reconocer que lo que hice no tenía justificación.
Y no es cierto. Lo maté y basta.
No me preocupa hablar de ello puesto que en el caso de que se tratara de un delito prescribió hace ya mucho tiempo, por lo que no me inquieta lo que puedan dictar las leyes al respecto, sino tan sólo lo que me reclama mi conciencia.

Librodot

Deje a dos niños sin padre y, por lo que supe mucho más tarde, a dos mujeres sin el hombre que amaban. Hace ocho años regresé a Santo Domingo.
Todo había cambiado y sobre el solar del colegio en que estudiamos habían levantado un moderno edificio de apartamentos.
Casi nadie recordaba a Sebastián Barahona Céspedes. Por lo visto su esposa había muerto en una casa de salud, y sus hijos habían abandonado la isla hacía ya mucho tiempo.
Al día siguiente la prensa traía la noticia de que un pasajero dominicano, de nombre Sebastián Barahona Céspedes, había desaparecido del buque Mikonos la noche antes de atracar en Los Ángeles.
Se descartaba la hipótesis de un suicido, dándose como probable la posibilidad de un accidente, aunque no parecía una explicación del todo aceptable, ya que esa noche el mar se encontraba en absoluta calma.
La policía investigaba.
Ni tan siquiera se me pasó por la mente la idea de que tal investigación pudiera conducirles hasta mí, puesto que mi dolor era tan intenso que me impedía pensar en todo lo que no fuera la terrible realidad de que no volvería a ver al hombre por el que hubiera dado mi vida.
Reconozco que tuve que echar mano de toda mi fe y todo mi amor a mi familia para no suicidarme. Durante dos días y dos noches me aproximé una y otra vez a la ventana con intención de arrojarme al vacío, y lo cierto es que aún no me explico por qué no lo hice.

Librodot

Mi madre acudió en mi ayuda.
Venciendo su pánico a volar, subió al primer avión que despegó rumbo a Miami, atravesó de parte a parte el continente, y se presentó a brindarme lo más valioso que puede ofrecer una madre en momentos como aquél: su amor, su comprensión y su consuelo.
Tenía una idea equivocada, pero que tal vez fue la que me obligó a reaccionar salvándome de mí misma y mis deseos de autodestrucción, porque según ella, el culpable de la muerte de Sebastián no era otro que Rafael Leónidas Trujillo a cuyos oídos debía haber llegado el rumor de que se dedicaba a criticarle y eso era algo que el Benefactor jamás perdonaba, sobre todo a un miembro de su clan.
También podía darse el caso de que el Generalísimo hubiera descubierto que aquel a quien tanto había protegido tenía una amante fija y eso podía dar lugar a un escándalo en el seno del clan familiar, algo que su desbordada egolatría no le permitía soportar.
El modo de actuar era desde luego muy propio de los esbirros del general; un cobarde asesinato con nocturnidad y alevosía.
A mi madre le preocupaba que yo pudiera estar de igual modo en peligro por ser la culpable de las infidelidades de Sebastián, pero a mí ese tema no me quitaba el sueño; el poco sueño que conseguía conciliar aparecía plagado de ansias de venganza.
Si efectivamente Trujillo me había arrebatado al hombre al que amaba dedicaría el resto de mi vida a vengarle.
Y para ello necesitaba vivir.
Tirarme por la ventana tan sólo hubiera servido para que el tirano completara su obra.
Decidí por tanto establecerme en Puerto Rico, que era donde, por su proximidad geográfica, se concentraban la mayor parte de los opositores al régimen del dictador, con la absurda pretensión de ponerme en contacto con ellos y brindarles mi ayuda con el fin de derrocar al tirano.
No obstante, un día en que me encontraba almorzando con una amiga que había tenido que huir de Santo Domingo porque al parecer un miembro del Clan Trujillo había demostrado un excesivo interés por ella y eso significaba que pronto o tarde acabaría en su cama por las

buenas o por las malas, me sorprendió descubrir en una mesa cercana al hombre que había visto discutir con Sebastián en la cubierta del Mikonos, acompañado de una bellísima muchacha que me observaba con inquietante insistencia.
¿Fue intuición femenina?
No lo sé. Lo único que sé es que algo me obligó a plantearme una cuestión que hasta aquel momento ni tan siquiera se me había pasado por la cabeza.
¿Y si el incidente de que había sido testigo en la cubierta del barco tuviera algo que ver con la muerte de Sebastián?
Siempre he presumido de tener una magnífica memoria y aunque ahora en ocasiones me falle por culpa de la edad, a los veinte años la mantenía intacta por lo que recordaba perfectamente sus palabras:
-El muy pendejo ha negado ser Karl Reissmüller, el Cabezabuque, que se marchó a Alemania nada más concluir el bachillerato.
Mientras comía, casi sin prestar atención a lo que estaba diciendo la siempre cotilla y parlanchina Esmeralda, me pregunté si podría darse el caso de que aquel medio alemán medio dominicano tuviera alguna razón para hacer desaparecer a alguien que le había reconocido cuando navegaba en plena guerra rumbo a los Estados Unidos.
Sin pensármelo dos veces le suplique a Esmeralda:
-Necesito que me hagas un favor; busca un teléfono, llama a este mismo restaurante, y pide que avisen al señor Reissmüller.
-¿Y eso?
-Haz lo que te pido y no preguntes.
-¡Pero...!
-Cuanto menos sepas, mejor... ¡Por favor!
Obedeció de mala gana, pero obedeció, por lo que a los pocos minutos hizo su aparición un botones uniformado anunciando que llamaban por teléfono al señor Reissmüller.
Yo permanecía muy atenta a la reacción de la pareja y debo reconocer que no me decepcionaron. Prestaron atención, podría incluso afirmar que él palidecía a ojos vista, pero no hicieron movimiento alguno, limitándose a comentar algo en voz baja para lanzar a continuación una furtiva mirada a su alrededor. Para entonces yo había bajado la vista concentrándome en el estudio de la carta de postres.
A los pocos instantes se levantaron, cruzaron a menos de dos metros de donde me encontraba y desaparecieron ante el aparente desconcierto del camarero que no atinaba a comprender por qué extraña razón no habían concluido el último plato.
Él ni tan siquiera reparó en mi presencia, pero su llamativa acompañante me dirigió una larga mirada que tuvo la virtud de desasosegarme.
Tal vez se había dado cuenta de que Esmeralda se había levantado de la mesa poco antes de la llamada telefónica.
O tal vez me seguía mirando tal como me había mirado durante todo el almuerzo.
Tardé tres o cuatro días, nunca he podido precisar cuántos, en tomar una determinación.
Por un lado me intrigaba cuanto había acontecido y estaba convencida de que la forma de actuar de aquel hombre resultaba altamente sospechosa.
Por otro me veía obligada a admitir que todo aquello resultaba incongruente y no era más que el fruto de una mente calenturienta que se encontraba aún demasiado afectada por la desaparición del ser amado.
Sin embargo, una tarde en que me encontraba hojeando una revista inglesa me saltó a la vista un anuncio: «¡Recuerda que el enemigo se oculta entre nosotros! ¡Ten cuidado con lo que dices!»
La primera frase resultaba esclarecedora: «El enemigo se oculta entre nosotros».
Efectivamente, el mundo estaba en guerra y en Inglaterra vivían rodeados de espías, contraespías, quintacolumnistas y saboteadores.
Incluso en Estados Unidos se hablaba abiertamente de los círculos nazis que habían

Librodot

conseguido introducirse en el tejido social e intelectual, y que evidentemente constituían una potencial amenaza cuando llegara el día, que pronto o tarde tendría que llegar, en que a Norteamérica no le quedara más remedio que entrar en tan sangriento conflicto.
Recuerdo muy bien que esa noche apenas pude pegar ojo.
Dudaba sobre cuál era mi obligación, y si en realidad no se trataba de que quisiera cumplir con ella, sino que lo único que me movía era la necesidad de vengar la muerte de Sebastián.
Al día siguiente hice unas cuantas llamadas y al fin un primo de mi padre me puso en contacto con un tal Ray Spencer, agregado comercial del consulado inglés, aunque muy pronto resultó evidente que aquel larguirucho pelirrojo y patilludo no tenía ni la más mínima idea de lo que significaba ser agregado comercial de nada.
Cojeaba de una pierna, lucía una ancha cicatriz en la mejilla y le fallaba bastante el oído izquierdo, recuerdos todos de la nefasta retirada de Dunkerque, y aunque se pasaba la vida refunfuñando porque no le permitían regresar a los campos de batalla a devolver los golpes a quienes con tanta saña le habían golpeado, se esforzaba a conciencia a la hora de cumplir con la orden que le habían dado, que no era otra que la de descubrir las posibles bases secretas o los buques nodriza que avituallaban a los submarinos del Tercer Reich en la zona del Caribe.
Los temibles «lobos grises» estaban causando estragos entre los mercantes aliados, pero por lo general se encontraban tan lejos de sus bases alemanas que necesitaban lugares de refugio y naves amigas que les proporcionasen agua, alimentos, combustible y torpedos con los que continuar su enconada lucha.
La labor del patilludo Ray Spencer y su equipo se centraba en la ardua tarea de cortar sus canales de aprovisionamiento con el fin de mantenerles aislados, y por lo tanto indefensos e inofensivos.
Tal vez debido a ello, durante los primeros diez minutos no demostró el más mínimo interés por mi relato, pero en cuanto mencioné el apellido Reissmüller cambió de actitud inclinando la cabeza hacia el lado derecho con la evidente intención de poner su oído bueno al servicio de mis palabras.
-¿Está segura de que dijo Reissmüller? -inquirió al fin-. ¿Karl Reissmüller Alvarado?
-Desde luego -repliqué-. ¿Le conoce?
-¡No! -admitió-. No le conozco. Pero su madre, una alcohólica que hablaba por los codos y se iba a la cama con el primero que la invitaba a un trago, aseguraba a todo el que quería escucharle que su hijo era oficial de la armada alemana. Mi hombre en Santo Domingo hizo algunas averiguaciones y acabó por descubrir que al parecer es cierto, y que todas sus fotografías, tanto las que guardaba su difunta madre como las de su colegio, han desaparecido. Eso nos lleva a sospechar que tal vez trabaje en la clandestinidad y haya vuelto a la zona.
-Pues puede jugarse el cuello a que está aquí, en San Juan -señalé convencida de lo que decía-. Por lo menos la semana pasada estaba.
-¿Y cómo es?
-Corriente.
-¿Qué quiere decir con eso de «corriente»?
-Lo que he dicho: que no es ni alto, ni bajo, ni gordo, ni flaco, ni rubio, ni excesivamente moreno, y si se da un corto paseo por el malecón se tropezará con diez o doce tipos semejantes.
-¡Interesante y aclaratoria descripción a fe mía! -se lamentó-. Con eso me basta para cazarle mañana mismo.
-Lo que es, es, y lo que hay, hay -repliqué-. Si le apetece puedo añadir que luce el tatuaje de una cruz gamada en el brazo izquierdo y usa monóculo, pero le estaría mintiendo. Si no se llamara Reissmüller, ni Dios sospecharía que es alemán.
-Medio alemán -me recordó.
-Creo que el problema no estriba en que sea medio alemán, sino que en realidad sea alemán y medio. Es decir, un fanático, capaz de arrojar al mar a un inocente por el simple hecho de que le haya reconocido.

-Si se trata efectivamente de un oficial alemán en misión de apoyo a sus submarinos, no dude que fue él quien arrojó al mar a su amigo, pero no por fanatismo, sino porque era su obligación. Probablemente yo hubiera hecho lo mismo.
-¿A un civil de un país neutral que no ha causado mal a nadie? -me horroricé.
-En determinadas circunstancias, y ésta es una de ellas, un civil de un país neutral puede convertirse en un peligro potencial muy superior a una flota de acorazados enemigos, y a la larga lo único que cuenta son nuestras propias bajas. No culpe a Reissmüller, culpe a esta maldita guerra.
Pero ¿qué me importaba a mí de quién era en realidad la culpa?
Lo único que me importaba era que Sebastián había desaparecido de mi vida para siempre, y como no podía pedirle cuentas a una guerra de la que ni siquiera tenía muy claro por qué razón había estallado y a qué conducía, las cuentas tenía que pedírselas al hijo de la gran puta que lo había arrojado al mar.
-¿Puedo ayudar en algo? -dije al fin sin reparar en las graves consecuencias que ello podía acarrearme.
-¡Naturalmente! -replicó de inmediato un al parecer entusiasmado Ray Spencer-. De hecho usted es la única persona que puede ayudarme en estos momentos, puesto que es la única que le ha visto la cara a ese canalla.
-¿Y qué es lo que pretende que haga?
-Buscarlo.
-¿Dónde?
-Dondequiera que se encuentre, y por lo que asegura se encuentra aquí, en Puerto Rico.
-¿Y cree que es cosa fácil encontrar a una persona en un lugar tan grande como Puerto Rico?
-A una persona, no. A dos.
-¿Quién es la otra?
-La mujer que le acompañaba. ¿Sería capaz de reconocerla?
-¡Naturalmente!
-¿Por qué está tan segura?
-Porque es de una belleza excepcional... Y lesbiana. Recuerdo que el patilludo pelirrojo me observó sorprendido, dudó unos instantes y al fin repitió:
-¿Lesbiana? ¿Cómo puede saber que una mujer es lesbiana sin haber cruzado ni una sola palabra con ella?
-Por la forma en que me miraba. Me desnudaba con los ojos e inconscientemente se pasaba la lengua por los labios coma si estuviera relamiéndose al pensar en lo que me haría si cayera en sus manos. -Lo que dije a continuación incluso me sorprendió a mí misma-. Siempre, tanto en el instituto como en la universidad, he tenido un gran predicamento entre las bolleras. Si quiere que le sea sincera creo que he recibido más invitaciones para ir a la cama de mujeres que de hombres.
-¿Y a qué lo atribuye?
-No tengo ni idea. Nunca he sido lesbiana y por lo tanto no puedo saber cómo piensan, ni por qué razón les atraigo.
-¡Curioso! Muy curioso... -El patilludo Ray Spencer meditó unos instantes para señalar convencido de lo que decía-: Pero el dato es muy significativo; si ese tal Reissmüller anda por el mundo con una lesbiana es porque le sirve de tapadera, y si necesita una tapadera es porque anda metido en lo que suponemos que anda metido. -Se volvió a mirarme a los ojos-. ¿Dónde vive usted actualmente?
-En casa de unos primos hasta que encuentre apartamento.
-No busque más. Tengo el que necesita, y de ahora en adelante todos sus gastos corren por nuestra cuenta. Quiero que se comporte como una hermosa y rica muchachita que se ha visto obligada a escapar de Santo Domingo porque el mismísimo Benefactor se la quiere beneficiar.
-Eso le ocurre a muchas chicas dominicanas.
-Lo sé, y por ello mismo aquí no levantará sospechas. Quiero que se compre ropa cara, que

haga vida social, que frecuente los mejores restaurantes, las fiestas y los teatros, actuando como si estuviera a la caza y captura de un marido puertorriqueño o americano dispuesto a proporcionarle una vida tranquila lejos de las ansias de los Trujillo.
-Con suerte tal vez lo encuentre.
-En ese caso mataríamos dos pájaros de un tiro.

Librodot

El incidente del restaurante me inquietó sobremanera.
«Alguien», mucho después de acabar la guerra conseguí saber quién había sido, me había reconocido por segunda vez en poco tiempo, lo cual me hacía comprender que, pese a lo que había imaginado, en realidad no había cambiado tanto a lo largo de los quince años en que pasé de casi la infancia a la madurez.
Por lo visto el hombre que había regresado al Caribe continuaba pareciéndose en exceso al adolescente que lo abandonó convencido de que jamás volvería a pisar aquellas tierras.
Como no le había mencionado a nadie lo que había sucedido a bordo de aquel barco, Laura no entendió mi nerviosismo, pero al fin y al cabo estaba acostumbrada a la idea de que yo era quien daba las órdenes y por lo tanto no le quedaba más remedio que aceptar mis decisiones.
Y yo había llegado a la conclusión de que mi lugar no estaba en Puerto Rico, sino en el pequeño islote que años atrás, y en honor al velero de mi padre, había bautizado con el, para mí sugestivo nombre, de Cazavientos.
Hace ya medio siglo que muchos me preguntan dónde se encuentra exactamente, pero ése es un secreto que, al igual que acostumbraban hacer los viejos piratas, pienso llevarme a la tumba.
Tan sólo en una ocasión, hace ya tres décadas, volví a recorrer sus playas, sus calas y la gran cueva que había descubierto siendo apenas un niño y en la que aún descansaba el enorme torpedo que no conseguimos embarcar en el último momento, y al hacerlo me reafirmé en mi idea de que si aquél había sido siempre un lugar cuyo exacto emplazamiento únicamente yo conocía, continuaría siendo un misterio para el resto del mundo.
Me limitaré a señalar por tanto que apenas tiene quinientos metros de largo por doscientos de ancho, y que visto desde el sur ofrece el aspecto de una gorra de larga visera o la boa que se había tragado un elefante en El principito: una larga explanada de arena y matorrales que apunta al oeste, seguida de una agreste prominencia cubierta de espesa vegetación que se alza en la punta nordeste, maciza y compacta en apariencia, pero que en realidad está tan vacía como la cáscara de un huevo en el cubo de la basura.
Desde su cumbre se podía otear todas las direcciones, y lo único que se alcanzaba a distinguir,

Librodot

por más que se mirara, era un mar azul y alborotado pon la costa de barlovento, aunque verde, transparente y tranquilo por la de sotavento.
También se podían ver miles de aves marinas que se disputaban los mejores puntos en los que anidar, así como blancas nubes que llegaban del Atlántico para internarse mansamente en el golfo de México.
Qué hace aquel solitario peñasco en mitad de la nada es algo que jamás he conseguido explicarme, pero allí está y estuvo siempre, como si hubiera surgido del fondo del océano con el fin de que yo pudiera dar rienda suelta a mis fantasías infantiles y diseñar cuando fuera mayor un hermoso y arriesgado plan que me catapultaría directamente hacia la gloria.
¡Cazavientos!
Aún recuerdo a mi padre a la caña del timón mientras yo permanecía en la punta del mástil intentando distinguir desde la altura cualquier bajío que pudiera entorpecer el paso a la ancha ensenada de levante.
No lo había.
La bocana apenas tendría unos quince metros de ancho, pero su fondo era profundo y limpio, de arena muy blanca y muy pesada, y a los pocos metros las orillas se abrían en un óvalo casi perfecto que a decir verdad recordaba la piscina de un hotel de lujo.
Las tortugas acudían a desovar por docenas, las langostas formaban auténticas legiones y la pesca era tan abundante que aburría.
El Caribe era así en aquel tiempo. Deslumbrante, salvaje y generoso.
Pasamos en aquel inolvidable lugar algunos de los momentos más maravillosos que pueden vivir un padre y su hijo; admito que siendo apenas un muchacho soñaba que algún día pasaría de igual modo días inolvidables con la mujer de la que me enamorara, pero lo cierto es que jamás amé a una mujer lo suficiente como para permitir que ocupara en aquel islote el lugar que había ocupado mi padre.
Al anochecer cavábamos un gran agujero en la arena, lo llenábamos de patatas, huevos de tortuga y ramas secas y le prendíamos fuego. Luego nos internábamos en la laguna con el agua a media pierna, y sin más ayuda que un grueso guante atrapábamos gigantescas langostas que lanzábamos directamente a la hoguera.
Cuando el fuego se había convertido en brasas lo cubríamos todo de nuevo con arena, esperábamos quince minutos y buscábamos por último las patatas, los huevos y sobre todo las langostas que partíamos en dos y devorábamos a bocados.
Al concluir tan divertidas y pantagruélicas cenas, mi padre encendía un grueso habano, el único vicio que le recuerdo si exceptuamos a mi madre, que era a mi modo de ver el peor vicio a que se puede aficionar un ser humano, y se pasaba largas horas hablándome del hombre al que consideraba la reencarnación de Jesucristo, Julio César, Napoleón y Leonardo en una sola pieza, y que según él aseguraba estaba llamado a redimir al mundo de todas sus miserias dando lugar a una nueva era en la que imperaría el orden y la justicia.
-Se acercan tiempos de gloria -solía musitar con la vista clavada en las estrellas cuya luz era todo lo que necesitábamos cuando estábamos juntos-. Se acercan tiempos de gloria para nuestra raza y pronto llegará el día en que tengamos que regresar a Alemania con el fin de aportar nuestro grano de arena a esa epopeya.
Siempre soñé con que mi grano de arena a la epopeya con que soñaba mi padre fuese una gigantesca duna tan alta como una montaña, pero fue un sueño que él nunca pudo ver cumplido porque una bomba inglesa acabó demasiado pronto con su vida.
Lo único que me consuela de su prematura muerte es el hecho de que no llegó a ser testigo de la imparable caída y el trágico fin de su ídolo.
Pero no es de las muchas desdichas de mi padre de lo que tengo la obligación de escribir.
Es de la ambiciosa y excitante misión que me había hecho regresar al perdido islote de mi infancia. ¡Cazavientos!
Mis hombres lo observaban desde la proa de la vieja goleta y no parecían dar crédito al hecho de que aquel inhóspito peñasco fuera el destino final de un largo periplo que había comenzado

Librodot

en Berlín casi un mes antes.
Miles de kilómetros de viaje en incómodos trenes, barcos, aviones y automóviles, soñando a todas horas con el momento de entrar en combate con el fin de aniquilar a cientos de enemigos, y ahora se encontraban con la abrumadora realidad de que los únicos enemigos visibles eran ruidosas bandadas de pelícanos, gaviotas y alcatraces que parecían intentar destruirles a base de bombardearles con sus excrementos mientras giraban sobre cubierta chillando y protestando por su indeseada presencia.
Amén de media docena de impasibles tortugas.
A medida que nos aproximábamos a la quieta ensenada, un oscuro manto de decepción se fue extendiendo de proa a popa de una cochambrosa goleta que crujía y se lamentaba como si temiera que estaba a punto de fondear por última vez en su vida.
Comprendí que no podía continuar callando por más tiempo, y en cuanto la tripulación largó anclas y arrió velas, trepé al puente de mando y desde allí estudié el medio centenar de apesadumbrados rostros que me contemplaban a su vez como quien observa al timador que acaba de estafarles de la forma más rastrera e ignominiosa imaginable.
-¿Desilusionados? -inquirí con una leve sonrisa aun a sabiendas de que lo estaban hasta un punto imposible de delimitar, por lo que mis palabras podían sonar a malintencionada burla.
-¡Naturalmente! -replicó de inmediato una voz anónima de claro acento colombiano-. ¿Qué vamos a hacer en este peñasco del infierno? ¿Descapullar monos?
-Eso resultaría imposible porque aquí no hay monos -me apresuré a aclarar-. Y tampoco podríamos descapullar tortugas porque todas las que acuden a desovar en las playas son hembras. Sin embargo, lo que sí puedo aseguraros es que vais a tomar parte en una de las operaciones más importantes, arriesgadas y emocionantes que puedan darse en ésta o en cualquier otra guerra.
-Eso ya lo hemos oído una docena de veces, pero admitirá que el panorama no se presenta nada prometedor -me hizo notar la oronda y sudorosa doctora que comandaba el grupo de «auxiliares femeninas»-. Y no he venido hasta las almorranas del mundo para curar insolaciones o combatir el aburrimiento.
-Es posible que más de uno agarre una insolación -admití intentando no perder la calma-. Pero dudo que a partir de ahora nadie se aburra ni tan siquiera un minuto. ¡Escuchadme bien! -añadí cambiando a propósito el tono de voz-. Cualquier mentecato es capaz de apretar un gatillo, disparar un cañón o degollar a un centinela. Pero vosotros habéis sido escogidos porque sois los únicos capaces de hacer lo que vais a hacer, y además hacerlo rápido y bien. Tened por seguro de que si estáis ahora aquí es porque sois los mejores.

Librodot

-¿Los mejores para qué?
-Los mejores vestidos, los mejores zapatos, los mejores bolsos, las mejores joyas, y todo lo que sea de primera calidad.
-Ray Spencer golpeó una y otra vez con los nudillos el mármol de la mesa al tiempo que insistía-: No repares en gastos porque cualquier cantidad de dinero la daré por bien empleada a cambio de que localices a ese bastardo. Si viajaba en primera clase y te lo encontraste en uno de los restaurantes más caros de San Juan quiere decir que se mueve en esos ambientes y por lo tanto no debes desentonar.
Admito que eso de ser espía, o al menos auxiliar de espía, que era lo más alto a lo que supongo que una aficionada como yo podía aspirar en el escalafón, si es que en aquel gremio disponían de un escalafón, resultaba en verdad gratificante, puesto que en menos de una semana me encontré cómodamente establecida en un lujoso apartamento cuyos balcones se abrían al fabuloso paisaje de la fortaleza del Morro y la bahía, mientras que mis armarios rebosaban de cuantos modelos de última moda pudiese soñar una muchacha en busca de pretendientes. Personalmente todo aquello se me antojaba un derroche excesivo, pero mi nuevo mentor y maestro en el difícil arte de la intriga me hizo comprender que el simple hecho de que consiguiera salvar un solo barco cargado de armas, municiones o alimentos de los que los «lobos grises» hundían casi a diario en su ruta hacia Inglaterra compensaba sobradamente por cuanto pudiera invertir en mi vestuario.
-Encuentra a ese malnacido para que yo pueda descubrir cómo y dónde abastece a los submarinos, y no te preocupes por el dinero -solía decirme-. Esta guerra resulta tan costosa que no se va a perder por el hecho de que vayas vestida como una reina.
Me proporcionó un acompañante ocasional para cuando mi amiga Esmeralda no se encontraba disponible, un tal Donoso Sacristán, que en verdad tenía más de sacristán que de donoso, un tipo tan esmirriado, amanerado, empalagoso y anodino que nadie en su sano juicio imaginaría nunca que pudiera tener la menor relación sentimental con una mujer, y quiero suponer que ni tan siquiera con un hombre, puesto que era de ese tipo de personas que parecen haber sido concebidas con el único propósito de hacer bulto, ya que ni como objeto

de decoración tenía el más mínimo encanto ni futuro.
Era, eso sí, servicial hasta los límites del servilismo, conocía a todo el mundo, conseguía invitaciones para todas las fiestas y entradas para todos los espectáculos, y era capaz de hablar dos horas seguidas sin decir absolutamente nada.
A mi modo de ver era una especie de alcahuete o correveidile de esos que en la actualidad llaman pomposamente «relaciones públicas de artistas», pero de ínfima categoría puesto que yo no era ninguna estrella ni del cine, ni de la canción, ni mucho menos del espionaje.
Creo que si hubiera estado en su mano me habría vendido cada noche a un cliente distinto, pero debo admitir que cumplió a la perfección con el papel de melifluo escudero que se le había encomendado.
De ese modo, con mis mejores galas y mi Sacristán o mi Esmeralda a cuestas, me dediqué a recorrer de punta a punta cada rincón de Puerto Rico en busca del hijo de la gran puta que probablemente había asesinado al único hombre al que he amado a todo lo largo de mi vida.
Pero se podría asegurar que se lo había tragado la tierra.
Transcurrió casi un mes de agotadoras idas y venidas exhibiendo a todas horas discretas joyas y modelitos de lo más chic, pero cuando empezaba a perder ya toda esperanza haciéndome a la idea de que el cabrón del Reissmüller había sospechado que corría peligro apresurándose a poner pies en polvorosa, ocurrió lo inesperado.
Fue a principios de septiembre, lo recuerdo muy bien. Me estaba retocando el carmín de los labios en el baño de señoras, cuando a través del espejo descubrí que quien se encontraba a mi lado, me miraba con la insistencia de una anaconda que pretendiese hipnotizar a su presa.
Y consiguió hipnotizarme.
Nunca he podido determinar con exactitud qué tenían sus ojos, que atraían como un imán a quien elegía como víctima.
No era el tamaño, ni el color, ni aun el desconcertante fulgor que les permitía brillar incluso en la penumbra; era sin duda su descarada forma de clavarse en las pupilas de quien tenía enfrente, de una forma tan directa que de inmediato empequeñecía a su oponente.
Era como una diosa.
Después de tantos años y de analizar noche tras noche cada minuto que pasé a su lado, no me queda por menos que admitir que era una criatura llegada de otros mundos, que poco o nada tenía que ver con el resto de los mortales.
Confieso que he tenido la suerte, o la desgracia, de amar casi hasta los límites de la desesperación a dos seres absolutamente excepcionales.
Un hombre que me hizo sentirme mujer, y una mujer que catapultó mi feminidad hasta los límites del universo.
Recuerdo que cuando Sebastián me hacía el amor, su inmenso pene, fuerte y rígido, me penetraba hasta las mismísimas entrañas y me obligaba a estremecerme, y acababa por provocarme un violento orgasmo que me dejaba agotada y satisfecha.
Entonces murmuraba algo ininteligible y se quedaba dormido.
Pero también recuerdo que cuando Laura me hacía el amor, su lengua, rosada, tibia y húmeda recorría el interior de mi cuerpo como un ser dotado de vida propia, con un conocimiento tan profundo de cada íntimo rincón de mi ser, que los orgasmos se sucedían sin que nunca consiguiera determinar dónde y cuándo acababa uno y empezaba el siguiente, de forma que jamás me agotaba y, por muy satisfecha que me sintiera, el simple hecho de que me rozara o me susurrara una frase de amor al oído me excitaba de nuevo.
Y ella nunca se quedaba dormida.
Su capacidad de hacerme gozar hasta temer que moriría de placer entre sus brazos sin importarme acabar de tan maravillosa manera, jamás alcanzó límite alguno.
A menudo, cuando como ahora rememoro aquellos lejanos tiempos en los que tantas cosas sorprendentes y poco comunes me sucedieron, me asalta una vez más la sensación de que Laura tan sólo vivía para hacerme feliz, porque era una de esas raras personas que únicamente disfrutan haciendo disfrutar a quien aman.

Librodot

Era tan egoísta de mi amor que derrochaba toda su ilimitada generosidad en amarme, puesto que tanto más gozaba cuando más me veía gozar.
Y además de generosa, experta e increíblemente hermosa, era inteligente y muy divertida.
Cuando en cierta ocasión le pregunté a qué dedicaba su tiempo durante las largas temporadas en que «su marido» la dejaba sola, me replicó muy seria: «A reescribir con lógica los cuentos infantiles».
-¿Y eso qué demonios significa? -quise saber.
-Significa que la mayor parte de los cuentos infantiles parten de una base totalmente contraria a la realidad, y mi intención es hacer un libro en el que todo quede en su lugar.
-Dame un ejemplo.
-Uno muy claro: Blancanieves.
-¿Qué pasa con ella?
-Que Blancanieves era una niña mimada, que habiéndose quedado huérfana de madre al nacer, estaba acostumbrada a pasarse la vida con su padre, que le consentía todos los caprichos. Pero un buen día, cuando no era más que una esmirriada adolescente, su padre decidió casarse con una mujer bellísima, y ahí se acabó una relación mentalmente incestuosa por parte de la hija, que lógicamente aborreció de inmediato a la intrusa que pasaba a ocupar una acogedora cama a la que ella solía acudir a buscar calor y protección las noches de tormenta. A la vista de ello Blancanieves huyó de su casa para buscar refugio entre siete gamberros medio tarados que la explotaban e incluso se planteaban abusar de ella. La bondadosa madrastra acudió en su busca porque lo que en verdad deseaba era un hogar feliz con el hombre al que amaba, pero incitados por la malvada y rencorosa hijastra, los tarados la mataron. A mi modo de ver es más lógico que una inmadura adolescente sienta unos celos enfermizos hacia quien le ha quitado lo que consideraba suyo, a que los sienta una auténtica mujer hecha y derecha de una muchachita granujienta.
-Un punto de vista muy particular, no cabe duda -admití-. Pero si ocurrió así no sería un cuento. Sería, todo lo más, una de tantas historias de la vida cotidiana.
-Es que los cuentos infantiles, amor mío -me replicó muy seria-, al igual que las novelas, casi siempre han sido extraídos de la vida cotidiana, que es la mayor fuente de inspiración que pueda existir.

Quien lea lo que acabo de escribir probablemente llegará a la conclusión de que caí en brazos de Laura en cuanto la conocí, y eso no es del todo cierto.
Mi primer objetivo consistió en permitir que fuera ella la que tomara la iniciativa invitándome a almorzar al día siguiente, pues estaba convencida de que de ese modo conduciría a Ray Spencer hasta el hombre que buscábamos.
El resto llegó con el tiempo porque tenía que llegar, puesto que siempre he sido de la opinión de que Laura Espronceda era capaz de seducir a cualquier mujer que se propusiera con mucha más facilidad que el más experimentado casanova.
Sabía más sobre nosotras de lo que conseguirá saber jamás ningún hombre, y su técnica, unida a su infinita paciencia, le permitía triunfar allí donde ni Sean Connery, que es probablemente el galán de cine más atractivo que conozco, soñaría con salir victorioso.
El instinto, en cierto modo animal, que conduce a una mujer a la cama de un hombre, poco o nada tiene que ver con el insondable misterio que propicia que alguien como Laura consiguiera que un miembro de su propio sexo le autorizara a introducir la lengua entre sus muslos.
A veces me he planteado que la raíz de semejante misterio se asienta en el hecho de la irresistible atracción que sienten los seres humanos hacia lo que saben que les está absolutamente prohibido.
Con lazos matrimoniales o sin ellos, con votos de castidad o sin tales votos, las relaciones entre parejas de distinto sexo siempre resultan en cierto modo aceptables puesto que para disculparlas basta con apelar a la socorrida palabra «amor», que es algo que propicia que

Librodot

cualquier tipo de barrera se resquebraje.
Sin embargo, pocos recurren a tan manida palabra cuando se trata de una relación homosexual, pese a lo cual yo pueda asegurar mejor que nadie que amé a Laura con desesperación, y el tiempo y los hechas me demostraron que ella me amó de idéntica manera.
Lo que sucedió entre nosotras a la semana de habernos conocido tan sólo Sebastián hubiera podido evitarlo, pero él estaba muerto y no siento el menor reparo en admitir que yo me lo venía temiendo -¿y por qué no reconocer que deseando?- desde la segunda tarde que pasé con ella.
Fue aquella tarde cuando me confesó que estaba casada con un hombre de negocios que en aquellos momentos se encontraba, como casi siempre, de viaje, y debo reconocer, sin avergonzarme, que al poco tiempo me importaba muy poco lo que pudiera ocurrir en el momento en que Ray Spencer le pusiera la mano encima al tal Carlos Buenaventura, o Karl Reissmüller, que para el caso venía a ser lo mismo.
Lo único que en verdad me importaba era que no viniese a interponerse entre nosotras.
Y es que estaba convencida de que mis buenos oficios como espía honoraria habían llegado a su fin en el mismo momento en que los servicios secretos ingleses habían seguido a Laura hasta su casa, habían averiguado quién era su marido, real o ficticio, que eso aún nadie lo sabía, y habían descubierto la tapadera legal tras la que ocultaba sus actividades clandestinas.

Tuvo que ser el propio Ray Spencer quien me sacara de mi error una semana más tarde.
-Nuestro hombre no está en la isla -dijo-. Y mientras no consigamos atraparle nada averiguaremos, puesto que tanto su mujer como el personal que trabaja en las oficinas de Buenaventura y Cía. ofrecen un claro perfil de agentes de tercera línea, elegidos más por sus conocimientos del castellano que por su auténtica valía profesional.
-¿Qué quieres decir con eso?
-Que ésta tan sólo debe ser una estación auxiliar encargada de abastecer y dar un cierto respaldo operativo a la central, que por el momento ignoramos dónde se encuentra.
-Pero alguna pista tendréis protesté-, se supone que seguir pistas es vuestro oficio y yo ya os he proporcionado el hilo por el que tirar del ovillo.
-Es un hilo tan fino que se puede quebrar si lo estiramos demasiado, con lo que el remedio sería peor que la enfermedad puesto que les indicaría que estamos sobre sus pasos y eso es lo último que nos conviene -me hizo notar el que ya se había convertido en mi primer amigo inglés-. No podemos aproximarnos demasiado a esas oficinas y mucho menos intentar un registro nocturno porque los agentes secretos alemanes son muy astutos y suelen poner pequeñas trampas que les indican que alguien ha estado hurgando entre sus papeles. Lo sé por experiencia.
-¿Entonces?
-Entonces lo único que podemos hacer es vigilar de lejos, observar, y confiar en que tú consigas sacarle alguna información a esa tal Laura, que es efectivamente chilena pero en su nuevo pasaporte no figura el pequeño dato de que su madre era de origen alemán.
-¿Que yo le saque información? fingí asombrarme, aunque debo admitir que me estaba esperando desde hacía días una propuesta semejante-. ¿Es que te has vuelto loco? No he nacido para Mata Hari.
-Nadie nace para Mata Hari, querida -me replicó con su flema de siempre-. En realidad casi nadie nace para casi nada, y suelen ser las circunstancias las que conducen a la gente a ser lo que acaban siendo. El destino te ha metido en esto, tal como me metió a mí y ha metido a miles de desgraciados que se están dejando la vida en los frentes de medio mundo. -Recuerdo que me golpeó afectuosamente la rodilla como si estuviera tratando de consolarme de antemano al añadir-: Yo aspiraba a la gloria en los campos de batalla y a lucir algún día las estrellas de general, y lo único que obtuve fue un balazo que me destrozó la pierna durante una vergonzosa retirada, y un puesto de modesto funcionario de información que la mayor parte de las veces no se entera de nada.

-Pero es que, a diferencia del tuyo, mi país ni siquiera está en guerra y por lo tanto ése es un problema que no me afecta.
-Eso ya lo hemos discutido con anterioridad, querida -me replicó-. Efectivamente, tu país no ha entrado aún en la guerra, pero tú, como ser humano independiente, entraste en la guerra en el momento mismo en que te atacaron en la persona que más amabas. ¿O no?
-En eso puede que tengas razón -no pude por menos que admitir.
-La tengo, y por lo tanto hazte a la idea de que te has convertido en un soldado más del mundo libre, y por lo tanto tienes que luchar con todas tus fuerzas contra quienes intentan esclavizarnos.
-¿Entre unas sábanas?
-¡Pequeña...! -exclamó-. Puedes jurar que se han ganado más batallas entre sábanas que entre cañones.

Librodot

El perdido islote de Cazavientos cazaba todos los vientos.
Del norte, del sur, del este, del oeste, de los inventados y de los que aún estaban por inventar, puesto que alzándose como se alzaba en mitad de la nada, tan sólo la elevación de su extremo oriental servía de protección, pese a lo cual, y gracias a los continuos e intermitentes chaparrones y al inclemente sol, la vegetación había crecido hasta un punto que en ciertos lugares podría calificarse de lujuriante.
Admito que constituía realmente un lugar inhóspito pese a encontrarse enclavado en el corazón de unas Antillas que medio siglo más tarde han pasado a convertirse o en el paradigma del atractivo turístico y el sueño dorado de muchos de mis compatriotas que parecen disfrutar abrasándose sobre la arena de playas salvajes hasta que la piel se les cae a pedazos o les fulmina una insolación.
Aquéllos eran otros tiempos. Y otros los gustos.
Y quienes me habían seguido hasta la «Almorrana del Mundo», que fue como una gran parte de mis hombres acabaron por denominar a la isla, no tenían el menor interés en broncearse a la orilla de un mar paradisíaco y cenar langosta, sino que todo su empeño se centraba en liquidar la mayor cantidad posible de enemigos de la patria.
Gracias a ello, y a que ya les había aclarado cuál era la naturaleza de su misión y su especial importancia, su negativa actitud del primer momento cambió por completo, por lo que apenas pusieron los pies fuera del barco se dispusieron a trabajar con la intensidad y el entusiasmo que se esperaba de ellos.
Lo primero que hicieron fue extender una larga estera de cáñamo de poco más de un metro de ancho que afirmaron al suelo con estacas y que unía la ensenada con las cuevas.
La orden era muy precisa y tenía que obedecerse a rajatabla: nadie debía pisar fuera de la estera con el fin de evitar que sobre la arena de la playa o la tierra de isla quedaran las marcas de sus huellas.
En caso de peligro las esteras podían enrollarse y ocultarse en cuestión de minutos, mientras que borrar centenares de pisadas humanas podría llevar semanas.
Nadie, absolutamente nadie que por cualquier razón se aproximase al islote o lo sobrevolase

Librodot

debería tener motivo alguno para sospechar que en él se encontraba o por él había pasado recientemente ni un solo ser humano.
Y entre unas cosas y otras éramos casi medio centenar. Demasiada gente, pero gente muy disciplinada. Desde el momento en que captaron la importancia de la tarea que iban a realizar y el enorme esfuerzo que exigía, dedicaron a ello todo su entusiasmo, su valor y su astucia, conscientes como estaban de que tendrían que pasar meses ocultos en apenas algo más que una roca enclavada en el mismísimo corazón de territorio enemigo.
La vieja goleta permaneció en la ensenada el tiempo justo para desembarcar cuanto transportaba y se alejó de inmediato con la orden expresa de no volver más que cuando resultara imprescindible y eligiendo siempre las noches más oscuras.
Podíamos recibir cualquier noticia, pero la única radio capaz de emitir mensajes se guardaba bajo siete llaves.
Ahora, medio centenar de hombres y mujeres, entre los que había una docena de los que no acababa de fiarme, aunque reconozco que no tenía motivos para sospechar de ellos, sabían lo suficiente sobre la naturaleza de nuestra misión como para abortarla, pero no podrían contárselo a nadie a menos que se arriesgaran a nadar más de cien millas a través de unas aguas infestadas de tiburones.
Aun así los centinelas permanecían alerta día y noche. Los simulacros de alarma me permitieron comprobar que, en cuanto sonaba la sirena enclavada en lo alto de la colina, todo rastro de vida desaparecía en menos de cuatro minutos, que era menos del tiempo que tardaba un hidroavión de reconocimiento desde que hacía su aparición en el horizonte hasta que nos sobrevolaba.
Al primer aullido los hombres enrollaban las esteras, las ocultaban en zanjas cavadas ex profeso y se metían dentro ocultándose con una trampilla de madera cuya tapa era un matojo.
Se podía incluso pisar encima sin descubrir que se trataba de un suelo falso.
Con el fin de evitar que el humo pudiera delatarnos tan sólo se comía caliente por las noches, cuando se encendían las cocinas de una de las cuevas, de las que jamás podía salir un objeto metálico o de cristal que en un momento dado acertara a delatarnos reflejando un rayo de sol.
Era como jugar al escondite en casa ajena, con la única diferencia de que nos jugábamos la vida.
El trabajo era duro. Muy duro.
En ocasiones incluso agotador, puesto que a partir de las diez de la mañana el sol caía a plomo y el calor obligaba a sudar a chorros, y aunque el viento aliviaba, ese mismo viento, a menudo ardiente y que no paraba de soplar ni un instante acribillando la cara y el cuerpo con diminutos granos de arena que introducía en los ojos, la boca, los oídos y las fosas nasales sacaba de quicio a cuantos se veían obligados a trabajar al aire libre.
Pese a que tenían la obligación de utilizar camisa, pantalón y un amplio sombrero algunos sufrieron insolaciones.
De tanto en tanto se introducían en el cercano mar con el fin de refrescarse y librarse de la arena.
Un día, Hans Peñaranda, un animoso muchacho que siempre estaba cantando a voz en cuello, se alejó demasiado de la orilla y un tiburón le arrancó una pierna a la altura de la rodilla.
A duras penas consiguió nadar hasta la playa dejando tras de sí un reguero de sangre que atrajo de inmediato a otros tiburones que estuvieron a punto de acabar con él a la vista de sus horrorizados compañeros.
Pero tuvo suerte, sobrevivió al incidente y durante años estuvimos en contacto hasta que murió en Guatemala, donde se había hecho rico cultivando café. De tanto en tanto me enviaba un saco y era magnífico. La vida en Cazavientos era en verdad una vida difícil. Pero ciertamente excitante.
Las ocho enfermeras, a las que había elegido personalmente una por una, teniendo en cuenta no sólo su capacidad profesional sino su espíritu de sacrificio y comprensión hacia los problemas masculinos, se esforzaban con verdadero entusiasmo a la hora de aliviar las

Librodot

tensiones de cuarenta y tantos hombres, en su mayoría jóvenes que, dos noches por semana y siguiendo un riguroso turno que no admitía excepciones, podían dar rienda suelta a sus urgencias amatorias en cualquiera de las playas del islote.
Nunca permití que se formaran parejas estables, advirtiendo muy seriamente a las muchachas que estaba terminantemente prohibido mostrar una especial predilección por cualquiera de sus compañeros de aventuras.
El paso del tiempo me obliga a reconocer que aquélla era una guerra muy especial.
Y es que muestro campo de batalla era, de igual modo, muy especial.
Por mi parte reconozco que llegué a enamoriscarme como un crío de una tal Alicia, a la que apodaban Tragamillas y cuyo apellido nunca he conseguido recordar, una morena pequeña y pizpireta pero dotada de una enorme y sonrosada boca capaz de poner en marcha a un muerto, y de igual modo reconozco que se me revolvían las tripas cada vez que la veía alejarse hacia la playa en compañía de uno de aquellos muchachotes que disfrutarían de su prodigiosa habilidad durante un par de horas. Pero como comandante en jefe me veía en la obligación de dar ejemplo tragándome la bilis por mucho esfuerzo que me costara.
Estoy convencido de que a más de uno le ocurría otro tanto, y en cierto modo podría asegurar que el hecho de mantener la moral y evitar enfrentamientos entre un grupo tan nutrido de hombres y mujeres conviviendo, ocultos como topos, en tan pequeño espacio, constituyó uno de los mayores problemas de nuestra ya de por sí problemática misión.
Una noche el sargento de guardia sorprendió a un par de homosexuales en plena faena.
Jamás lo hubiera sospechado.
Nunca he tenido buen ojo a la hora de distinguir a esa clase de individuos por lo que durante años me culpé por mi error al haberlos reclutado sin darme cuenta de cuáles eran sus inclinaciones, pero aunque uno de ellos era un ingeniero de gran valía, los mandé fusilar al día siguiente e hice lanzar sus cadáveres a los tiburones.
Admito que fue una injusta bestialidad, pero estábamos en guerra.
No tengo nada contra los homosexuales y la mejor prueba está en que acepté a Laura en mi equipo sin el más mínimo reparo.
En buena lógica tendría que haber elegido a una heterosexual, que muy bien hubiera podido ser Alicia Tragamillas, para que interpretara el papel de complaciente esposa.
Está claro que me hubiera producido innegables satisfacciones de tipo personal, pero a costa de perder representatividad y eficiencia, ya que evidentemente Alicia era insuperable en la cama pero no me la imaginaba como esposa de un poderoso industrial, ni menos aún descifrando códigos con ayuda de una compleja máquina Enigma.
Creo que lo que en verdad me molestó de los dos hombres a los que mandé ejecutar no es el hecho de su homosexualidad, sino que no me hubieran advertido de lo que podía ocurrir entre ellos, o, peor aún, que no figurara en los informes de nuestros servicios secretos tal como figuraba con todo lujo de detalles el pasado amoroso de Laura Espronceda.
Aún me pregunto cómo reaccionó mi gente ante el hecho de que mandara fusilar sin juicio previo a dos de sus compañeros.
Quiero suponer que hubo de todo.
En los tiempos que corren jamás se me hubiera ocurrido emitir semejante orden ni aun en tiempos de guerra, pero hace ya más de medio siglo esas cosas solían verse de otro modo.
A menudo me han acusado de machista por aceptar sin reparos la homosexualidad femenina y mostrarme no obstante tan increíblemente duro con la masculina, e incluso me han preguntado si hubiera sido capaz de ejecutar a dos de las enfermeras si las hubieran sorprendido en un acto de lesbianismo.
¿Qué puedo responder?
¡Son tantas las cosas de las que debe uno arrepentirse en esta vida!
¡Son tantos los errores que cometemos!
No creo que exista una sola persona en este mundo que si le dieran una segunda oportunidad no cambiara muchas de las decisiones que tomó.

Librodot

Yo soy una de ellas.
Ordenar que mataran a aquel par de infelices fue sin lugar a dudas un grave error.
Pero no creo que fuera un crimen.
El islote se había convertido en una especie de campo de concentración en el que todos los allí encerrados actuábamos simultáneamente como prisioneros y carceleros, por lo que una rígida disciplina debía ser mantenida a toda costa y en todo momento.
A mi modo de ver, permitir que se quedaran en la isla como si no hubiera pasado nada, cerrando los ojos a lo que pudieran hacer en sus ratos libres, hubiera encrespado los ánimos de una buena parte de mis hombres.
Tampoco podía encerrarlos en un calabozo convirtiéndoles en una carga inútil, y mucho menos permitir que se marcharan, corriendo el riesgo de que se fueran de la lengua y contaran lo que sabían sobre nuestra misión.
En aquellos momentos no se me ocurrió otra solución que acabar con ellos.
A nadie le cupo la más mínima duda de que yo no me andaba por las ramas.
Por suerte, los trabajos avanzaban a buen ritmo, y el día que la radio nos anunció la pronta llegada del primer submarino, todo estaba ya dispuesto para la recepción.

Librodot

Si, tal como Ray Spencer aseguraba, «se ganaban más batallas entre sábanas que entre cañones», yo debía ser una pésima estratega visto que jamás conseguí obtener ni la más mínima victoria pese a las continuas y apasionadas escaramuzas que mantenía con Laura en la inmensa cama de mi precioso apartamento.

No logré hacer que pronunciara ni una sola palabra comprometedora sobre sus actividades o las de su supuesto marido, y de no haberse dado el caso de que los ingleses hubieron conseguido averiguar que había pasado los cuatro últimos años en Alemania ejerciendo como sumisa amante de una famosa y multimillonaria condesa, cabría aceptar como buena su historia de que no había abandonado Chile hasta el día en que se casó con Carlos Buenaventura hacía ya más de dos años.

Pero se daba la curiosa circunstancia de que por aquel entonces Carlos Buenaventura aún no existía. Evidentemente, si mentía en eso, mentía en todo, y resultaba evidente que Laura debía estar enterada de quién era en verdad su falso marido, y cuáles eran las misteriosas razones por las que viajaba tanto.

Me ofendía que me mintiese.

Yo se lo daba todo, pero ella me ocultaba la verdad sobre una parte tan importante de su vida.

Creo que en aquellos días nunca me detuve a meditar en el hecho de que también ella me lo daba todo y también yo le ocultaba la verdad sobre una parte importante de mi vida y sobre las razones por las que había permitido que me sedujera con tanta facilidad.

En ocasiones no puedo por menos que preguntarme si hubiera llegado a seducirme de igual modo en otras circunstancias, y creo que ésa es una cuestión que prefiero no analizar, puesto que probablemente tendría que acabar por reconocer que no fue la guerra la que me llevó a convertirme en bisexual, sino que probablemente ésa era una tendencia innata en mí.

No obstante, repito una vez más que Laura era una criatura capaz de seducir a quien se lo propusiera, incluido un mapache, macho o hembra.

En cuanto entraba en casa y me sonreía, el salón parecía iluminarse con una nueva luz desconocida, y en cuanto me acariciaba el cabello, las piernas me temblaban.

¿Cómo pretendía el iluso de Ray Spencer que en esos momentos fuera capaz de sonsacarle

información si apenas conseguía más que balbucear palabras de amor o emitir largos gemidos de placer?
¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo! A propósito, ¿por casualidad eres espía?
No había forma humana de hacerle esa pregunta ni mucho menos de que dijera nada comprometedor, dado que el noventa por ciento de las veces su lengua estaba ocupada en algo mucho más importante que responder a preguntas pendejas.
Y cuando al fin la extraía de mi sexo solía ser para limitarse a murmurar: «¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo!». ¿Qué me importaba el resto?
En cierta ocasión acerté a decirle:
-Si vuelve tu marido, me moriré al pensar que te entregas a él como te entregas a mí.
Su respuesta fue inmediata y no dejaba lugar a dudas:
-Eso nunca ocurrirá.
-¿Por qué estás tan segura?
-Porque antes le mato o lo abandono.
-¿Y qué haríamos entonces?
-Lo que quisiéramos, porque tengo dinero más que suficiente como para vivir en cualquier lugar del mundo. Incluso estoy pensando que lo mejor que podríamos hacer sería marcharnos muy lejos de aquí.
-¿Para ir adónde?
-¿Qué tal Brasil o Argentina?
-¿Es que te has vuelto loca? ¿Qué haríamos allí?
-Lo mismo que aquí, pero mucho más lejos de la guerra, y de todo lo que significa.
-No veo que la guerra nos afecte en lo más mínimo -le hice notar.
-Acabará afectándonos -replicó, y una vez más comprendí que estaba segura de lo que decía-. Pronto o tarde los norteamericanos entrarán en ella, y Puerto Rico es, militarmente, territorio americano.
-No creo que llegue a ocurrir.
-Ocurrirá el día en que los japoneses decidan atacarles, y eso es algo que tiene que estar a punto de suceder.

Cuando le conté aquella conversación a Ray Spencer pareció particularmente interesado, y lo primero que me preguntó fue que si, en mi opinión, Laura había comentado lo del ataque japonés por simples conjeturas o porque tuviese una fuente de información digna de crédito.
-¿Sabe algo que nosotros no sepamos? -inquirió al fin-. Intenta averiguarlo.
Lo intenté. Juro por la memoria de mi madre que lo intenté una y otra vez, pero insisto en que aquella fabulosa mujer me superaba en todo y siempre se las ingeniaba a la hora de evadir los temas que consideraba espinosos y conducirme allí donde yo no ofrecía nunca la menor resistencia: las sábanas, entre las que ganaba cualquier tipo de batalla.

Creo que no estoy dando una buena impresión de mí misma, pero de igual modo creo que no estoy aquí para intentarlo, sino para contar los hechos tal como sucedieron sin pretender justificarme.
Acababa de cumplir veintiún años, estaba locamente enamorada y Laura era una mujer mucho más experimentada y más inteligente que yo.
Lo verdaderamente extraño fue que no consiguiera hacer que le confesara de motu proprio que en realidad era una aprendiz de espía que lo único que buscaba era su perdición.
Eso era algo que me atormentaba y no me permitía dormir la mayor parte de las noches, convencida como estaba de que el día que Ray Spencer llegara a la conclusión de que no era capaz de obtener ningún tipo de información y comprendiera que se encontraba en un callejón sin salida, visto que Karl Reissmüller continuaba sin aparecer, tal vez decidiera cortar por lo sano deteniendo a Laura con el fin de obligarla a confesar por la fuerza lo que yo no conseguía por medio de besos y caricias.

El simple hecho de pensarlo me obligaba a correr al baño a vomitar.
Es duro perder al hombre que amas sabiendo que lo han arrojado por la borda de un barco, pero igualmente duro resulta imaginar que estás a punto de perder a la mujer que amas, que acabará fusilada o en un campo de concentración para prisioneros de guerra.

Al poco de la desaparición de Sebastián me aferraba a la idea de que al caer del barco había conseguido nadar hasta una isla desierta de la que algún día le rescatarían devolviéndomelo sano y salvo, pero durante el tiempo que pasé con Laura el simple hecho de que semejante fantasía pudiera llegar a convertirse en realidad me horrorizaba.
¿Qué ocurriría si de pronto él se presentara ante mi puerta?
¿Qué explicación podría darle?
¿Y qué explicación podría darle a ella?
¿Acaso era un monstruo capaz de olvidar en tan poco tiempo a Sebastián para arrojarme en brazos de Laura?
La bisexualidad presenta a menudo problemas semejantes, al igual que lo presenta cualquier otra relación amorosa con la única diferencia de que en mi caso se hubiera tratado de elegir entre dos opciones diametralmente opuesta›:
Si difícil debe resultar decantarse entre un hombre y otro, o entre una mujer y otra, imposible debe ser tener que optar entre un hombre y una mujer, y por fortuna jamás se me presentó tan peliagudo dilema puesto que juro que jamás volvía enamorarme.
Ni de un hombre ni de una mujer.
Cierto es, y no tengo razones para ocultarlo, que años más tarde mantuve alguna que otra relación esporádica, sin que considere necesario aclarar si fueron de uno u otro signo, pero también es cierto que nunca volvía experimentar la profundidad de sentimientos que despertaron en mi cuerpo y en mi alma un hombre como Sebastián o una mujer como Laura.
Por ello, y por miedo a perderla, aprendí a mentir. Poco a poco, y casi sin yo misma darme cuenta, hice creer a Ray Spencer que Laura comenzaba a confiarse hasta el punto de que frases sueltas aquí y allá me estaban permitiendo avanzar en la dirección deseada.
Al fin y al cabo los servicios secretos ingleses estaban convencidos de que la misión de Karl Reissmüller no era otra que organizar una base secreta que le permitiera abastecer a sus submarinos, y de lo único que se trataba era de intentar localizar dónde se encontraba dicha base.
Por suerte o por desgracia en el Caribe existían cientos de islas desiertas y ensenadas solitarias en las que establecer un seguro refugio, y tantas posibilidades tenía yo, como todo un ejército, de averiguar dónde se encontraba.

Librodot

Emergió a última hora de la tarde, con la luz justa para localizar las marcas de entrada a la bahía, de tal modo que cuando al fin dejó caer las anclas, las sombras se habían apoderado ya de Cazavientos.
Pedí permiso para subir a bordo y me asombró una vez más el espíritu de sacrificio de unos hombres que no dudaban a la hora de arriesgar la vida encerrados durante largos meses en el interior de una especie de maloliente ataúd metálico en el que siempre parecía faltar el aire.
Su capitán, un hombre tan pequeño y enjuto que cabría imaginar que había sido engendrado pensando en que hiciera juego con su futura nave, se mostraba firme, pero se le advertía al propio tiempo tan enfermizo y fatigado que me vi en la obligación de rogarle que desembarcara cuanto antes con el fin de tomarse un merecido descanso disfrutando del aire, la playa, el sol, la buena comida y las amables atenciones de nuestro selecto grupo de «enfermeras auxiliares».
-Hay otros que lo necesitan más -me respondió-. Yo iré en el segundo turno. Intentaré descargar esta misma noche todo lo que traemos y la mitad de mis hombres se quedan tres días en la isla. Me alejaré para no atraer la atención de los hidroaviones, pero regresaré la cuarta noche y entonces me quedaré.
-¿Cuánto tiempo?
-No mucho porque tenemos que estar de vuelta cuanto antes en el Atlántico norte donde los barcos enemigos nos esperan.
-¡Que esperen! -protesté-. Su salud y la de sus hombres se me antojan mucho más importante que continuar hundiendo inofensivos mercantes.
-No lo crea -me replicó y en el tono de su voz se advertía ahora un leve deje de desánimo-, esos malditos barcos no son en absoluto inofensivos puesto que se reproducen como conejos y por cada uno que hundimos los americanos construyen diez.
-No es posible.
-¡Lo es, querido amigo! -señaló seguro de sí mismo-. Pasé una semana apostado frente a uno de los astilleros en que construyen esos malditos Liberty y le garantizo que muy pronto los americanos serán capaces de poner un barco nuevo en el agua cada día. Eso significa que en

Librodot

pocos meses estarán enviando a Inglaterra millones de toneladas de armamento en lo que constituirá un gigantesco tren de naves que no seremos capaces de detener con nuestros inútiles torpedos.
-¿Por qué inútiles?
-Porque la mayor parte se desvían, y más de la mitad de los que dan en el blanco ni siquiera explotan.
-Me cuesta creerlo.
-¡Pues créaselo porque no tengo el menor interés en mentirle! -me respondió con absoluta normalidad-. A menudo nos aproximamos tanto a ellos que casi podrían escupirnos desde cubierta, pero al poco de disparar se escucha un «cloc» y el torpedo se va al fondo como un plomo.
-Sin embargo, el año pasado nuestros submarinos hundieron miles de toneladas de naves enemigas.
-A base de gastar una infinidad de torpedos que nuestras fábricas no están en disposición de reponer al mismo ritmo.
Recuerdo que el diminuto marino lanzó un sonoro resoplido al añadir:
-Las matemáticas no engañan: si los yanquis son capaces de fabricar barcos que sí navegan casi al mismo ritmo que nosotros fabricamos torpedos que en su mayor parte no explotan, llegará un momento en que en el Atlántico habrá más barcos que torpedos. Abrió las manos en lo que pretendía ser un gesto de impotencia y concluyó-: ¡Así de fácil!
La sorprendente conversación me dejó, como era de esperar, profundamente preocupado. El año anterior los imbatibles «lobos grises» del almirante Doenitz habían diezmado los convoyes enemigos apuntándose victoria tras victoria en lo que muchos consideraron casi un divertido juego de tiro al blanco, pero ahora uno de sus más experimentados capitanes afirmaba que las cosas se estaban poniendo muy mal, debido sobre todo a que los ingleses habían desarrollado un nuevo tipo de radar portátil que permitía que los aviones los descubrieran y destruyeran con gran facilidad.
Fue aquella noche cuando empecé a darme cuenta de que mis peores augurios comenzaban a tomar cuerpo; si no asestábamos un golpe definitivo a nuestros enemigos enterrándolos profunda y definitivamente, muy pronto empezarían a emerger de sus tumbas dispuestos a devolvernos golpe por golpe.
Quizá por ello nuestra misión tenía tanta importancia.
No podíamos fallar.
¡Estaba absolutamente prohibido fallar!

A la mañana siguiente, y tras una agotadora noche de incesante ajetreo el submarino había sido totalmente descargado y la mitad de sus tripulantes se encontraban en tierra dispuestos a disfrutar de un más que merecido descanso.
Mis órdenes fueron muy claras y no admitían discusión: mientras los submarinistas se encontraran entre nosotros, los cocineros, los ordenanzas, y sobre todo las «enfermeras» tenían la obligación ineludible de ocuparse únicamente de ellos procurando hacerles la estancia en la isla lo más agradable posible.
No cabe duda de que todo es relativo, puesto que mientras a la mayoría de mis hombres la vida en aquel peñasco batido por el viento se les antojaba poco menos que la antesala del infierno, para aquel puñado de malolientes barbudos que llevaban meses sin bañarse, respirando un aire hediondo y casi sin poder estirar las piernas, Cazavientos con sus mujeres, sus comidas frescas y sus playas en las que chapotear alegremente se les antojaba poco menos que el umbral del paraíso.
Los cocineros, y sobre todo las «enfermeras auxiliares» no daban abasto.
Todo hubiera ido bien a no ser por el hecho de que el submarino había dejado en la pequeña ensenada una espesa mancha de fuel que contrastaba con la impoluta transparencia de las aguas de un precioso color verde esmeralda que rodeaban la isla.

Librodot

El jefe de máquinas, que era uno de los que se habían quedado en tierra durante aquel primer turno, aceptó su responsabilidad con un leve encogimiento de hombros:
-¿Qué quiere que le diga? -se lamentó-. Ese trasto necesita una revisión completa, pero lleva meses sin visitar un astillero. Y lo malo no es que haya ensuciado su linda bahía; lo malo es que va dejando un rastro que nos delata a tres millas, por lo que cualquier día cualquier destructor avispado nos dará un disgusto porque en este jodido mar Caribe las aguas son demasiado transparentes.
-La verdad es que no había contado con ese detalle -admití-. Y empiezo a comprender que puede traer, nefastas consecuencias para los submarinos.
-¡Y tan nefastas! -replicó-. En el Atlántico ningún avión es capaz de divisarnos en cuanto descendemos a más de treinta metros, que es el límite al que allí suele llegar la luz. Pero aquí un aparato que vuele alto nos puede localizar casi a setenta, lo cual para nosotros es una profundidad considerable y a la que se supone que deberíamos sentirnos seguros. ¡Triste gracia estar pasándolas putas allá abajo sin saber, además, que el enemigo te está viendo!
-¿Y qué podríamos hacer? -quise saber.
-¡Ni idea, querido amigo! ¡Ni idea! -fue a todas luces la sincera respuesta del marino-. Lo único que he sacado en claro de todo esto es que el Caribe es un mar demasiado limpio, que a los submarinistas no nos quiere y nos delata a las primeras de cambio.
De inmediato puse a toda mi gente a limpiar del mejor modo posible el agua de la ensenada empleando bombas, cubos y cuanto encontraron a mano y creo que jamás impartí una orden más oportuna, dado que cuarenta y ocho horas más tarde hizo su aparición un hidroavión de la marina americana, que sobrevoló la isla y estuvo más de una hora girando y girando por los alrededores.
El once de septiembre había tenido lugar un intercambio de disparos entre el destructor norteamericano Greer y nuestro submarino U-652 al norte de Irlanda, y ello había dado motivos al presidente Roosevelt para ordenar que sus buques atacaran sin previo aviso a cualquier navío alemán que fuera sorprendido en aguas norteamericanas.
A la mañana siguiente apareció otro hidroavión y dos días más tarde un destructor y aunque debo reconocer que pasamos momentos de angustia, tras estudiar sus idas y venidas llegamos a la conclusión de que lo que venían buscando era al submarino. Probablemente, los aviones de reconocimiento habían detectado su presencia por las proximidades y eso nos obligaba a estar siempre alerta aunque al poco nos tranquilizó el hecho de recibir un mensaje en el que el diminuto pero prudente capitán comunicaba que, sabiéndose buscado, se retiraba temporalmente hacia el Atlántico.
Tardó una semana en regresar. Lo hizo pasada la medianoche, y se limitó a emerger a unas dos millas de la costa con el fin de enviar sus botes a recoger a los tripulantes que habían quedado en tierra para alejarse de nuevo a toda máquina poniéndose de momento a salvo en aguas más oscuras.
Aquel valiente y sacrificado marino no consiguió disfrutar ni de un solo minuto de descanso.
Al finalizar la guerra me enteré de que ese mismo año lo habían hundido, con toda su tripulación, al sur de las Azores.
Durante los días que siguieron se redobló la guardia y nadie abandonó por ningún motivo el seguro refugio de las cuevas.
El incidente había servido para recordarnos que la guerra se encontraba peligrosamente cerca y era sólo cuestión de tiempo, tal vez semanas, que Estados Unidos decidiera entrar en ella.
El almirante Canaris, probablemente el hombre mejor informado del mundo, me había dado un plazo de ocho meses para estar listo, y dicho plazo se cumpliría a finales de año, lo que significaba, a mi modo de ver, que ésa era la fecha prevista para el inicio de las hostilidades, puesto que de otro modo no existía razón alguna para que nos encontráramos encerrados en la «Almorrana del Mundo».
Por suerte, los trabajos seguían a buen ritmo y mi gente parecía entusiasmada con los resultados, por lo que no les importaba trabajar dieciocho horas diarias, a lo cual contribuía en

Librodot

mucho el hecho de que a partir de mediados de septiembre el tórrido calor había disminuido de modo notable, al igual que los constantes vientos del sur que tan sólo un mes atrás tenían la virtud de encrespar los ánimos.
Fue por aquellas fechas cuando recibí la orden de trasladarme a Berlín de la forma más rápida y discreta posible.
No me agradaba la idea de dejar el mando en un momento como aquél, pero si el jefe de los servicios de inteligencia alemanes consideraba que debíamos entrevistarnos personalmente, sus razones tendría.
La ruta más rápida continuaba siendo a través de Puerto Rico, pero una especie de sexto sentido me dictaba que la isla, al igual que Santo Domingo, eran lugares en los que no me convenía dejarme ver.
Elegí por tanto hacer el viaje partiendo de Cuba.

Librodot

No sabía qué inventar.
Contarle a Ray Spencer que mis cada vez más frecuentes encuentros con Laura se limitaban a un continuo revolcarse en una cama lanzando gemidos de placer no era algo como para entusiasmar a un espía, sobre todo cuando tenía plena conciencia de que no le íbamos a permitir tomar parte en nuestros juegos amorosos, cosa que sin lugar a dudas le hubiera agradado sobremanera.
Recuerdo que me compré un enorme mapa del Caribe y me pasaba las horas estudiándolo en una estúpida e inútil búsqueda de alguna pista que me permitiera hacerme una remota idea de dónde podría encontrarse la supuesta base de submarinos alemanes.
Incluso le pregunté a Laura si conocía algún bonito lugar en el que pudiéramos pasar unos días de descanso, pero se limitó a responderme que San Juan y sus alrededores era cuanto había visitado en la región.
Aprovechó la ocasión para volver a insinuar que lo que debíamos hacer era marcharnos a Brasil y no volver nunca; si en aquellos días me hubieran obligado a jurar, habría asegurado que era sincera y que perderse conmigo en un rincón del mundo en el que nadie nos conociera, era lo que en verdad estaba deseando.
Me di cuenta de que parecía muy inquieta, e incluso cabría asegurar que casi asustada. Era una mujer de una gran entereza y fuerza de carácter, pero cuanto más profundizábamos en nuestra relación, con lo que en buena lógica debía sentirse más relajada, más tensa y nerviosa se mostraba. A mi modo de ver estaba claro que no se debía a que algo no funcionara bien entre nosotras, sino a alguna causa externa que comenzaba a obsesionarla.
-¿Acaso te preocupa la reacción de tu marido? -quise saber.
-Lo único que me preocuparía de él sería que te conociera -replicó con una leve sonrisa-. Se enamoraría de ti y no me veo compitiendo con el hombre con el que me he casado.
-¡Tonta!...
-¿Acaso es una tontería tener miedo de perder lo que se ama? -quiso saber-. Yo estoy segura de mis sentimientos porque siempre he sabido cuáles son exactamente. Pero a veces temo que tú no estés completamente definida y cualquier día aparecerá un hombre que te apartará de

mí.
-Que yo sepa, de momento el único hombre que puede interponerse entre nosotras es Carlos, y lo que no entiendo es por qué razón te casaste con él si tenías tan claro cuáles eran tus necesidades y no fue por dinero, puesto que por lo que tú misma me has dicho, tienes más que suficiente.
Me miró a los ojos, me acarició el cabello, me besó largamente y comenzó a deslizar sus labios por mi pecho decidida a hacerme el amor, pero quizá por primera vez se lo impedí alzándole la barbilla para insistir:
-Respóndeme.
-No tengo ninguna respuesta.
-Tiene que haber una respuesta al hecho de que alguien que tan sólo ama a las mujeres acepte hacer el amor con un hombre.
-Carlos y yo jamás hemos hecho el amor. Nuestro matrimonio es una simple cuestión de conveniencias.
-¿Qué clase de «conveniencias»?
Dudó unos instantes y al fin replicó:
-Es homosexual.
Salté de la cama indignada, o fingidamente indignada, para ir a tomar asiento en el borde de la ventana sin importarme el hecho de que desde la calle pudieran verme desnuda.
-¡Mientes! -exclamé y me veo obligada a alabarme a mí misma por lo bien que estaba interpretando el papel de amante ofendida-. Mientes y me duele saber que te estoy entregando mi vida sin importarme lo que piensen mis amigos o mi familia, mientras que me ocultas un millón de cosas que me hacen sospechar que tan sólo significo para ti un pasatiempo hasta que tu adorado Carlos regrese.
Se arrojó a mis pies. Literalmente se lanzó de la cama con el fin de arrodillarse y abrazarme las piernas, mientras que su entereza pareció desmoronarse como un castillo de naipes.
-¿Cómo puedes decir eso, vida mía? -Casi sollozó-. Pídeme que me tire por esa ventana para demostrarte la profundidad de mi amor y lo haré sin dudar; pídeme que huya contigo y nos iremos ahora mismo; pídeme que me arranque los ojos y me los arrancaré sin un lamento, pero no dudes ni por un instante de lo que siento por ti.
-Tan sólo te pido algo mucho más sencillo -repliqué-. La verdad.
-¡Nunca la entenderías!
-Ponme a prueba.
-Te quiero demasiado como para permitir que corras peligro.
-¡Bobadas! ¿Qué peligro podría correr por el hecho de saber algo comprometedor sobre ti? ¿Acaso eres una criminal con la cabeza puesta a precio? ¿Y crees que me importaría si así fuese? ¿Te importaría a ti si de pronto descubrieras que he cometido un crimen horrendo? ¡Di! ¿Te importaría?
-Supongo que no.
-¿Entonces...?
Se puso en pie, regresó a la cama, encendió un cigarrillo, me miró como si no me hubiera visto nunca y por fin hizo un gesto para que acudiera a sentarme en sus rodillas.
-¡Baja de ahí! -suplicó-. Me produce vértigo el simple hecho de verte en peligro. ¡Ven! Te prometo una cosa; dentro de un mes, dos como máximo, te contaré toda la verdad sin ocultarte absolutamente nada. Pero ahora no puedo. Te juro que correrías un gran peligro y me moriría si te ocurriera algo malo.
No quise insistir.
Por el momento se me antojó más que suficiente puesto que a mi modo de ver tenía algo concreto que ofrecerle a Ray Spencer; lo que quiera que fuese que se estuviera fraguando tenía al parecer una fecha límite: dos meses a lo sumo.

-¿Estás segura de que fue eso lo que dijo? -quiso saber el zanquilargo pelirrojo como si le

Librodot

costara aceptarlo-. ¿Dos meses como máximo?
-Completamente segura.
-Pero dos meses, ¿para qué?
-Para que ocurra algo, aunque de momento no tengo ni la menor idea de lo que pueda ser.
-En ese caso, si estuvieras en lo cierto todas nuestras conjeturas resultarían erróneas ya que no se trata de un grupo de apoyo que esté montando una base de submarinos o barcos corsarios, sino de una célula de saboteadores.
-¿Y qué es lo que pretenden sabotear en Puerto Rico?
Ahora soy yo el que debe admitir que no tiene ni la menor idea.
Fue en ese momento y aún no he conseguido explicarme por qué razón surgió exactamente en ese instante. Tal vez fuera intuición femenina, o tal vez, porque una imagen en la que conscientemente nunca había reparado me vino a la mente como si un tupido velo se descorriera de pronto ante mis ojos.
¡Se trataba del día y del momento en que sorprendí a Sebastián discutiendo acaloradamente con Karl Reissmüller a bordo del Mikonos!
Se encontraban en cubierta, pero lo que se distinguía a sus espaldas no era en absoluto el mar abierto, sino un gigantesco farallón de roca que caía verticalmente sobre nuestras cabezas.
-¡El Corte de Culebra! -exclamé.
Ray Spencer me observó como si me hubiera vuelto loca.
-¿Cómo has dicho? -inquirió perplejo.
-He dicho el Corte de Culebra.
-¿Y eso qué significa?
-Que fue allí donde vi por primera vez al hijo de la gran puta de Karl Reissmüller.
-¿Y dónde está eso?
-En el canal de Panamá.
-¿En el canal de Panamá? -Se horrorizó.
-¡Exactamente! -insistí-. El Corte de Culebra es un tajo que atraviesa por completo una montaña entre el Caribe y el Pacífico.
-¿Y qué pretendes decir con eso?
-Nada, pero ahora que lo he recordado no puedo por menos que preguntarme qué hacía en el canal de Panamá Karl Reissmüller, y por qué le preocupaba tanto que le reconocieran.
-¡Dios Misericordioso! -balbuceó el pelirrojo evidentemente estupefacto-. ¡El canal de Panamá!

Librodot

El almirante me recibió en el mismo despacho, sentado tras la misma mesa y con el mismo gesto adusto, de concentrado jugador de póquer, con que me había recibido el primer día.
Su mano descansaba, casi como si la acariciara, sobre la gruesa carpeta repleta de fotografías, planos y datos que le había hecho llegar dos días antes, en el momento mismo en que puse pie en Berlín.
-Un buen trabajo -musitó al fin-; un informe escueto pero perfectamente detallado, tal como siempre me han gustado los informes. Si cuando llegue el momento de actuar la realidad se aproxima a lo que aquí se describe, constituirá en verdad una de nuestras mayores victorias de esta campaña.
Se sumió de nuevo en el silencio, aquellos largos y peculiares silencios en los que podría creerse que se encontraba a miles de kilómetros de distancia, y aunque sus ojos permanecían clavados en mí tuve la extraña sensación de que no me estaba viendo.
-La guerra va a ser larga -añadió al fin; a estas alturas aún sigo creyendo que no me hablaba sino que se limitaba a expresar en voz alta lo que pasaba en esos momentos por su mente-. Los alemanes nos hemos acostumbrado a las batallas cortas y las victorias rápidas y eso es malo, pues induce a imaginar que todo va a ser un paseo triunfal. Pero los avances comienzan a ser más lentos e incluso en ocasiones se frenan por completo... -Ahora sí que me miró a los ojos y se dirigió directamente a mí-. De ahí la importancia de esta acción. Es tan imaginativa, audaz e inesperada que actuará de contrapeso el día que nos enfrentemos al primer retroceso.
-Nunca retrocederemos -dije casi por decir algo.
-No se equivoque, capitán -me reconvino-, todo ejército se ve en la obligación de retroceder en alguna ocasión, y todo general debe saber cuándo conviene retirarse de una determinada posición por mucho que le haya costado conquistarla. Pero eso los civiles no suelen entenderlo y acostumbran a considerar una derrota que pesa mucho en su ánimo lo que no es más que un movimiento táctico. -Sonrió por primera vez desde que le conocía al tiempo que sacudía la cabeza como si estuviera alejando un mal pensamiento al añadir-: Pero no es éste el caso. Lo que en verdad importa es que en una actuación de tanta envergadura el posible fracaso nunca trascienda. Aquí todo se reduce a una cuestión: o victoria o nada.

Librodot

-Será victoria.
-En eso confío. Y ahora dígame: ¿ha visitado personalmente Panamá?
-Yo mismo hice esas fotografías, señor.
-¿Y qué opina del canal?
-Que es viejo y vulnerable. Se concluyó en mil novecientos catorce con planos de finales de siglo, un tiempo en el que la ingeniería aún no había llegado ni remotamente a los niveles actuales. El sistema de esclusas se encuentra obsoleto y no ha sido mejorado desde el día en que se inauguró, entre otras cosas porque no existe forma humana de cambiarlo.
-¿Sigue convencido de que podemos destruirlo?
-Más que nunca.
-¿Qué porcentaje de éxito calcula? -me señaló de una forma casi acusadora y cambió el tono de voz al insistir-: Y le suplico, o más bien le ordeno, que no se deje llevar por el entusiasmo. Sea pragmático.
-Un sesenta por ciento, señor. Tal vez, con suerte, un setenta.
-Napoleón creía en la suerte -señaló-. Jamás nombraba a un nuevo general si no se le garantizaba que era un hombre de suerte, pero yo no soy Napoleón, y por lo tanto prefiero confiar en un buen planteamiento estratégico. Éste es bueno y por lo tanto dejaremos las posibilidades en un sesenta por ciento. Con eso me basta. ¿Qué cree que ocurrirá si tenemos éxito y consigue volar las esclusas?
-Que los millones de toneladas de agua que contiene el lago de Gatún se precipitarán sobre el canal destrozándolo y arrasando la ciudad de Colón, que se encuentra a sus pies, para enviar al fondo del mar a la veintena de buques de guerra enemigos que fondean en su bahía.
-No me importa tanto la destrucción de una ciudad o hundir naves, como el tiempo que el canal quede fuera de servicio si es que tenemos éxito.
-Calculo que por lo menos seis o siete años.
-Suficiente. La guerra no puede durar tanto. Si conseguimos cerrar la puerta que separa el Pacífico del Atlántico durante ese tiempo, los americanos perderán su principal vía de comunicación, y cuando traten de enviar sus barcos rodeando el continente nuestros submarinos los estarán esperando en el cabo de Hornos.
-¿Cómo abasteceremos a esos submarinos tan lejos de sus bases?
-No hay problema. Las costas de Patagonia y Tierra del Fuego son tan abruptas y solitarias que en ellas podría ocultarse toda nuestra flota sin temor a ser descubierta. Y en Argentina contamos con un gobierno amigo, así como una poderosa infraestructura cimentada en compatriotas que hemos ido estableciendo allí desde hace años. No se preocupe; esa ruta está controlada. Los barcos enemigos que ahora tardan un día en cruzar de uno a otro océano con total seguridad, tardarán más de un mes y probablemente tan sólo llegarían a su destino la décima parte de los que zarparán.
No puedo negar que en aquellos momentos me sentía profundamente orgulloso al comprender que el mismísimo almirante Canaris, al que insisto que continuaba considerando como uno de los hombres más inteligentes de su tiempo, adoptaba mis teorías como propias. Era a mí a quien se me había ocurrido mucho tiempo atrás la idea de atentar contra el canal cortando la comunicación marítima entre las costas Este y Oeste del continente americano, y a nadie le pasaba inadvertido que ello acarrearía un colapso económico y estratégico de proporciones inimaginables.
Creo que tendría poco más de trece años cuando mi padre me llevó a Guayaquil, en Ecuador, en cuyas proximidades le habían pedido que instalara unos modernos ingenios azucareros, y fue durante el viaje de regreso, cuando cruzamos por segunda vez el impresionante canal de Panamá, cuando de un modo un tanto infantil me pregunté qué ocurriría si de pronto las gigantescas compuertas que contenían la ingente masa de agua del lago que estábamos atravesando en aquellos momentos se rompieran, y toda esa agua se precipitara por el Corte de Culebra, hacia la capital que habíamos dejado atrás, o por las esclusas de Miraflores, en dirección a Colón, que teníamos delante.

Librodot

Siempre he creído que la imaginación de los niños es infinitamente más constructiva -pero sobre todo más destructiva- que la de los adultos.
Incluso como veterano combatiente de la peor de las guerras, me atrevería a propugnar que los generales al mando fueran muchachos de entre doce y dieciocho años, que son los auténticos poseedores de la fuerza, el valor, el entusiasmo, y sobre todo la creatividad, necesarios como para conducir a los hombres en el combate, en lugar de unos ancianos y caducos militares carentes de vitalidad, a los que nunca se les ocurre nada que no hayan estudiado previamente en los mismos manuales tácticos que han estudiado los generales enemigos.
Durante el último siglo las guerras se han convertido en una simple acumulación de hombres y material, en las que siempre acaba venciendo el que más dinero gasta en armamento, puesto que ya no nacen genios militares capaces de vencer en una batalla haciendo todo lo contrario de lo que se supone que deberían hacer.
Recuerdo el famoso grito de los disturbios de mayo del 68: «La imaginación al poder», y recuerdo de igual modo que en aquel tiempo llegué a la conclusión de que si Adolf Hitler hubiera tenido más imaginación y menos poder probablemente hubiéramos ganado la guerra.
El almirante repitió los mismos gestos que durante nuestra anterior entrevista, puesto que volvió a ponerse en pie con el fin de aproximarse al ventanal y observar un cielo que parecía atraerle como si más que marino fuera aviador, y con las manos cruzadas a la espalda, comentó:
-Si al fin consigue que la operación sea un éxito se le concederá la Cruz de Hierro y exigiré que le asciendan a almirante aun a costa de saltarse todos los escalafones, puesto que son acciones como ésta las que nos conducirán a la victoria final. ¿Qué hay de la segunda parte del plan?
-También sigue adelante.
-¿Se siente capaz de matar dos pájaros de un tiro?
-Serán distintos tiros aunque partan de la misma escopeta. Lo que aún no sé es si los debo disparar al mismo tiempo.
-¡Tienen que ser al mismo tiempo! -me replicó en el acto en lo que parecía una orden que no admitía discusión-. El factor sorpresa es básico. Todo tiene que estar perfectamente coordinado para que el mismo día y a la misma hora los Estados Unidos sufran tres golpes de los que tarden años en recuperarse.
-¿Cuál será el tercero?
-Eso aún no puedo decírselo.
-¿Acaso se trata de un ataque japonés en la costa Oeste?
Se volvió a mirarme un tanto inquieto y al cabo de lo que se me antojó una eternidad inquirió en tono ligeramente agresivo:
-¿Qué sabe sobre eso?
-Nada en absoluto, señor, pero no hace falta ser un genio militar para comprender que los japoneses se encuentran hundidos en un pantanal, puesto que al invadir China dieron un paso demasiado peligroso. Ahora no les queda otro remedio para tomar la iniciativa que unirse a nosotros o morir por asfixia. Sus reservas de combustible se agotarán en menos de seis meses, y si el invierno es duro, en cuatro. Nadie les proporcionará petróleo en la actual situación, por lo que su única esperanza se centra en abrirse paso hacia el sur intentando apoderarse por la fuerza de unos yacimientos que les son imprescindibles para su supervivencia. Y como saben muy bien que Washington nunca se lo consentirá, la conclusión lógica es que tienen que empezar por enfrentarse a los americanos.
-Un acertado análisis de la situación -reconoció asintiendo una y otra vez con la cabeza-. Será usted un buen almirante.
-Primero tengo que demostrar que soy un buen capitán.
-Eso ya lo ha demostrado. Y como sus razonamientos le han conducido a intuir cuál será el curso de los acontecimientos, lo único que puedo añadir es que mi intención es que dichos

Librodot

acontecimientos tengan lugar simultáneamente, el mismo día y a la misma hora en tres puntos muy distantes entre sí.
-¿Cuándo será eso?
-Ése es el secreto mejor guardado que existe en estos tiempos. Tanto, que no creo que ni siquiera el alto mando japonés haya decidido aún la fecha exacta. -Regresó a tomar asiento tras la mesa mientras añadía-: Pero han prometido avisarme con cuarenta y ocho horas de antelación, lo cual significa que usted lo sabrá diez horas antes. Su obligación por tanto es tenerlo todo dispuesto para el momento en que reciba una orden muy simple: «Cierre la puerta».
-«Cierre la puerta» -repetí.
-Exactamente. -Se inclinó hacia delante y me observó con tal detenimiento que consiguió que una vez más me agitara en mi butaca. Al poco, inquirió-: ¿Se da cuenta de cuál es su posición actual?
-Supongo que sí.
-Es usted una de la media docena de personas, aparte del alto mando japonés, que está al corriente de lo que va a ocurrir y tiene una idea aproximada de cuándo va a ocurrir. Entenderá por tanto que si sospechase que podría cometer la más ligera indiscreción me vería obligado a mandar que le ejecutasen. Lo comprende, ¿verdad?
-Lo comprendo y lo apruebo, señor -repliqué, y juro que en esos momentos era absolutamente sincero puesto que estaba convencido de que sabría guardar tan trascendental secreto.
-En ese caso no hay más que hablar -señaló dando por concluida la entrevista al tiempo que me entregaba un abultado sobre amarillo-. Acelere los preparativos y no me falle. Aquí tiene las últimas instrucciones, pero tan sólo deberá abrir este sobre cuando yo se lo ordene. ¡Suerte!
Al abandonar el despacho del almirante volví a tomar asiento en el mismo banco de la vez anterior con la intención de reflexionar, tal como ya lo había hecho meses antes, sobre la extraordinaria conversación que acababa de tener lugar.
Si todo salía tal como lo había planeado, el pequeño Cabezabuque se convertiría en el almirante más joven de la armada alemana y podría lucir sobre el cuello la más alta condecoración imaginable. En ese caso mi padre sonreiría en su tumba al comprender que todos los esfuerzos que había hecho por convertir a su retraído y solitario hijo en un hombre de bien, habían dado resultado, y dondequiera que se encontrase llegaría a la conclusión que su absurdo matrimonio con una atrabiliaria mujer que tanto le había hecho sufrir, y también gozar como él mismo reconocía, había dado un fruto del que podía sentirse especialmente orgulloso.
En realidad creo que ya podía sentirse orgulloso por el hecho de que su pequeño Karl fuera uno de los pocos seres de este mundo que compartían uno de los secretos mejor guardados de la mayor de las guerras.
Alemania, su amada Alemania, confiaba plenamente en el hijo que había engendrado con una mulata dominicana.
Sería cosa harto curiosa, que por las venas del almirante más joven de la Alemania nazi corriera un octavo de sangre negra, pero en aquel tiempo dudaba mucho de que tal detalle pudiera llegar a conocerse en Berlín, puesto que tiempo atrás me había preocupado que de los archivos de Santo Domingo desapareciera cualquier mención al origen de mis antepasados.
No es que me avergonzara ello, ¿o sí?, era que hacía ya tiempo que había llegado a la conclusión de que aquella abuela hija de esclavos cortadores de caña a la que nunca conocí, podría convertirse en un obstáculo en mi carrera hacia el almirantazgo. Lo que importa de un ser humano no es de dónde viene, sino hacia dónde se dirige, y yo tenía muy claras mis metas.
La gran meta estaba a la vista: yo sería el encargado de lavar el honor de la armada alemana que veintitrés años atrás había tenido que humillarse desfilando, derrotada, ante sus enemigos en el mar del Norte para acabar suicidándose hundiendo cincuenta y una de sus naves en la bahía de Scapa Flow donde se encontraba prisionera de los ingleses.

Librodot

El daño y el desconcierto que causaría a nuestros enemigos de entonces -y de ahora- destruyendo la mayor y más costosa obra de ingeniería de todos los tiempos y de importancia estratégica esencial, sería mil veces más intenso que el provocado por la desaparición de unos viejos barcos que carecían ya de futuro.
Recuerdo que a mi padre aún se le humedecían los ojos cuando me contaba cómo había llorado el día en que un noticiero mostró la forma en que la fuerza aérea americana había utilizado el antaño glorioso acorazado Ostfriesland como conejillo de Indias para alardear de la potencia de sus nuevas bombas, y cómo se heló su corazón cuando observó que comenzaba a sumergirse hasta desaparecer frente a las costas de Virginia.
Aquel 20 de julio de 1921 quedó grabado a fuego en su memoria y sospecho que siempre soñó con que la fecha en que Alemania hiciera firmar la rendición final a los americanos fuera de igual modo un 20 de julio.
Y yo estaba decidido a contribuir, incluso con mi vida, a que así fuese.

Librodot

Ray Spencer tardó apenas unos minutos en desechar mi idea.
-Es absurda -dijo-. El canal de Panamá es en estos momentos el lugar más protegido del planeta. En el lado del Pacífico se encuentra la isla de Baltra, en el archipiélago de las Galápagos, desde donde una flota de destructores ha montado una tupida red que impide que ni un barco, ni un submarino se aproxime a las costas de Panamá. Los aviones sobrevuelan a todas horas la zona, y ni una lancha de pescadores conseguiría pasar inadvertida.
-Pero por lo que estamos viendo por la actividad en Puerto Rico, el peligro deberá llegar desde este lado; desde la orilla que da al Caribe -le hice notar.
-¿Y cómo? -quiso saber-. Para atacar el canal se necesitarían acorazados de gran potencia de tiro que serían detectados dos días antes de que consiguieran aproximarse a las Antillas. Sabemos dónde se encuentra cada acorazado alemán y te garantizo que ninguno se atrevería a acercarse a estas costas, conscientes de que la armada y la fuerza aérea americanas lo destrozarían en cuestión de horas.
-¿Y qué me dices de los submarinos?
-Que los hidroaviones de vigilancia americanos suelen detectarlos en cuanto penetran en el Caribe. Aparte de que sus torpedos nunca llegarían a las compuertas del canal, y necesitarían un millar de sus minúsculos cañones para producirle tan siquiera un rasguño -negó una y otra vez agitando la cabeza convencido de lo que decía-. ¡No! Alemania no cuenta con medios como para intentar un ataque tan lejos de sus bases. -Recuerdo que me golpeó afectuosamente el antebrazo al tiempo que aventuraba una leve sonrisa-. Lo siento pequeña, pero tu teoría se me antoja inaceptable.
-¿Y un sabotaje?
-Más difícil aún. Se necesitarían por lo menos tres barcos cargados de dinamita, uno para cada esclusa, y me consta que los americanos revisan, de la sentina a la cofa y de proa a popa, a todos los que intentan cruzar de uno a otro océano. El sabotaje constituye, sin lugar a dudas, el principal peligro, pero una doble valla de acero, minada y con ametralladoras cada cien metros, vigila ambos lados del canal. Nadie conseguiría acercarse a menos de dos kilómetros.
-¡Lástima!

Librodot

-¿Lástima? -repitió abriendo los brazos en un exagerado aspaviento-. ¿Te parece una lástima que no se pueda destruir algo de lo que depende la economía de todo un continente?
-No me refería a eso -le hice notar procurando tranquilizarle, puesto que se le advertía en verdad alterado-. Me refería a que una deducción que se me antojaba imaginativa e inteligente te resulte inaceptable.
-Me resulta inaceptable porque «es inaceptable» -insistió con pertinaz machaconería.
-Puede que tengas razón -repliqué remarcando mucho lo que iba a decir-, pero yo continúo preguntándome qué diablos hacía Karl Reissmüller a bordo de un barco griego que atravesaba el canal.
-Tú sabes mejor que nadie que es el camino más rápido y seguro para viajar a la costa Oeste de Estados Unidos.
-Lo sé, pero ¿qué se le ha perdido a un agente secreto alemán cuya misión, según tú, es abastecer a los submarinos de la flota del Atlántico, en una costa Oeste de Estados Unidos que está bañada por un océano al que nunca conseguirán acceder esos submarinos?
-Cualquiera sabe -replicó lanzando un malsonante reniego-. Y tengo que admitir que es una pregunta que me inquieta.
-¿Y si se diera el caso de que ese hijo de la gran puta se encontrara en estos mismos momentos en Panamá mientras nosotros perdemos el tiempo como unos imbéciles buscándole estúpidamente en Puerto Rico?
-¿Acaso te ha mencionado Laura algo sobre Panamá?
-Ni una palabra. Es más, cada vez que le pregunto dónde se encuentra su marido me replica que no tiene ni la menor idea, y estoy convencida de que dice la verdad.
-¿Pretendes hacerme creer que no sabe en lo que está metida?
-Supongo que lo sabe -admití segura de lo que decía-. Pero mi impresión es que no lo sabe todo. Se limita a ejercer su papel de decorativa esposa tapadera, y supongo que también se encargará de algún que otro trabajo secundario. Pero me apostaría las bragas a que no se trata de una auténtica profesional en el estricto sentido de la palabra.
-También yo lo creo aunque no tengo bragas que apostar... -Ray Spencer era un hombre duro en ocasiones y muy estricto en el cumplimiento de su labor, pero también sabía ser flexible y comprensivo-. Nuestros agentes en Berlín nos han enviado un detallado informe que concuerda con lo que dices. Una tal Erika Von Fischer, una condesa muy rica e influyente, que tenía fama de ser uno de los mejores pilotos de su época, la conoció en una fiesta que dieron en su honor en la embajada alemana, en Santiago de Chile, cuando Laura aún era casi una adolescente, y la sedujo. Al parecer era una experta seduciendo a muchachitas a las que fascinaba con su fama de mujer arriesgada.
-Nunca me ha hablado de ella.
-Lógico, puesto que de hacerlo habría tenido que confesarte que vivieron juntas cerca de Berlín, hasta el día en que la condesa se mató en su avión predilecto. Y tu amiga Laura debe tener prohibido por sus superiores reconocer que es alemana o ha vivido en Alemania. -Cuando le pregunto sobre Europa siempre responde que tan sólo ha estado en Francia, y que no le interesó especialmente. Según ella su mundo es eminentemente latino.
-Miente, pero eso ya lo sabíamos. Lo que importa es el hecho de que la condesa le dejó la mayor parte de su fortuna y que si se ha prestado a este juego no es por dinero ni porque se trate de una fanática del nazismo, puesto que nunca estuvo afiliada al partido. -¿Entonces por qué lo hace?
-Queremos suponer que por amor.
No puedo negar que el corazón me dio un vuelco y debí palidecer a ojos vista al tiempo que la voz me temblaba ligeramente al inquirir.
-¿Amor a quién?
-¡No te preocupes! -me respondió con aquel asomo de sonrisa que tenía la virtud de sacarme de quicio-. Amor al recuerdo de la condesa que sí era, realmente, una fanática seguidora de Adolf Hitler. Por lo que sabemos de ella, y cuanto está ocurriendo me reafirma en mis

Librodot

deducciones, a tu amiga Laura no le mueven las ideologías sino los sentimientos.
-¿Qué quieres decir con eso?
-Que lo único que le importa es amar, incluso cuando la persona a la que ama ha muerto, y ser amada de idéntica manera. Nos consta que tras la desaparición de la condesa mantuvo varias relaciones, tanto con hombres como con mujeres, pero que ninguna de ellas consiguió hacerle olvidar a la auténtica dueña de su corazón. Tan sólo tú pareces haberlo logrado.
-¿Y eso te molesta? -quise saber en un tono que es de imaginar que debió sonarle agresivo.
-¡En absoluto! -me replicó manteniendo su tradicional flema británica-. Recuerda que fui yo quien te pidió el sacrificio e incluso temí que me mandaras al infierno al proponértelo. Más tarde me sorprendí por la naturalidad con que aceptaste una relación tan poco común, y ahora no puedo negarte que en cierto modo me preocupa. Pero te garantizo que no me molesta.
-¿Por qué te preocupa? -inquirí en el mismo tono casi desafiante-. ¿Acaso temes que pueda traicionarte?
-No, porque si me traicionaras sería ella la que se sentiría traicionada dado que tendrías que confesarle la verdad, y estoy seguro que no es eso lo que deseas.
-¿Cómo puedes saber qué es lo que deseo?
-No es difícil. En estos momentos desearías que Laura no fuera la esposa, verdadera o falsa, del hombre que mató a Sebastián, y que tampoco fuera una espía alemana. Lo que en verdad deseas más que nada en este mundo es marcharte a vivir con ella lejos de todo mientras la pasión dure.
-Me ha pedido que lo hagamos.
-Lo sé.
-¿Cómo puedes saberlo?
-Porque mis hombres la vigilan día y noche, y un par de veces ha preguntado en una agencia de viajes por destinos tan dispares y lejanos como Brasil, Tahití o Colombia. No se necesita ser muy listo para deducir que lo que ahora pretende es huir contigo a donde sus compinches no puedan encontrarla. Por lo visto se ha cansado de ser espía, porque, como ya te he dicho, no es un animal político sino visceral.
-¿Y yo qué clase de animal soy, según tú? -quise saber-. ¿Político o visceral?
-Visceral, querida niña. ¡Terriblemente visceral! Y reconozco que eso es lo que me horroriza de todo este asunto. Me consta que has sufrido mucho y sospecho que vas a sufrir mucho más.
Tenía razón. Aquel jodido agente secreto inglés que parecía sacado de una mala película de jodidos agentes secretos ingleses tenía razón en sus apreciaciones, pues no cabe la menor duda de que había sufrido mucho pero aún me tocaría sufrir mucho más. La vida es tan absurda y caprichosa como para convertir a una sencilla jovencita dominicana de familia acomodada cuyo destino lógico hubiera sido casarse con un joven dominicano de familia acomodada y tener tres o cuatro hermosos niños bien acomodados, en una aprendiz de espía al servicio de un país en el que ni siquiera había puesto nunca los pies, y en amante de una mujer que al parecer se había metido en algo muy turbio sin saber exactamente por qué lo hacía.
El amor, incluso entre seres del mismo sexo, es algo tan complejo e inexplicable que acaba por conducir a situaciones absurdas, complejas e inexplicables.

Decidí permanecer unos días más en Berlín visto que quedaban por resolver varios temas de vital importancia para el buen curso de la operación, ya que en la confusión de aquellos tiempos de guerra tan sólo la indiscutible autoridad que me conferían las credenciales personales que me había entregado el almirante Canaris permitían conseguir un material que comenzaba a escasear y que a mis subordinados les había resultado imposible obtener con la necesaria diligencia.

La burocracia, ese asno que considera que la Tierra continúa siendo plana y que arrastraba los pies incluso en el mismo momento en que millones de seres humanos caían en los campos de batalla, tan sólo avivaba el paso cuando se amenazaba a uno de sus adormilados funcionarios con hacer que le enviaran al frente ruso.

Cuanto ocurría por aquellas fechas en una ciudad que parecía haberse vuelto loca, me desconcertaba. Nuestras tropas avanzaban imparables rumbo a Moscú y el mariscal Von Leeb, al que había conocido dos años antes en una recepción en la embajada italiana, había establecido ya un férreo cerco en torno a Leningrado prometiendo conquistarla antes de fin de año, por lo que la mayor parte de los alemanes vivían sumidos en una desmedida euforia convencidos de que muy pronto nos habríamos convertido en dueños del mundo.

Reconozco que constituíamos el ejército más poderoso y disciplinado de la historia y que se lo debíamos a un hombre al que adorábamos: Adolf Hitler.

Pero tras la muerte de Sebastián el Culocanta, me había detenido una semana en California regresando a Puerto Rico vía Houston, Nueva Orleáns y Miami, por lo que había podido comprobar la inmensidad de Estados Unidos y su fabuloso potencial que parecía comenzar a desperezarse como si tras un largo sueño se dispusiera a enfrentarse a una agotadora jornada de duro trabajo.

Los senadores y congresistas más conservadores insistían en que debían mantenerse neutrales y aislados de los problemas del resto del mundo, pero la opinión pública empezaba a preguntarse qué ocurriría si se permitía que el resto de las naciones democráticas fueran cayendo en nuestras manos como simples fichas de dominó.

El presidente Roosevelt acababa de firmar con Churchill el Tratado Atlántico y a mi modo de

Librodot

ver, dicho tratado no era más que el preludio de lo que se avecinaba. Primero Inglaterra recibiría víveres y armas, pero no tardaría mucho en recibir hombres, y mi misión consistía en impedir, o al menos dificultar lo más posible, que esas armas y esos hombres desembarcaran en el viejo continente.
Era una misión difícil y sumamente arriesgada; eso lo había sabido desde un principio mejor que nadie puesto que era yo quien la había imaginado, pero era al mismo tiempo tan insospechable e inaudita que por eso mismo existía una aceptable posibilidad de que llegase a feliz término.
Fue, para mi desgracia, durante aquellos días en Berlín, los últimos que pasaría en mi país antes de que la operación se hubiera llevado a cabo, cuando recibí la inquietante noticia de que al parecer Laura Espronceda estaba manteniendo una tórrida relación amorosa con una joven dominicana.
Por una parte nada tenía de extraño, puesto que me había advertido desde el primer momento de sus tendencias a ese respecto y yo no era quién para impedirle que hiciera con su cuerpo lo que le viniera en gana siempre que no pusiera en peligro la misión que le había encomendado, pero por otro lado me sorprendió, y admito que casi me asustó, el hecho de que su amante fuera originaria de la isla en la que yo había nacido.
¿Casualidad?
No mucha, si se tenía en cuenta que en Puerto Rico residían por aquellas fechas miles de mis «compatriotas» que habían escapado de la dictadura trujillista arriesgándose a cruzar en frágiles barquichuelas el peligroso canal de la Mona, infestado de tiburones hambrientos, pero sí lo suficiente como para que me viniera a la mente el recuerdo de que ya un dominicano me había reconocido a bordo de un barco, y alguien, probablemente también dominicano, me había reconocido de igual modo en un restaurante de San Juan cuando me encontraba en compañía de Laura.
Demasiados dominicanos para mi gusto.
Medité sobre todo ello durante un par de días y al tercero acudí a visitar a un viejo compañero de academia que había llegado a ocupar un alto cargo en la GESTAPO con el fin de rogarle que ordenara a sus agentes en Puerto Rico que investigaran, lo más discretamente posible, el pasado, el presente y, a ser posible el futuro, de la supuesta amante de mi supuesta esposa.
Me escuchó con paciencia, tomó algunas notas y al fin me miró como si le costara admitir que le estuviera contando una historia como aquélla.
-No soy quién para darte consejos sobre cómo debes manejar a tus subordinados -dijo al fin-, ni tampoco dispongo de autoridad puesto que no has acudido a mí de un modo oficial sino como amigo, pero sinceramente creo que si tienes la más leve duda sobre el riesgo que significa esa muchacha para lo que sea que estés organizando, lo mejor que puedes hacer es dejarme las manos libres para que me ocupe de ella de una forma rápida y eficaz.
Negué con un decidido ademán de la cabeza.
-Laura es una colaboradora muy competente que se brindó voluntaria para una misión peligrosa cuando podría estar rascándose las tripas al sol donde más le apeteciera -repliqué-. Además es la única que tiene acceso a la máquina Enigma, y por lo tanto la única que puede descodificar los mensajes en Puerto Rico. La necesito, y además la necesito contenta, porque si de pronto decidiera regresar a Chile o retirarse a cualquier rincón del mundo, me pondría en una situación difícil. Lo único que te pido es que averigües, con el mayor tacto y delicadeza posibles, quién es su pareja y si representa o no algún tipo de peligro.
-¡Déjalo de mi cuenta!
No me gustó cómo lo dijo, y no me gustó hasta el punto de que en cuanto puse los pies en la calle ya estaba arrepentido de haber acudido a él, puesto que pedirle a un miembro de la GESTAPO delicadeza y tacto era como pedirle a un mono que no se rascara.
En buena lógica tendría que haber acudido a los servicios secretos que dependían del almirante Canaris, pero quizá por eso mismo, porque dependían de él y no deseaba preocuparle con algo que probablemente carecía de importancia, no lo hice.

Librodot

No obstante, me inquietó aún más imaginar lo que sucedería en el momento en que miembros de la GESTAPO, que además se encontraban muy lejos de Alemania y por lo tanto se consideraban en cierto modo autónomos a la hora de tomar decisiones, se encarasen con una mujer como Laura.
Era tanto como enviar a un dobermann a husmear entre las plumas de un cisne. Lo más probable sería que acabara por quebrarle el grácil cuello al primer mordisco.
A no ser que antes el cisne le sacara los ojos a picotazos.
Días más tarde, y en el momento de abandonar por fin Alemania de regreso a la isla, dejé de preocuparme por las aventuras amorosas de Laura Espronceda puesto que, al fin y al cabo, todo lo que ocurriera a partir de aquel momento tendría lugar en Cazavientos, y ni Laura ni nadie en Puerto Rico tenía la menor idea de dónde se encontraba enclavada la isla ni cuál era su auténtica función.
En los mensajes cifrados siempre me refería a «la base» y a «los objetivos».
Por más que Laura fuera la encargada de descodificar esos mensajes no tenía ni la más remota idea de dónde estaba la base, ni mucho menos aún cuáles eran nuestros objetivos.
Al desembarcar de nuevo en el islote me sorprendió agradablemente descubrir que el trabajo se había desarrollado incluso con más eficacia de lo que había previsto.
Los hidroaviones y barcos enemigos habían dejado de merodear por los alrededores desde el momento mismo en que el submarino regresó al Atlántico, y de lo único que teníamos que preocuparnos era de un avión de pasajeros que acostumbraba a cruzar sobre nuestras cabezas, de sur a norte, tres veces por semana, sobre las cuatro de la tarde.
Lunes, miércoles y viernes permitía, por tanto, que mi gente disfrutara de una larga y reconfortante siesta, que buena falta les hacía.
No era cosa de arriesgarse a que a los pilotos, o a cualquier aburrido pasajero, le intrigara el hecho de que un nutrido grupo de seres humanos se afanara trabajando en lo que se suponía que debía ser un peñasco deshabitado.
También contribuyó a animarme el hecho de volver a encontrarme con la inefable y siempre entusiasta Alicia Tragamillas.
Alejé de mi mente la idea de hacer un somero cálculo acerca de cuántas «millas» se habría tragado en mi ausencia, conformándome con el hecho evidente de que era una mujer capaz de pasar en un minuto de una cama a otra convenciendo a su dueño de que aquélla era la cama en la que realmente deseaba estar.
Y en el fondo quiero creer que era cierto.
Y lo era porque a Alicia le gustaban todas las camas, todos sus dueños y todas las nuevas «millas» que se viera obligada a tragar.
Nunca he conocido a nadie que disfrutara tanto con su trabajo.
Me la encontré años más tarde, en la Quinta Avenida de Nueva York, felizmente casada con un gigantesco ex jugador de fútbol americano convertido en próspero corredor de bolsa, y me invitaron a cenar en un restaurante de moda.
Al concluir fuimos a tomar una copa a un precioso ático cuyos ventanales se abrían sobre Central Park, y pasamos más de una hora evocando los viejos tiempos de Cazavientos.
Como despedida, y aprovechando que su marido mantenía una en apariencia interminable charla telefónica con un cliente en el piso bajo, se brindó a «avivar nuestros recuerdos de las cálidas playas caribeñas».
Continuaba siendo una mujer fascinante y lucía unas botas negras que le llegaban a medio muslo, por lo que resultaba en verdad difícil resistirse a pesar de la evidente amenaza que significaba la proximidad de un marido de casi dos metros de altura y cien kilos de peso.
Todo fue sin embargo muy bien, puesto que ella sabía que la conversación telefónica sería larga y la controlábamos por medio de la luz roja del aparato auxiliar, hasta que la cosa llegó a su punto culminante y Alicia pareció comprender que con aquellas botas no se encontraba cómoda.
La primera se la quitó sin problemas, pero con las prisas y los nervios las medias se le

Librodot

engancharon en la cremallera de la segunda por lo que se quedó con el pie doblado, de modo que ni entraba ni salía, y además parece ser que le producía un dolor insoportable. Traté de ayudarla a pesar de que el tamaño de mi erección me lo dificultaba, y tiré de la bota con fuerza, pero no había forma humana de que se moviera ni hacia un lado ni hacia otro.
Se tumbó en el sofá y yo me coloqué de espaldas como solía hacer mi ordenanza cuando me libraba de las botas del uniforme de gala, pero como era una mujer de muy poco peso, la arrastré hasta el punto de que cayó de espaldas golpeándose con la cabeza en la alfombra, al tiempo que me propinaba una patada en donde más daño podía hacerme en aquellos momentos, de tal forma que toda mi excitación se vino abajo en cuestión de segundos.
Ambos intentábamos ahogar los gritos de dolor que se mezclaban con una risa incontenible, puesto que la situación era en verdad de lo más tragicómica, sobre todo al pensar que el ex futbolista podía hacer su aparición en cualquier momento.
Yo me veía volando por el balcón rumbo a Central Park.
Supongo que ella se veía enfrentándose a una demanda de divorcio.
¡Dios Bendito! Aún me tiemblan las piernas al recordarlo.
Debimos luchar con la maldita bota durante casi tres minutos hasta que conseguí liberarla de tal sibilina trampa en el momento en que se apagaba la luz roja.
Echó a correr, cojeando, mordiéndose los labios y llorando de dolor con las botas y las bragas en la mano, y yo tuve el tiempo justo para subirme la cremallera y sentarme a fingir que leía una revista antes de que el gigantesco futbolista hiciera su aparición luciendo la más bobalicona de las sonrisas.
Algo debió sospechar, porque casi de inmediato cambió de actitud, pero no tuvo tiempo de hacerme ninguna pregunta embarazosa puesto que en esos momentos resonó la angustiada la voz de Alicia que solicitaba ayuda desde el dormitorio.
El hombretón corrió hacia allí, asustado, y al contemplar el tobillo de su esposa que se había hinchado de una forma increíble no dudó ni un instante de su versión que de pronto había advertido que la bota le molestaba y había ido a quitársela.
La alzó en brazos como si fuera una pluma para llevársela a toda prisa al hospital más cercano.
Yo regresé a mi hotel sudando frío, y desde aquel día, cada vez que veo a una mujer con ese tipo de botas me tiemblan las manos y me asalta un ataque de risa nerviosa.
Demasiado a menudo me invade la nostalgia de cuanto me aconteció en aquellos excitantes años. Todas las guerras suelen ser horrendas, y aquélla fue sin duda la más cruel y sanguinaria de todas, pero debo reconocer que los últimos meses del año cuarenta y uno fueron los más maravillosos que he vivido nunca. Los trabajos avanzaban a muy buen ritmo a la espera de que llegara la orden de cerrar definitivamente la Gran Puerta.

Busqué información acerca del canal de Panamá y llegué a la conclusión de que si alguien tenía la intención de atentar contra él sería atacando las esclusas de Miraflores que se alzaban justo sobre la ciudad de Colón a orillas del Caribe, y a continuación intenté hacer una demostración de astucia, o tal vez corroborar lo que me dictaba mi intuición femenina comunicándole a Laura que mi madre me había pedido que la acompañara a visitar a unos tíos que vivían en Colón.

Su reacción fue a mi modo de ver de lo más decepcionante, ya que se limitó a señalar que sufriría mucho con mi ausencia, pero resultaba evidente que no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba la ciudad de Colón, ni mucho menos que constituyera la puerta de entrada al canal de Panamá.

Si se trataba de una saboteadora o una agente alemana, y resultaba evidente que lo era, el canal no era su objetivo, o al menos ella no tenía conocimiento de que pudiera serlo.

Ray Spencer era demasiado educado como para repetir la tan manida frase, «te lo dije», pero el resultado fue el mismo.

Estábamos como al principio.

Pero un buen día de mediados de octubre el pelirrojo patilludo me sorprendió con una frase que más bien parecía un trabalenguas:

-El espía espía al espía que espía al espía. Y yo, como espía, espío al espía que espía al espía que espía al espía.

-¿De qué coño estás hablando? protesté porque he de reconocer que por aquel tiempo solía emplear un lenguaje muy poco apropiado para una señorita de la buena sociedad dominicana, no como ahora que me he vuelto más pija que una puta recién casada-. No he entendido, carajo.

-Estoy hablando de que mi gente se ha dado cuenta de que estás siendo vigilada por alguien al que le interesa mucho tu relación con Laura.

-¡No me jodas!

-Será porque no me dejas, que a mí bien que me apetece, pero dejando las bromas de mal gusto a un lado, te comunico que un par de individuos muy elegantes te siguen los pasos y te

han fotografiado hasta cansarse.
-¿Y quiénes son?
-Sospecho que agentes de la GESTAPO, aunque las autoridades locales aún no han podido confirmarlo con total garantía.
-¿Y no piensas hacer nada al respecto?
-Ya lo estoy haciendo. En primer lugar suplicarte que tengas cuidado con lo que haces y con lo que dices; en segundo lugar, evitar que te vean conmigo puesto que muy pronto averiguarían quién soy en realidad, y en tercer lugar vigilarlos de cerca, de modo que estés protegida a todas horas del día y de la noche...
-¿Y no te resultaría mucho más sencillo meterles en la cárcel o pedir a los americanos que los expulsaran de Puerto Rico?
-¡En absoluto, querida! Una de las reglas básicas de este oficio establece que cuando has conseguido localizar a un agente enemigo no conviene librarte de él, puesto que si lo haces enviarán a otro al que probablemente no consigas identificar. Lo aconsejable es no perderlo de vista y ser capaz de predecir sus movimientos. Alemanes hay muchos, y simpatizantes con los totalitarismos de ultraderecha muchos más, por lo que esos cerdos siempre dispondrán de gente con la que reponer a quienes eliminemos. ¡No! -insistió convencido-. Ése no es el camino.
-¿Crees que Laura sabe que la vigilan?
-Lo intuye.
-¿Qué quieres decir?
-Que ella es consciente de que es una agente infiltrada en un país extranjero, y de que su comportamiento como tal deja mucho que desear. -Se le notaba un tanto embarazado al añadir-: Aun reconociendo que estáis siendo muy discretas en vuestra relación, ya que apenas os dejáis ver en público y nunca en actitud que pueda inducir a murmuraciones, esa relación no se corresponde en lo más mínimo con el papel que le asignaron como amante esposa de un joven y próspero empresario venezolano.
-O tal vez sí.
Me observó largamente y de medio lado como si, a causa de su sordera, no estuviera seguro de lo que había oído, o no acabara de entender su verdadero significado.
-¿Qué insinúas? -masculló.
-Que quizá el comportamiento más insospechable en una espía sea al mismo tiempo el menos sospechoso. Hoy en día una esposa modélica que se encierra a bordar en casa mientras su marido pasa largos meses de viaje, resulta mucho menos creíble que otra que se lanza abiertamente a la calle en busca de aventuras amorosas, sean masculinas o femeninas.
-¡Nunca lo hubiera visto de ese modo! -admitió con la honradez que le caracterizaba.
-Debe ser porque no es algo que se estudie en vuestros vetustos manuales de espías. El mundo ha cambiado desde la última gran guerra y las cosas están llegando a un punto en el que únicamente llama la atención quien no desea llamar la atención.
-Puede que estés en lo cierto.
-O puede que no, pero te garantizo que a quien nos vea en actitud cariñosa jamás se le ocurriría pensar en dos espías que luchan por sus ideales; tan sólo pensaría en dos bolleras que se lo están pasando de puta madre, y lo que en verdad les gustaría, tanto a ellos como a ellas, es meterse en la cama con nosotras.
-¿Tanto a ellos como a ellas? -repitió un tanto desconcertado.
-¡Quizá incluso más a ellas! -insistí-. Por lo menos he descubierto que son más decididas a la hora de insinuarlo.
-Nunca lo hubiera imaginado -admitió.
-Pues así suele ser. Cuando un hombre descubre que dos mujeres, sobre todo si una de ellas es alguien tan espectacular como Laura, se acuestan juntas, siente el morbo, pero inmediatamente se acompleja, acojonado por el hecho de imaginar que tal vez sexualmente no conseguirá estar a la altura de las exigencias de semejante par de hembras. Pero una mujer no

Librodot

tiene ese problema, por lo que al morbo se une el reto de suponer que lo que otras hacen también lo puede hacer ella.
-¡Vaya por Dios! -exclamó-. ¡Cuánto has aprendido en cuestión de semanas!
-Es que he tenido a la mejor maestra -repliqué-, y por lo visto ella la tuvo a su vez.
-¿Nunca te ha hablado de la condesa?
-Nunca.
-¿Ni tan siquiera una leve insinuación referente a alguien que de algún modo se le pueda parecer?
-Ni la más mínima.
-¡Resulta curioso! ¡Por lo visto esa condesa fue la persona más importante de su vida y sin embargo nunca habla de ella...! ¡Extraño! ¡Muy extraño!
-Laura siempre ha sido una mujer extraña.
-Lo sé... -Esbozó aquella sonrisita de conejo o de niño travieso que ya conocía a la perfección, en el momento de señalar-: Se me está ocurriendo una malvada idea...
La malvada idea apareció tres días más tarde en las páginas centrales de un diario local que evocaba, con todo lujo de detalles y profusión de fotografías, la fabulosa y aventurera vida de la heroína de la aviación alemana, condesa Erika Von Fischer, una bellísima mujer que, según el autor del artículo, había empañado su buen nombre por «su excesiva afición a seducir a inocentes doncellas a las que solía iniciar en todos los vicios con el fin de entregarlas más tarde como regalo a los jerarcas nazis». Concluía asegurando que el hecho de que se hubiera matado en un accidente había librado a muchas muchachas de un horrendo destino.
Cuando esa tarde Laura acudió a mi apartamento, se encontró como abandonado sobre un sofá el periódico abierto por el malintencionado artículo y como era de esperar no pudo resistir la tentación de leerlo.
Me dolió en el alma haberme prestado a formar parte de tan cruel maniobra, puesto que jamás he podido observar, a todo lo largo de mi vida, una reacción de tan profundo dolor y desconcierto.
La mujer a la que tanto amaba palideció hasta volverse tan blanca como el papel sobre el que escribo, sus ojos se anegaron en lágrimas, se mordió los labios hasta casi hacerlos sangrar, y sospecho que estuvo a punto de sufrir un vahído.
Las manos le temblaban, se diría que le faltaba el aire y estoy convencida de que si en esos momentos hubiera tenido enfrente al periodista que había escrito semejante panfleto le habría arrancado los ojos sin el menor remordimiento.
Supongo que yo hubiera reaccionado de igual modo al leer que mí adorado Sebastián se dedicaba a seducir a inocentes muchachos con el fin de prostituirlos.
Por mi parte fingía estar ocupada en otros menesteres, no recuerdo exactamente cuáles, limitándome a observarla a hurtadillas como si aquel tema me tuviese sin cuidado ya que en buena lógica yo no debería tener ni la menor idea de quién era la condesa, ni cuál era su verdadera historia.
Pero la vi sufrir y me dolió en el alma.
Del disgusto le bajó la regla pese a que yo sabía muy bien, por la cuenta que me tenía, que aún le faltaban tres días, y ésa fue la excusa que puso para que no acabáramos como siempre, en la cama.
Se marchó como si cargara sobre sus espaldas el peso de todos los pecados de este mundo, y mientras observaba por la ventana cómo cruzaba la plaza para perderse de vista en la siguiente esquina me avergoncé por mi comportamiento.
Y lo más triste del caso es que ahora sé que no me avergonzaba únicamente por el daño que le había causado, sino que en verdad me avergonzaba porque lo que sentía eran celos.
Celos de una mujer muerta.
Celos de que nunca llegara a amarme como la había amado a ella.
Celos al comprender que si Erika Von Fischer continuara con vida, Laura jamás me habría dedicado ni una sola mirada.

Me tumbé en el sofá a contemplar por enésima vez las fotografías de aquella mujer de expresivos ojos, boca grande, cabello corto y mentón prominente, cuya altivez denotaba una profunda fuerza de carácter, y que enfundada en un ajustado mono de vuelo que resaltaba su espléndida figura parecía estar desafiando al mundo, al que sin duda acostumbraba a contemplar desde lo alto de su innegable alcurnia y su estilizado avión de dos motores.
A la culta y elegante condesa Erika Von Fischer no se la podía despreciar o desdeñar como a la cursi y redicha Rosalba Adelaida Magdalena de la Nuez Trujillo.
Si alguna había comparado a la dominicana con la mona Chita, a la alemana tendría que haberla comparado con la reina de Saba.
Nunca sentí verdaderos celos de Rosalba Adelaida aun a sabiendas que el hombre al que amaba le había dado dos hijos durante el tiempo en que permanecimos juntos, pero ahora me revolvía las entrañas el simple hecho de saber que aquella criatura a mi modo de ver extraordinaria había conducido a la mujer a la que amaba a cimas de placer que probablemente jamás alcanzaría conmigo.
Resulta muy doloroso convertirse en una vieja estúpida y comprender cuántas estupideces cometimos de jóvenes.
El único consuelo estriba, quizá, en que la juventud dura tan poco y pasa tan aprisa que nos vemos obligados a comprimir en un corto espacio de tiempo una infinita cantidad de errores con el fin de tener luego muchos años para meditar sobre ellos y tratar de asumirlos. También conviene sembrar en ese tiempo todo el amor posible para recoger más tarde sus frutos en forma de nostalgia.
La nostalgia es el único documento que certifica que realmente valió la pena haber vivido.
Los raíles se extendían a lo largo de casi cuatrocientos metros, de nordeste a sudoeste, de punta a punta del islote, tan perfectamente camuflados que un avión que pasara justo sobre nuestras cabezas no hubiera conseguido distinguir más que la misma árida extensión de arena, rocas y aislados matojos de unos meses atrás.

Librodot

Mis hombres habían llevado a cabo un trabajo excelente.
Una noche quise comprobar cómo corrían los carros sobre los raíles y cuánto tiempo tardábamos en dejarlos libres para volver a cubrirlos una vez utilizados.
Trabajando a destajo empleábamos poco más de dos horas en despejarlos, y apenas cuatro en camuflarlos de nuevo.
La alineación era perfecta y apenas se producían vibraciones, razón por la cual las ruedas se deslizaban de un extremo a otro con la misma suavidad que se hubieran deslizado sobre una mesa de mármol.
Era una obra de ingeniería de la que podíamos sentirnos orgullosos; debido a ello, al día siguiente decidimos celebrarlo con una gran fiesta en la que permití que el ron corriera más de la cuenta.
Mis hombres se lo merecían.
También yo me merecía mi primera borrachera en tres años.
Nunca he sido partidario del alcohol, y mucho menos de las drogas, pues soy de la opinión, probablemente caduca y fuera de lugar en esta época, de que todo aquello que me impida discernir con absoluta claridad no merece ser tenido en cuenta, ya que lo más importante en la vida es tener plena conciencia en todo momento de lo que nos está sucediendo.
Incluso aborrezco dormir.
La vida es demasiado corta como para no disfrutar de ella cada minuto e incluso hasta cada segundo de cada día.
Y lo dice un viejo que ha vivido intensamente. Pero admito que aquélla era una ocasión muy especial y no estaba de más evadirse durante unas horas aun a costa de que a la mañana siguiente me arrepintiera, sobre todo en el momento en que los motores comenzaron a rugir a menos de cien metros de donde me encontraba.
Tres de ellos funcionaban a la perfección. Los dos restantes estaban a punto de hacerlo. Mis mecánicos eran realmente buenos.
Los mejores de Alemania sin duda alguna, y eso ya es decir mucho.
Las piezas habían ido llegando por separado, algunas incluso formando parte de pequeños

Librodot

motores de inocente apariencia, pero mis hombres sabían muy bien dónde se encontraba cada una de ellas y cómo tenían que ensamblarlas para que al fin se transformaran en aquellas poderosas y relucientes máquinas que ahora rugían con tanta fuerza.
Los fuselajes tenían, por desgracia, otra apariencia. A mí, y quiero suponer que a todos los miembros de mi equipo, nos hubiera gustado que el resultado final fuera un hermoso aparato pintado de gris que luciera orgullosamente una cruz gamada roja y negra en la cola y las alas, pero lo cierto es que su aspecto era más el de un montón de hojalata destinada al desguace que el un poderoso avión destinado a arrojar su mortífera carga sobre las compuertas del canal de Panamá.
Pero volaba.
De eso estábamos seguros.
En Alemania habíamos fabricado las piezas para ocho de ellos, dos de los cuales fueron probados durante cientos de horas en trayectos aún más largos que los que se verían obligados a realizar, y los componentes de los restantes aparatos se distribuyeron en una gran cantidad de cajas de supuesta «maquinaria agrícola» consignada a nombre de Buenaventura y Cía., que habían ido llegando por separado a diferentes puertos de las Antillas.
Más tarde, y ya en mitad del Caribe, cada caja había sido transbordada a un pequeño pesquero que las trasladaba por fin a la vieja goleta que era la única que conocía el emplazamiento exacto de Cazavientos.
Se había tratado sin duda de un trabajo arduo y meticuloso; una auténtica obra maestra de organización que exigía un absoluto sigilo y una gran capacidad de camuflaje para impedir que ni el más avispado aduanero pudiera sospechar que los enormes cajones de vulgar madera de pino contenían algo más que inocentes piezas de maquinaria.
Habíamos conseguido burlar todos los controles y el resultado estaba a la vista: cinco poderosos bombarderos se ocultaban ahora bajo la densa vegetación que crecía en el extremo oriental del islote.
Cinco Junkers, aunque, a decir verdad, de Junkers no tenían más que los motores.
El resto era, como ya he dicho, pura artesanía.
¡Pero volaban!
¡Ya lo creo que volaban!
Lo harían una sola vez, en un único y mortífero viaje, pero si todo seguía saliendo tal como lo había hecho hasta el presente, aquellos cinco inquietantes y antiestéticos cacharros que hubieran ofendido al más chapucero de los ingenieros aeronáuticos, causarían más daño que todos los estilizados aparatos de la Luftwaffe del mariscal Goering juntos.
Aquélla no era una misión destinada a fotografiarse al pie de elegantes y llamativos prototipos de aviones de última generación.
Aquélla era una misión destinada a destruir un objetivo muy concreto, y en el momento en que sobrevolaran los cielos del istmo ningún panameño se pararía a discutir si quienes estaban machacando su preciado canal eran altivos galgos o desgarbados podencos.
Eran máquinas voladoras. Con eso bastaba.
En lo más profundo de la más profunda de las cuevas del islote se almacenaba el medio centenar de bombas que había transportado tiempo atrás el submarino.
Puesto que ésa era la única carga que no me había arriesgado a enviar en barcos mercantes bajo el epígrafe de «maquinaria agrícola».
Con ellas, y la innegable habilidad de nuestros pilotos, nos bastaría para destruir las esclusas de Miraflores y cerrar la Gran Puerta del canal de Panamá hasta más allá del final de la guerra.
Si ese mismo día, y a esa misma hora, los japoneses hacían bien su trabajo, entre todos le asestaríamos a los Estados Unidos el golpe más demoledor que jamás hubieran soñado con recibir.
Resulta sencillo apuntarse méritos cuando los libros de historia ya cuentan cómo ocurrieron los hechos, pero sin ánimo de parecer presuntuoso no tengo el menor empacho en afirmar que

Librodot

ya, por aquel entonces, y a menos de un mes de que los acontecimientos tuvieran lugar, yo estaba convencido de que el objetivo de los japoneses no sería otro que Pearl Harbor, en el archipiélago de Hawai.
No es que me considerara más inteligente que los servicios secretos americanos, cosa por otro lado nada problemático puesto que siempre han demostrado una ineptitud digna de mejor causa; era que contaba con los suficientes elementos de juicio como para hacerme una composición de lugar bastante aproximada.
Si, tal como el almirante Canaris aseguraba, me había convertido en una de las pocas personas de este mundo que estaba al tanto de que Japón no- tardaría en atacar, bastaba con observar un mapa para llegar a la indiscutible conclusión de que la inmensa bahía de Honolulú en la que fondeaba el grueso de la escuadra americana del Pacífico tenía que ser su punto de destino.
Resultaba evidente que si el alto mando japonés tenía tanto interés en guardar el secreto sobre la fecha exacta de su entrada en la guerra que no se lo confiaba ni a quienes constituían sus máximos aliados, era porque estaban convencidos de que gran parte de su éxito se basaba en el factor sorpresa, y el único punto de los Estados Unidos al que estaban en condiciones de aproximarse sin ser descubiertos de antemano no era otro que Hawai.
Que sus buques sobrepasaran el archipiélago con el fin de aproximarse a la lejana costa californiana era arriesgarse a ser descubiertos a la ida, y lo que aún parecía peor, esperados por el grueso de la escuadra fondeada en Pearl Harbor a su regreso, y eso era algo que ni al más estúpido almirante se le podría ocurrir.
Y todo el mundo sabía que Yamamoto no era ningún estúpido.
Se ha escrito mucho sobre si Washington estaba o no al corriente de que Honolulú sería atacada, y aunque ésa es ya una vieja polémica que no viene al caso, me cuesta aceptar que lo que resultaba evidente para cualquier analista del momento, les hubiera pasado inadvertido a quienes más datos disponían para llegar a idéntica conclusión.
Alguien dijo alguna vez: «La política es el arte de sacrificarlo todo por los intereses de la patria, excepto a uno mismo», y cuanto más lo pienso más convencido estoy de que aquel esperar impertérritos a que los japoneses les asestaran un golpe «a traición» en Hawai fue sin duda un ejercicio de muy alta política por parte de Washington.
Al fin y al cabo estaban convencidos de que si ganaban la guerra no tendrían que dar ningún tipo de explicaciones.
Y si la perdían, ¿de qué iban a servir las explicaciones?
Nada existe que haya causado más daño a los seres humanos que la impunidad de quienes los gobiernan.
Los miles de hombres que murieron durante aquel ataque, así como los incontables barcos que se hundieron, era uno de esos «sacrificios» que los jerarcas yanquis estaban dispuestos a asumir a cambio de contar con la lógica indignación de sus compatriotas.
Los asesores del presidente Roosevelt debían estar convencidos de que a partir del «nefasto día en que se había consumado la mayor traición de la historia», ni el más acérrimo pacifista osaría protestar porque su país se implicara en una guerra.

La historia se ha repetido no hace mucho con el ataque a las Torres Gemelas del 11 de septiembre.
A los hombres de bien les gusta dar mucho aunque reciban muy poco a cambio.
A los hombres del mal les gusta recibir poco para dar mucho a cambio.
La diferencia estriba en que lo que dan y reciben estos últimos suele ser dolor y muerte.
Sentado en un cómodo y seguro despacho a miles de kilómetros de distancia, se puede aguardar con paciencia a que el enemigo ataque a los tuyos y te otorgue el derecho a una justa y despiadada venganza.
Cierto que no soy la persona idónea para dar lecciones de moral puesto que no niego que siempre fui un fiel seguidor del hombre que más daño ha causado a otros hombres, y tan sólo puedo alegar en mi defensa que en aquel tiempo realmente creía en aquellos ideales y

Librodot

arriesgué mi vida por ellos antes que la vida de cualquier otro.
Si algún alemán tenía que morir en el transcurso de la operación que había planeado ése quería ser yo, y jamás se me hubiera pasado por la mente la idea de quedarme en retaguardia enviando a nadie en mi lugar.
La diferencia entre un auténtico soldado y un auténtico político se centra en el hecho de que el soldado se esfuerza por cubrirle las espaldas a sus compañeros, mientras que los políticos se esfuerzan en que sus compañeros les cubran las espaldas.

Librodot

Laura tardó varios días en volver a ser quien era. A veces me he preguntado si llegó a serlo en realidad. Su inquietud iba en aumento, y el modo en que me miraba, me hablaba y me acariciaba me obligaban a pensar que estaba más preocupada por mí que por ella misma. Supongo que sospechaba que nos estaban vigilando tal vez tan sólo se lo imaginaba, aunque no resulta extraño en alguien que, sin ser profesional del mundo del espionaje, se encuentra de pronto inmersa en un turbio asunto en un país al que podía considerarse en cierto modo enemigo.

Es de imaginar que a ninguna nación le -gusta que vengan a construirle una base de submarinos en su territorio, sobre todo si no se ha implicado aún en la guerra.

Y menos aún a sabotear sus instalaciones cualesquiera que fuesen las que se pretendiera sabotear.

En lo que a mí respecta, la situación se complicaba día tras día puesto que cada noche que pasaba con ella la amaba con más intensidad, por lo que no me avergüenza reconocer que había atravesado la peligrosa línea que separa el deber del sentimiento.

Mis ansias de venganza habían quedado atrás desde el momento mismo en que abrigué la absoluta certeza de que Laura no tenía la más mínima relación con la muerte de Sebastián.

De hecho, ni siquiera debía saber que había existido. Laura no era más que el vehículo que debía conducirnos hasta su asesino, pero ese asesino, el escurridizo Karl Reissmüller, o en su defecto el falso Carlos Buenaventura, no aparecía por parte alguna y probablemente jamás volvería a poner los pies en Puerto Rico.

Desechada por tanto la venganza, me veía obligada a elegir entre mi fidelidad a la causa de Inglaterra y mi fidelidad a quien me proporcionaba toda la felicidad imaginable.

¿Y qué coño me importaba a mí Inglaterra? Simpatizaba con ella, lamentaba sus infinitos padecimientos y deseaba de todo corazón que derrotara a quienes trataban de invadirla y sojuzgarla, siempre que no fuera a costa de separarme de la mujer a quien me había entregado en cuerpo y alma.

Empecé a compartir su idea de que lo mejor que podíamos hacer era marcharnos.

-¿Adónde? -quiso saber.

-A donde tú decidas -repliqué, y estoy convencida de que ni por un momento dudó de mi sinceridad-. Puerto Rico empieza a agobiarme y no sé por qué tengo la sensación de que algo terrible puede ocurrir si nos quedamos aquí. Tal vez tu marido aparezca cualquier día y nos pegue un tiro.
-Carlos nunca haría eso.
-¿Por qué estás tan segura? Y no me vengas otra vez con el cuento de que es homosexual y el vuestro es un matrimonio de conveniencia.
-No es homosexual, pero el nuestro sí que es un matrimonio de conveniencias. De hecho jamás me ha puesto la mano encima.
-¿Qué clase de conveniencias?
-Negocios.
-¿Qué clase de negocios?
-Eso aún no puedo decírtelo. Y no insistas. Eres lo único que me importa en este mundo, y la mejor prueba la tienes en que en cuanto quieras nos vamos, pero no me pidas que te hable de algo que nada tiene que ver con nuestra relación. ¡Por favor!
Supongo que resulta evidente que Laura era, al igual que yo, una indefensa criatura profundamente enamorada que se encontraba inmersa, casi sin saber por qué razón, en una guerra que ni siquiera le pertenecía.
Cierto que su madre y sus abuelos eran alemanes, pero de no haberse cruzado la odiosa Erika Von Fischer en su camino, la guerra europea apenas le hubiera afectado.
En el fondo siempre he creído que su alma continuaba siendo esencialmente latina y tal vez se deba al hecho de que durante todo el tiempo que permanecimos juntas siempre se expresó como chilena y ni tan siquiera hizo una sota alusión a sus raíces germánicas.
Pese a cuanto aseguren, Laura no debió vivir aquellos años en Alemania. Debió vivir en brazos de aquella aborrecible condesa adoradora de Adolf Hitler, y poco le hubiera importado que fuera en Alaska o en Mongolia.

Estábamos pensando seriamente a qué lugar del planeta retirarnos, cuando Ray Spencer me envió un mensaje con uno de sus incondicionales a fin de que me reuniera con él en un escondido restaurante que si no recuerdo mal se llamaba La Albufera, que ofrecía a bombo y platillo como plato especial de la casa una de las paellas más abominables que me haya llevado a la boca a todo lo largo de mi vida.
Al parecer el local había sido fundado por un excelente cocinero español, pero cuando éste decidió regresar a su país le vendió el negocio a unos portorriqueños dejándoles escrita la receta de su antaño famosa paella. Pasando de mano en mano la receta acabó por convertirse en una especie de engrudo de cuyo origen valenciano no le quedaba más que el arroz.
El lugar era, sin embargo, discreto, y nos podíamos reunir en él sin miedo a ser seguidos, pues las estrechas y solitarias callejuelas circundantes permitían detectar de inmediato a cualquier transeúnte sospechoso.
-¡Bien! -dijo Ray Spencer tras cerciorarse de que sus hombres controlaban todas las vías de acceso y por lo tanto no corríamos riesgo de ser sorprendidos juntos-. Te he hecho venir porque hay algo que me preocupa profundamente.
-¿Y es?
-Hélices.
-¿Cómo has dicho? -inquirí mostrando una absoluta perplejidad puesto que no era para menos.
-He dicho hélices.
-¿Y qué tienen que ver esas hélices con todo esto?
-Es lo que me gustaría saber -señaló-. Desde que descubrimos que Karl Reissmüller se hace pasar por Carlos Buenaventura, nuestros agentes han intentado controlar todos los envíos que figuran con destino a esa firma en cualquier puerto, pero hasta ahora no habíamos dado con nada que pudiera levantar sospechas. Pura maquinaria agrícola. Sin embargo, nuestros agentes

en Portugal me acaban de comunicar que de Lisboa ha zarpado un barco en cuyas bodegas figura una gran caja consignada a Buenaventura y Cía., en La Guaira, y que contiene una docena de hélices.
-¿De submarino?
Negó con un decidido gesto.
-De avión.
-¡No me jodas!
-¡Ya me gustaría, ya! Te lo he repetido cien veces, pero ahora no estoy de humor para bromas, sino para intentar averiguar para qué coño quieren los alemanes una docena de hélices de avión en el Caribe, si se supone que en el Caribe no tienen aviones.
-¿Y cuál es el problema? -quise saber-. Ordénale a tu gente que tire esa caja al mar y punto. Muerto el perro se acabó la rabia.
-Cometes el mismo error de siempre -me hizo notar-. Así nunca conseguirás ser una espía medianamente aceptable. Si tiramos esas hélices al mar les estaremos demostrando que conocemos sus intenciones y se limitarán a enviar otras por otro camino mucho más intrincado y difícil de localizar. Mi intención es permitir que desembarquen en Venezuela pero vigilándolas tan estrechamente que acaben por conducirnos a donde se encuentran esos supuestos aviones.
-¿Y si las pierdes?
-No se trata de un paraguas, se trata de un cajón de dos metros de largo que debe pesar más de quinientos kilos y por si acaso dos de nuestros hombres viajan a bordo de ese barco.
-Creo que corres un riesgo innecesario, pero al fin y al cabo tú eres el profesional de este asunto -le hice notar-. Lo que no acabo de entender es qué demonios tengo que ver yo con todo esto.
-Mucho -señaló-. El otro día te aseguré que se me antojaba poco menos que estúpida tu teoría de un ataque al canal de Panamá, visto que los alemanes no tienen barcos ni submarinos en la zona. -Hizo una larga pausa que aprovechó para beber largamente de la cerveza que había pedido, y al final señaló-: Pero, por lo que se ve, tienen aviones y la cosa cambia.
-¿Y cómo han llegado hasta aquí esos aviones?
-Pasándolos por delante de nuestras narices.
-¿Desmontados como maquinaria agrícola?
-¡Exactamente!
-¡La madre que los parió!
-¡Exactamente!
-¿Tan listos llegan a ser?
-Si se han apoderado de media Europa y se encuentran a las puertas de Moscú por algo será. En algún lugar del Caribe, que lo mismo puede ser una isla desierta como las selvas o los llanos de tierra firme, han construido una pista de aterrizaje y han llevado hasta allí, desmontados, un número indeterminado de aviones cuyo radio de acción les permitirá alcanzar sin problemas el canal para hacerlo saltar por lo aires.
-¿O sea que tenía yo razón?
-¡Es posible!
-¡Admítelo, coño!
-Ni lo admito, porque se me antoja demasiado rocambolesco como para ser verdad, ni lo niego porque las piezas comienzan a encajar, y lo que sí tengo que reconocer es que en gran parte el mérito es tuyo. El hecho de que tu amiga Laura te dijera que todo acabará pronto significa que no se trata de una base permanente, sino de un sabotaje; el hecho de que recordaras que habías visto a ese hijo de puta en el canal nos dio una pista que en un principio deseché, pero la noticia de que esas hélices vienen hacia acá empieza a darle un cierto sentido a tu teoría.
-¡Bendito sea Dios! ¡Si va a resultar que soy una espía del copón!
-Como espía eres un auténtico desastre -replicó el jodido patilludo pelirrojo al que no le

Librodot

gustaba dar su brazo a torcer-. Pero admito que tienes eso que llaman «intuición femenina» y que en ocasiones resulta más práctico que mil sesudos análisis de verdaderos especialistas. Ahora lo que necesito es que intentes averiguar si tu amiga Laura tiene alguna idea sobre dónde se encuentran esos aviones.

-Lo dudo.

-¿Por qué?

-Porque si los alemanes son tan inteligentes como para organizar lo que suponemos que están organizando, lo son como para entender que alguien tan vulnerable como Laura no debe estar al tanto del alcance de tan compleja operación.

-Puede que sea vulnerable... -admitió Ray Spencer-, pero resulta evidente que hasta ahora no ha dicho una sola palabra que la comprometa.

-El secreto no está en lo que dice, sino en lo que no dice -repliqué-. Y en realidad ha dicho muchas cosas. Sin proponérselo, pero las ha dicho. De lo contrario nunca habríamos llegado a las conclusiones a las que estamos llegando.

-Ahora lo que hace falta es que se ajusten a la realidad.

-Admito que yo no sé mucho sobre espionaje -dije-, pero sospecho que es un oficio que no se sustenta sobre realidades, sino sobre conjeturas. Se van buscando piezas de un rompecabezas y se van colocando de la manera más lógica posible. Los huecos se rellenan con intuición o fantasía y luego se reza para que el resultado se ajuste lo más posible a la verdad.

-En eso puede que tengas razón.

-¡Alabado sea Dios!

-Por siempre sea alabado. Y si es posible, que nos coja confesados.

Había pedido que me enviaran las hélices por medio de un submarino, puesto que no cabía en cabeza humana que pudieran hacerse pasar por piezas de maquinaria agrícola, pero me respondieron que no había en esos momentos ningún submarino en disposición de aproximarse sin correr grave peligro al puerto de Lisboa, y que aun en el caso de que lo consiguiera, la travesía del por aquel entonces furibundo Atlántico le llevaría más tiempo del previsto.

Al parecer, ese tiempo urgía.

Nos encontrábamos a mediados de noviembre y era más que probable que los japoneses estuvieran dispuestos a lanzar su ataque en cualquier momento. ¡Mierda!

Cinco aviones, o algo que se parecía a aviones, se encontraban dispuestos y cargados de bombas y combustible al comienzo de unos raíles sobre los que se deslizarían para alzar el vuelo rumbo a su destino, pero las piezas esenciales para que se elevaran navegaban hacia Venezuela a bordo de un mugriento carguero.

Años de esfuerzo confiados a la caprichosa diosa fortuna.

Un torpedo, una de las incontables tormentas que se estaban prodigando últimamente en la zona, o una simple inspección aduanera algo más estricta de lo normal a su llegada a puerto, podían dar al traste con el más meticuloso plan de acción que nadie hubiera imaginado jamás.

¡Los imponderables!

Es ése un término que en verdad aborrezco, puesto que mi padre me había enseñado a actuar siempre de tal modo que los imponderables no tuvieran la más mínima oportunidad de arruinar mi trabajo.

Pero la misma palabra lo dice: un «imponderable» es como la gripe que siempre aparece cuando menos se espera y se burla de cuantas medidas hayamos tomado para evitar que se nos plante de pronto ante las narices. ¿Quién podría imaginar meses atrás que los todopoderosos «lobos grises» del almirante Doenitz, dueños antaño del océano, se estuvieran enfrentando ahora a las mayores tormentas que habían agitado el Atlántico en los últimos cuarenta años y se encontraran además asediados por una implacable armada británica inasequible al desaliento que parecía capaz de encontrarlos aunque se escondieran debajo de las piedras?

Librodot

El pertinaz mal tiempo impedía que nuestros «buques nodriza» los reabastecieran en alta mar, y los equipos de radar británicos los localizaban en cuanto osaban aproximarse a la costa y asomar el periscopio.
Creo que fue un rey español el que dijo aquello de que no había enviado sus barcos a luchar contra los elementos, soberana estupidez sin duda alguna, puesto que un verdadero monarca debería tener clara conciencia de que esos elementos constituían en sí mismos el principal enemigo con que debe enfrentarse un navío.
Han hundido mil veces más naves las tormentas que los cañones.
Y ahora yo me enfrentaba a una situación bastante parecida.
No había organizado la operación «Puerta del Pacífico» contando con el hecho de que en el invierno del cuarenta y uno el océano hubiera decidido entrar en guerra por su cuenta.
Harto tal vez de ver cómo los seres humanos se despedazaban sin piedad sobre su superficie, había optado por tomar cartas en el asunto zarandeando de modo inmisericorde a aquellos minúsculos personajillos que se atrevían a surcar sus aguas en sus frágiles embarcaciones. Y cuando la naturaleza decide entrar en conflicto, a los más poderosos y bien pertrechados ejércitos del mundo no les queda otra solución que emprender una vergonzosa retirada.
Con el mar en calma los «lobos grises» eran los auténticos dueños de la manada.
Con olas de diez metros y helados vientos de ochenta kilómetros por hora, los «lobos grises» se convertían en pobres borregos aterrorizados.
La mayor parte de ellos, con las tripulaciones agotadas y escasos de combustible, habían tenido que correr a protegerse en escondidas calas de las que no parecían dispuestos a salir hasta la próxima primavera, y cuando el intenso frío comenzó a diezmar nuestras tropas en el frente oriental llegué a la dolorosa conclusión de que si bien Dios debía estar en buena lógica de nuestro lado, la Naturaleza parecía haberse puesto abiertamente de parte de nuestros enemigos.

A Cazavientos nos llegaban continuamente los coletazos de aquel infernal invierno de nefasta memoria, por lo que había noches en las que teníamos que amontonarnos, tiritando, en torno a una hoguera en la mayor de las cuevas hasta el punto de que costaba aceptar que aquél fuera el tropical Caribe de las postales turísticas.
Mi padre solía decir: «La mar es como esas mujeres que te hacen inmensamente feliz o te maltratan a su capricho sin que nada puedas hacer por evitarlo», y siempre me pregunté si cuando aseguraba tal cosa se estaba refiriendo concretamente a mi madre. Recuerdo que cuando llevábamos ya más de un año en Alemania, le pregunté si la echaba de menos, y me respondió que desde que se había separado de ella se sentía como si le hubieran arrancado el corazón.
-En ese caso -quise saber-, ¿por qué estamos aquí?
-Porque un hombre como yo puede vivir sin corazón -me replicó muy serio-. Pero no sin cabeza. Tu madre me robó el corazón y me hizo perder la cabeza. Nunca accedió a devolverme el corazón, pero yo fui capaz de reencontrar por mí mismo la cabeza.
La amó hasta el mismo día de su muerte. Aún hoy me pregunto por qué.
A mí me ocurrió algo parecido, aunque desde luego mucho menos intenso, con Alicia Tragamillas, por lo que soy de la opinión de que eso es algo que tan sólo nos sucede a los hombres que pretendemos ser excesivamente racionales. Planificamos cada detalle de nuestra vida como si se tratara de una cartilla de ahorros que nos tiene que durar hasta la muerte, pero he aquí que de improviso nos encontramos con que surge el imponderable en forma de una mujer disparatada que nos destroza el quiosco.
Y tanto más la adoramos cuanto más nos rompe los esquemas.
Tal vez se deba a que en el fondo nunca quisimos ser como con tanto esfuerzo habíamos planeado ser.
Probablemente yo no nací para diseñar meticulosos sabotajes en un cómodo despacho, sino para convertirme en capitán de un submarino que luchara día y noche contra los destructores

Librodot

ingleses o contra las gigantescas olas y los helados vientos del Atlántico. ¿Quién sabe?
Pero aquellos momentos, mediados de noviembre del cuarenta y uno, no me encontraba en el puente de mando de su submarino, sino en la cima de un diminuto islote de las Antillas preguntándome de qué serviría haber trabajado tanto si aquellas malditas hélices no llegaban a tiempo.
Por lo que tenía entendido el Sorrento no era más que un viejo carguero italiano de los que normalmente acostumbraban a hacer cabotaje entre los puertos del Mediterráneo, .pero que por culpa de la guerra había sido destinado a cubrir la ruta del Atlántico con tan mala fortuna que había elegido para su primera singladura de gran porte el peor invierno imaginable.
Que mis hélices se encontraran dando tumbos por mitad del océano me sacaba de quicio.
Para acabar de complicar la situación, una tarde comenzaron a sonar las sirenas y a los pocos minutos uno de los vigías acudió jadeante para informar que un barquichuelo se aproximaba por barlovento buscando refugiarse del viento y la marejada al socaire del islote. Por lo que advertimos más tarde se trataba del Margarita III, un pesquero de matrícula cubana, con tres hombres a bordo a los que por lo visto había sorprendido el temporal cuando se encontraban faenando y cuyo motor no tenía la potencia necesaria para enfrentarse al fuerte viento, por lo que habían optado por dejarse llevar por éste en procura de un lugar en el que refugiarse.
La mala suerte los había empujado hacia Cazavientos. Bordearon como buenamente pudieron la punta suroeste a riesgo de estrellarse contra los bajíos, viraron luego casi en redondo y tras más de una hora de lucha en la que podría creerse que continuarían alejándose sin posibilidad alguna de salvación embocaron la entrada de la pequeña ensenada para dejar caer las anclas y quedarse muy quietos, tumbados sobre cubierta y evidentemente agotados por el miedo y la fatiga.
Los observábamos ocultos entre la espesura y cerró la noche sin que hicieran un solo movimiento.
Se podía creer que estaban muertos.
Lo único que hubiera deseado en aquellos momentos era que con la llegada del nuevo día amainara el temporal para que pudiera regresar en paz a su lugar de origen, pero me veo en la obligación de repetir hasta la saciedad que aquél fue un año en el que la mayor parte de las fuerzas de la naturaleza habían decidido desmelenarse.
El viento soplaba con tanta intensidad que comenzó a arrastrar la arena que cubría los raíles, dejando grandes partes al aire.
No había forma alguna de que el cuidado camuflaje resistiese el embate de semejante temporal hasta el punto de que nos vimos obligados a aferrar a los árboles más próximos las alas de los aviones.
¡Jodido Eolo!
Si no hubiera sido por él, aquellos pobres diablos se habrían limitado a esperar a bordo de su frágil embarcación para acabar por regresar a dormir a sus casas, pero cuando sobre el mediodía comenzaron a moverse sobre cubierta tardaron apenas media hora en advertir que algo raro ocurría en lo que suponía un peñasco en el que poca gente en su sano juicio tendría que haber puesto nunca los pies.
Los raíles metálicos brillaban al sol con la intensidad de los anuncios luminosos de una discoteca.
Durante un buen rato se limitaron a observar. Luego pudimos advertir cómo buscaban en la camareta unos prismáticos y se dedicaban a estudiar palmo a palmo y con particular atención cada metro de la isla. Hacían gestos señalando las zonas en que el viento se había llevado el camuflaje y al fin dos de ellos lanzaron al agua una minúscula chalana y remaron sin prisas hasta recorrer el medio centenar de metros que les separaban de la playa.
Ordené a mi gente que prepararan nuestros botes auxiliares pero me hicieron ver que se trataba de lanchas neumáticas que tardarían en hincharse y se encontraban ocultas en las cuevas del extremo norte de la isla, debido a lo cual, aunque consiguiéramos tenerlas listas a tiempo, no nos servirían de nada puesto que apenas conseguirían bordear la isla con semejante

Librodot

temporal.
Disponíamos, eso sí, de un pequeño cañón y tres pesadas ametralladoras del calibre cincuenta.
Cuando los dos pescadores vararon su embarcación en la arena se encaminaron directamente a los raíles, no tardaron en comprender que se extendían a todo lo largo del islote, y se volvieron a escudriñar con atención la espesura en la que nos ocultábamos.
La curiosidad no suele ser buena compañera de viaje. Pero ¿quién podría evitar sentir curiosidad en semejantes circunstancias?
Dudaban.
Nosotros permanecíamos agazapados, observando con ayuda de los prismáticos cómo discutían entre sí sobre la conveniencia de seguir adelante o regresar al barco.
Al fin comprendí que tenía que tomar una decisión y ordené a mi gente que fuera en su busca.
No obstante, en cuanto los pescadores vieron surgir a los tres primeros de entre los árboles parecieron intuir el peligro, por lo que echaron a correr de regreso al barco al tiempo que le gritaban a quien continuaba a bordo que pusiera el motor en marcha y levara anclas. Sus gritos no eran en absoluto necesarios dado que su compañero, que no había perdido detalle de cuanto acontecía en tierra, ya había iniciado la maniobra.
Fue una carrera intensa y emotiva, pero no tardé en comprender que mis hombres jamás conseguirían alcanzar a los fugitivos, ya que tenían que recorrer más del doble de la distancia.
Al llegar a la orilla los pescadores ni tan siquiera se molestaron en empujar el bote al agua. A medida que corrían se habían ido despojando de la ropa, en el último momento lanzaron al aire los zapatos, y se arrojaron al mar nadando como si los persiguiese una docena de caníbales.
Habían trepado ya a la embarcación cuando mis hombres llegaron a la playa, y en cuanto comprendí que la proa del Margarita III enfilaba la entrada de la ensenada, con lo que el viento no tardaría en alejarlo de la costa, me vi en la obligación de dar una de las órdenes más crueles, injustas y desagradables que he dado en mi vida.
-¡Fuego!
Hicieron falta tres disparos del cañón y varias ráfagas de ametralladora para que el frágil barquichuelo saltara por los aires.
Lo poco que quedó de él ardió durante unos diez minutos y acabó por hundirse.
De sus tres tripulantes nunca supimos nada y es de suponer que los tiburones debieron dar buena cuenta de ellos.
¡Lo siento!
Juro por lo más sagrado que aquél fue un incidente que he lamentado toda mi vida.
Al igual que le había sucedido al pobre Sebastián Culocanta la nuestra no era la guerra de aquellos tres pobres cubanos y nunca he sido partidario de excusarme con el repugnante término de los «daños colaterales» que ahora están tan de moda y tras los que casi siempre se oculta la ineptitud de quienes los provocan.
Creo sinceramente que no podía actuar de otro modo. Dejarlos marchar a expensas de que en cuanto llegaran a puerto contaran a todo el que quisiera oírles que alguien había levantado vías de tren en un islote en apariencia deshabitado, y que quienes lo habían hecho les habían perseguido hasta la mismísima playa, significaba tanto como arriesgarse a que tres días más tarde la escuadra americana en pleno hiciera su aparición en el horizonte.
Años de esfuerzo no merecían un final tan ridículo. Y mis hombres no se merecían pasar el resto de la guerra en un campo de concentración americano si es que no nos fusilaban acusándoles de sabotaje.
Decidir sobre la vida de inocentes siempre es tarea difícil.
Por suerte o por desgracia, en época de guerra podemos justificar nuestros actos con más facilidad.
No obstante, cuando se firma la paz, las muertes te vuelven a pesar en la conciencia.
A mitad de los años sesenta viajé a Cuba donde hice algunas averiguaciones hasta descubrir que de Baracoa, un pequeño pueblo de la punta este, había zarpado en noviembre del cuarenta

y uno un pesquero de nombre Margarita III que nunca regresó.
Allí vivían aún la viuda y los tres hijos del patrón del barco.
De sus dos tripulantes y su familia nadie sabía nada. Ni siquiera los nombres.
No tardé en averiguar que lo que en realidad deseaban la viuda y los hijos de uno de los desgraciados a los que yo había mandado matar era, como la de la mayoría de los cubanos, huir de la miseria y la opresión del abominable régimen castrista, por lo que consideré que era mi deber hacer algo por aquellos a los que había causado tanto dolor veinticuatro años atrás.
Conseguí que se instalaran en Miami. La mujer y uno de los hijos ya han muerto, pero los otros dos viven felices y sin problemas económicos aunque nunca han conseguido averiguar quién ni por qué razón instauró un fideicomiso que permite que cada mes el City Bank les envíe un cheque de tres mil dólares a cada uno.
Quizá me he olvidado decir que con el tiempo acabé por convertirme en un hombre bastante acomodado gracias en parte a que al finalizar la guerra me instalé en Houston, donde trabajé para la NASA y adquirí la experiencia suficiente como para convertirme en una de las primeras personas que invirtió en ordenadores personales, lo cual me proporcionó una pequeña fortuna. Supongo que a quienes me contrataron no les va a gustar lo que ahora cuento, aunque ha pasado tanto tiempo que cuanto aconteció en aquellos convulsos años carece ya de importancia.
Tan sólo los muertos tendrían derecho a quejarse, pero que yo sepa nunca lo han hecho.

Librodot

-El barco ha desaparecido.
-¿Qué barco?
-El Sorrento.
-¿El de las hélices?
-El mismo. Tendría que haber arribado a La Guaira hace tres días, pero nada se sabe de él, de sus tripulantes, ni mucho menos de las hélices.
-¡Santo cielo! -no pude por menos que exclamar puesto que me daba perfecta cuenta de las consecuencias que ello acarrearía-. ¿Crees que puede haberse hundido?
Ray Spencer tardó en responder inmerso como estaba en sus pensamientos y en juguetear intentando extraer de la pastosa masa de arroz amarillento algo que resultara más o menos comestible.
Al fin, con una voz cavernosa y que mostraba la intensidad de su pesar, replicó sin alzar la cabeza.
-Si se ha hundido habremos perdido a dos hombres. Y si no se ha hundido habremos perdido las hélices. Es como si me dieran a elegir entre sacarme un ojo o cortarme un brazo.
-Las hélices pueden recuperarse -le hice notar-. Los hombres no.
-Eso es muy cierto gruñó al tiempo que se metía en la boca un ala de pollo-. Pero si no conseguimos encontrar esas hélices y en verdad están destinadas a lo que suponemos, en lugar de dos hombres perderemos miles o tal vez millones de vidas porque el canal de Panamá es el talón de Aquiles de Estados Unidos. Y sin la ayuda de todo el poderío americano jamás conseguiremos vencer a los nazis.
-¿Has alertado a las autoridades del canal? -quise saber.
-Aún no.
-¿Por qué?
-Porque las fuerzas que protegen el canal viven en continua alerta desde que empezó la guerra y no quiero preocuparlas por algo que de momento tan sólo está basado en conjeturas y en tu famosa «intuición femenina». -Guardó silencio unos instantes, pero al fin alzó la cabeza y me miró hasta lo más profundo de los ojos al añadir-: Aunque hay algo que ha venido a complicar

las cosas; nuestros especialistas han estudiado las fotografías y las características técnicas que les enviaron desde Lisboa y han llegado a la conclusión de que se trata de las hélices de bombarderos Junkers de dos motores. Eso quiere decir que en algún lugar del Caribe existe media docena de aparatos de gran capacidad destructiva que si disponen de depósitos de combustible suplementarios pueden volar hasta Panamá e incluso hasta el mismísimo corazón de Estados Unidos.

-¡Vaina!

-¿Y eso qué significa?

-Una expresión venezolana que viene a ser algo así como «la puta que lo parió», pero en fino.

-En ese caso admito que está bien aplicada. «¡Vaina!» Lo tendré en cuenta. Es una palabra divertida.

-¿Y qué piensas hacer ahora?

El patilludo, que a menudo resultaba en verdad encantador y con el que mantuve una excelente relación hasta el día de su muerte, me observó de medio lado y sonrió tal como solía hacer, como un conejo de nariz sonrosada.

-En primer lugar agradecerte que no me hayas dicho eso que suele decirse de «Te lo advertí».

-¿Respecto a qué?

-Respecto a que nunca debí permitir que las hélices continuaran viaje -replicó-. En segundo lugar, intentar averiguar adónde ha ido a parar ese jodido barco. En tercero, localizar esos aviones de cuya existencia ya no me cabe duda; y en cuarto, rogarte que intensifiques la presión sobre tu amiga Laura para intentar una vez más que nos proporcione alguna pista fiable.

-Haré lo que pueda, pero sigo creyendo que no debe saber mucho más que nosotros. Ha comprado una casa en Islas del Rosario, un lugar al parecer paradisíaco que está cerca de Cartagena de Indias, y quiere que nos instalemos allí en Navidades. Imagino que su idea es que nos quedemos en Colombia hasta que acabe la guerra.

-¿En Navidades?

-Eso ha dicho.

-Luego lo que tenga que ocurrir, si es que tiene que ocurrir, que cada vez estoy más convencido, ocurrirá en diciembre.

-Tú eres el experto en sacar conclusiones -le repliqué con marcada mala intención-. Yo me limito a contar lo que sé.

-Y que se ajusta bastante a lo que yo sé, puesto que hemos averiguado que el alquiler del edificio donde se han instalado las oficinas de Buenaventura y Cía. caduca en enero, y nuestros amigos nazis no han mostrado interés en renovarlo. Como tampoco están buscando un lugar al que mudarse, ello me induce a pensar que consideran que a partir de enero no necesitan ningún tipo de tapadera. -Sonrió una vez más, aunque en su sonrisa afloraba un punto de inquietud al concluir-: Ergo... actuarán antes de fin de año.

-Ergo, si ahora atentan contra el canal, el año próximo los americanos estarán metidos hasta el cuello en una guerra de carácter global.

-Me temo que sí.

-¿Y crees que me encontraré a salvo en Colombia?

-Eso depende, porque al marcharte a vivir con Laura pueden ocurrir dos cosas: o que llevéis la guerra con vosotras porque al fin y al cabo las dos habéis estado implicadas en ella, o que en realidad os baste con teneros la una a la otra, olvidando al resto del mundo y sus infinitos problemas. Pero eso es algo sobre lo que no puedo opinar puesto que un amor de tipo homosexual está fuera de mi entendimiento.

-¿Incluso entre dos mujeres?

-Incluso así -afirmó convencido-. Entiendo, disculpo e incluso admito que me encantaría compartir la experiencia del sexo entre dos mujeres, pero te conozco lo suficiente como para estar convencido de que lo vuestro no es una simple cuestión de sexo; es amor en toda regla y hasta ahí no llego.

-¿Por qué?
-¡Oh, vamos, Marión! -exclamó malhumorado y me sorprendió que me llamara por mi nombre de pila puesto que era la primera vez que lo hacía-, no es éste ni el lugar ni el momento para discutir sobre lo que opino respecto al amor y el sexo. Se encuentran en juego demasiadas cosas y lo único que en verdad creo es que resultaría indigno por tu parte lavarte las manos sobre el destino de medio mundo y admitir que lo único que te importa es revolcarte con tu amiguita en una playa del Caribe.
-Eso ha sido una grosería puntualicé molesta-. Y además una injusticia, puesto que llevo meses arriesgándome sin necesidad, visto que hace tiempo que llegué a la conclusión de que por este camino jamás conseguiré vengarme de Karl Reissmüller si es que fue él quien asesinó a Sebastián, que ni siquiera es seguro.
-En eso puede que tengas razón -reconoció en el acto-. Lamento haber sido grosero. No es mi estilo. Lo que ocurre es que me horroriza la idea de que me abandones ahora. Te necesito más que nunca porque sigo convencido de que Laura es la única que puede proporcionarnos alguna pista sobre dónde se encuentran esos aviones, aunque ella misma lo ignore.
-Es que te repito una vez más que ni siquiera debe saber que existen tales aviones ni que su objetivo sea el canal.
-En ese caso, ¿qué pito toca en todo esto?
-Ninguno. No es más que una figura decorativa, muy decorativa eso sí, a la que probablemente le han asignado labores secundarias, porque si el tema es de tanta trascendencia como imaginamos, ya te dije el otro día que no creo que los nazis sean tan estúpidos como para confiarle el secreto a alguien tan vulnerable. La conozco bien y bastaría con que alguien le amenazara con desfigurarle el rostro para que contara todo lo que sabe, porque al, fin y al cabo no debemos olvidar que tan sólo es medio alemana y esa guerra la importa una mierda. De no ser por aquella puñetera condesa a la que el diablo esté pinchando, probablemente nunca hubiera puesto los pies en la Alemania de nuestro buen amigo Adolf Hitler.
-¿Estás segura de eso?
-Seguro está el cielo y sólo para unos pocos, pero me acuesto con ella cada día y creo que la conozco mejor de lo que ella misma se conoce. O yo soy una imbécil, y en ese caso de poco te sirvo, o está arrepentida de haberse metido en este lío, y lo único que pretende es salir de él con el menor daño posible. Cada día está más asustada.
-¿De qué?
-De que el río que la arrastra se vuelve más y más caudaloso y teme, con razón, que acabe en un abismo. Debió aceptar jugar a espías tal como lo acepté yo, sin apenas pensar en sus consecuencias, y al igual que me ocurre a mí, se ha dado cuenta de que lo que está arriesgando es la vida. Puede que en un principio no le importara porque se encontraba sola tras la muerte de la tal Erika, de la misma manera que tampoco a mí me importaba tras la muerte de Sebastián, pero ahora nos tenemos la una a la otra, nos necesitamos más que el aire que respiramos y eso cambia las cosas. Cuando existe algo muy importante en nuestras vidas la idea de perderlo nos aterroriza.
Se sentía incómodo, de eso no me cabe duda. Para aquel maldito y querido pelirrojo, criado sin duda en un ambiente de moral muy estricta, la crudeza con la que le estaba hablando de mi relación con otra mujer y hasta qué punto la colocaba sobre cualquier otra consideración social, política o patriótica le debía sonar a herejía, y reconozco que producía una cierta ternura advertir cómo se esforzaba por asimilar unos conceptos que se encontraban tan fuera de su esfera de comprensión como podrían estarlo el lenguaje de los monos verdes de otra galaxia.
Al fin apartó el plato de repugnante comistrajo que continuaba siendo una caricatura de paella, lanzó un hondo suspiro y exclamó como si se estuviera arrojando de cabeza al agua:
-¡Vaina!
-Te ha salido bastante bien -reconocí-. Aunque el acento deja mucho que desear... Alargué la

Librodot

mano para colocarla sobre la de él, cosa que sabía muy bien que le agradaba, y apretándosela con fuerza, añadí-: Te propongo un trato; continuaré trabajando para ti, con más interés aún si ello es posible, hasta que ocurra lo que tenga que ocurrir o hasta final de año. Si para entonces no ha pasado nada ni hemos conseguido descubrir nada, me marcharé con Laura a las Islas del Rosario, de las que he oído contar maravillas, y procuraré olvidarme de la guerra y de que en alguna ocasión fui una especie de aprendiz de espía. ¿Te parece justo?

Asintió con un leve gesto de la cabeza al tiempo que me besaba el dorso de la mano con indudable afecto.

-No esperaba menos de ti -replicó-. ¿Qué crees que podemos hacer para forzar la situación?

-Contar la verdad.

Me miró con tal expresión de asombro que a punto estuve de dejar escapar una carcajada.

-¿Contar la verdad? -repitió estupefacto-.

-¿A quién?

-A Laura. ¿A quién si no?

-¿Es que te has vuelto loca?

-¿Por qué? Ella ha prometido contarme su verdad, y yo lo único que haría es adelantarme, con lo que ya nunca existirían secretos entre nosotras. Y quizá, con un poco de suerte, comprenda que su única opción para salir de este atolladero es colaborar contigo. De otro modo, si el ataque al canal se lleva a cabo y hay tantas víctimas como es de suponer, lo más probable es que acabe en la cárcel por el resto de su vida, puesto que le resultaría muy difícil demostrar que no estaba al corriente de lo que se tramaba.

Le hice pensar. Me encantaba hacer pensar al jodido pelirrojo, ya que de esa manera le demostraba que no era una simple muchachita dominicana que se dejaba embaucar por la primera lesbiana que se cruzaba en su camino. Tenía que admitir que había sido a mí a quien se le ocurrió la idea de un posible ataque al canal y era yo quien le había llevado al convencimiento de que no se trataba de un grupo de alemanes que estuvieran organizando una base para submarinos, sino que preparaban un atentado de incalculables consecuencias.

Aunque estuviera convencido de que como espía no valía gran cosa, estaba claro que debía tener en cuenta mis opiniones.

-Puede que diera resultado -musitó al fin como si le avergonzara admitirlo-. No conozco a Laura personalmente, pero por lo que me has contado sobre ella no parece ser de ese tipo de chiflados que se resignan a morir de viejos en la cárcel por defender unos ideales tan absurdos como los de la supremacía de la raza aria sobre el resto de las razas.

-Laura no cree en la supremacía de las razas, sino de las personas. Como es consciente de que en muchas cosas es realmente superior, no necesita ser racista. El racismo no es más que el clavo ardiente al que se aferran los mediocres para hacerse la ilusión de que superan en algo al resto de los mortales. Un negro inteligente y culto siempre preferirá continuar siendo negro, culto e inteligente a convertirse en blanco, animal y analfabeto.

-¿Estás segura de eso? -inquirió en un tono que demostraba a las claras la profundidad de sus dudas. -Recuerda que soy dominicana -le repliqué-. Y en mi país conviven en perfecta armonía blancos y negros. Allí el que vale, vale y el color tan sólo tiene una importancia relativa.

-Pues aquí no.

-Eso se debe a que Puerto Rico tiene una excesiva influencia americana y en cuestión de racismo esos jodidos gringos son tan extremistas como los propios nazis.

-Eso es muy cierto.

-¿Qué opinas entonces? ¿Le cuento la verdad?

-Déjame pensarlo. Aún puede darse el caso que el Sorrento o las hélices aparezcan. Tal vez el retraso tan sólo se deba a los temporales que están azotando el Atlántico.

-Sigues siendo un iluso.

-¿Por qué?

-Porque sabes muy bien que se han burlado de ti. Si los alemanes han sido capaces de traer

Librodot

hasta aquí seis bombarderos sin que os enterarais, tienen que tener muy claro que las hélices podían ser descubiertas. Y si viajaban precintadas y se han dado cuenta de que las habéis descubierto pero no habéis interceptado el cargamento, es porque sospechan que lo que pretendéis es que os conduzcan hasta los aviones. El juego es el mismo para los dos bandos y los dos bandos lo jugáis de idéntica manera. Lo más probable es que en estos momentos, ese barco, pintado de otro color y con otro nombre esté desembarcando las hélices en cualquier puerto del Caribe lo más lejos posible de La Guaira.

-¿Intuición femenina?

-¡En absoluto! No es más que pura lógica, cariño. Pura lógica. ¿O acaso tú habrías actuado de un modo diferente?

-Probablemente no.

-Lo suponía, porque a veces tengo la impresión de que vuestro espionaje se atiene a unas reglas preestablecidas, y de lo que en verdad se trata es de demostrar que habéis sido más astutos que el contrario como si en lugar de tratarse de una guerra en la que la gente muere de verdad, fuera una especie de partida de ajedrez entre caballeros.

-Eso puede que fuera cierto hasta que entró en escena Adolf Hitler -reconoció Ray Spencer con una leve sonrisa de amargura-. Esa bestia no tiene consideración con nadie y me temo que aún no nos hemos dado cuenta de que no podemos tener ninguna consideración con él. Las guerras casi siempre se habían hecho entre reyes o políticos más o menos estúpidos o ambiciosos, pero ahora se trata de la guerra de un psicópata, y los psicópatas resultan tan absolutamente imprevisibles que en un principio no estábamos preparados para hacerles frente.

-¿Y lo estáis ahora? -quise saber porque lo cierto era que abrigaba demasiadas dudas sobre la capacidad ofensiva, o simplemente defensiva, de ingleses, franceses, holandeses, checos, polacos, belgas o rusos en aquel preciso momento histórico.

-Me temo que no. Me temo que nos debe tener reservadas muchas sorpresas tan desagradables como ésta de intentar dar un increíble golpe de mano haciendo saltar por los aires un canal que se tardó veinte años en construir, pese a que se encuentra a casi diez mil kilómetros de Berlín.

-Pues si quieres que te diga la verdad, como ese maldito barco no aparezca pronto y te apoderes de las hélices me veo a la flota americana dando la vuelta por el cabo de Hornos. Y tengo entendido que allí el mar jode cantidad.

-Pues ya sabes lo que te toca -me hizo notar-. Eres la única que puede evitarlo. Consigue, a como dé lugar, que tu querida amiga nos cuente todo lo que sepa.

-¡Lo intentaré!

Estaba decidida a intentarlo, eso es muy cierto, pero justamente aquel mismo día, y en el momento en que subía al apartamento, me abordó un repartidor que me entregó un telegrama en el que mi madre me anunciaba que a la tarde siguiente llegaba para hacerme una «corta visita».

¿Cómo decirle que no quería verla?

Yo sabía por experiencia que las «cortas visitas» de las madres se alargan siempre hasta las dos semanas, pero no se me ocurrió qué disculpa ponerle para obligarla a desistir del empeño.

Una vez más había luchado contra su terror a los aviones y yo tenía la obligación de sentirme agradecida, por lo que a las cinco en punto aterrizó en Isla Verde tan feliz como se supone que debe sentirse alguien que lleva meses sin ver a una querida hija que ha pasado por el duro trance de perder al hombre que ama.

¿Quién era capaz de confesarle a una madre de aquellos tiempos que el hombre al que amaba había sido sustituido por una mujer a la que adoraba?

¿O cómo confesarle a una madre de aquellos tiempos que me había convertido en una especie de caricatura de espía que arriesgaba su vida involucrándose tontamente en una guerra que tenía lugar a miles de kilómetros de distancia?

Si alguien se ha encontrado alguna vez en una situación semejante me encantaría que viniera a

Librodot

explicarme qué era lo que tenía que hacer.
-¡Vaina!

Librodot

La radio trajo la noticia de que el carguero italiano Sorrento había naufragado a unas ocho millas al noroeste de Wathing o San Salvador, en las Bahamas, que era, curiosamente, la primera isla en que al parecer Cristóbal Colón tocó tierra en el momento de descubrir el Nuevo Mundo.
Sobre los miembros de la tripulación poco o nada se sabía.
Podría ser que todos hubieran muerto. También podría ser que no.
Las noticias eran por lo tanto confusas, pero de todo ello se extraía una conclusión que no admitía dudas: el barco y todo su cargamento se encontraban a más de cien metros de profundidad en el fondo de un mar que continuaba terriblemente alborotado.
Aquél no era desde luego el lugar idóneo para las hélices de cinco bombarderos Junkers que aguardaban ocultos entre los árboles de un perdido islote del Caribe el momento de abalanzarse como aves de presa sobre un confiado canal de Panamá.
No hace falta ser un genio de la aeronáutica para aceptar que en la, década de los cuarenta un avión sin hélices tenía menos posibilidades de alzar el vuelo que una vaca suiza.
Los primeros reactores tardarían en hacer su aparición sobre los cielos de Europa hasta acabar por adueñarse años más tarde de los cielos del mundo.
En mi juventud unas buenas hélices era lo único capaz de atornillarse al aire hasta conseguir que un pesado aparato cargado de inocentes pasajeros o destructivas bombas se elevara y lo mantuvieran volando mientras no cesaran ni un instante de girar.
Maldije mi suerte y me arrepentí cien veces por haber permitido que las enviaran de aquel modo tan estúpido, pero al cabo de unas cuatro o cinco horas recibí un mensaje personal del almirante Canaris aconsejándome que continuara con los preparativos y conservara la calma.
Resultaba muy sencillo pedir calma desde un despacho de Berlín, pero las cosas se veían de otro modo desde un perdido peñasco del Caribe, sobre todo cuando se han dedicado meses de esfuerzo a una dura e ingrata tarea que carecía por completo de sentido si unas piezas tan imprescindibles para cualquier avión llegaban con retraso.
Cierto que el canal continuaría en el mismo sitio, y cierto que tanto daba destruirlo en aquel momento que dentro de tres meses, pero ya me había hecho a la idea de que nuestro ataque

Librodot

coincidiera con el ataque japonés y además estaba convencido de que cada día que permaneciéramos en Cazavientos era un día más en que nos arriesgábamos a ser descubiertos, lo que significaba aumentar nuestras posibilidades de acabar ante un pelotón de ejecución.

Si los americanos entraban en guerra estaban en su derecho de fusilar sin juicio previo a cualquier sospechoso de sabotaje.
Y yo estaba convencido de que era cuestión de semanas que los Estados Unidos entrara en guerra.
Me hubiera gustado responderle al almirante que no nos sentíamos con los ánimos suficientes como para conservar la calma, pero teníamos órdenes muy estrictas de no utilizar la radio más que en caso de absoluta necesidad puesto que de lo contrario nos arriesgábamos a que los servicios de escucha enemigos detectaran nuestra posición.
¿Qué podíamos hacer más que esperar?
La espera ha sido siempre uno de los peores castigos que puede sufrir el ser humano.
Siempre me he considerado un hombre sensato y paciente, y la mejor prueba estriba en que había sabido aguardar durante años a que se me brindara una oportunidad de poner en práctica mis ideas, pero aquel treinta de noviembre, cuando consideraba que ya todo estaba a punto para tan crucial operativo, el mero hecho de saber que tenía que permanecer un tiempo indeterminado mano sobre mano limitándome a rascarme la barriga mientras contemplaba la inmensidad del mar, me sacaba de quicio.
Ni tan siquiera las atenciones de Alicia Tragamillas conseguían evitar que una profunda depresión se fuera adueñando poco a poco de mi ánimo.
A mi gente le ocurría otro tanto.
Deambulaban por el islote como almas en pena, dedicados la mayoría de ellos a pescar o tomar el sol y preguntarse los unos a los otros qué sentido tenía continuar vagabundeando por la «Almorrana del Mundo» cuando ya su trabajo estaba prácticamente terminado y lo único que quedaba por hacer en el mejor de los casos era atornillar unas hélices, acoplar las últimas bombas, y confiar en que los supercargados aparatos fueran capaces de alzar vuelo.
Creo que nunca he sido testigo de tanta desolación ni tan doloroso desconcierto.
Y no podía evitar tener la impresión de que me culpaban por el hecho de que las malditas hélices no hubieran llegado.
Estaban en su derecho, visto que al fin y al cabo yo había comandado desde el primer momento la operación, y deben ser los jefes los que prevengan todas las contingencias imaginables aunque en ocasiones tan especiales como aquélla no les fuera dado evitarlas.
Nada hay que odie tanto como la ineptitud y por lo tanto a nadie le debe extrañar que me haya pasado la vida odiando, ya que, desde mi punto de vista, ineptitud y corrupción son los frutos que más abundan en el quehacer cotidiano de los seres humanos.
Por cada hombre honesto he conocido cien corruptos y por cada hombre eficaz cien ineptos.
Tuve una joven amante que aseguraba que deberíamos dar gracias a la incapacidad ajena puesto que de ese modo bastaba con muy poco esfuerzo para destacar sobre el conjunto, pero ése es un planteamiento que nunca me ha servido de consuelo.
Mi padre me había inculcado desde niño el ansia de hacer las cosas bien, y no existe nada que me produzca un malestar más profundo que la chapucería de quienes actúan la mayor parte de las veces bajo la ley del mínimo esfuerzo.
En eso, y aunque haga ya más de cuarenta años que obtuve la nacionalidad americana, continúo siendo alemán hasta la médula.
¿Me despojarán de esa nacionalidad cuando quienes me la concedieron descubran que durante la guerra fui su más encarnizado enemigo?
Es posible, pero no creo que a estas alturas y vista la situación mi patria adoptiva me importe demasiado. Hubo un tiempo en el que amé profundamente al país que me acogió y me proporcionó oportunidades de las que no hubiera dispuesto ni tan siquiera en mi propia patria, pero las cosas han cambiado y ahora soy lo suficientemente viejo como para comprender que

Librodot

está siguiendo el mismo odioso camino que seguía Alemania en los años treinta, pese a que por aquel entonces se me antojara un camino repleto de promesas.

Desde que el presidente Bush usurpó el poder, Norteamérica se está convirtiendo en una democracia fascista, y tan sólo quienes, como yo, alentaron y aplaudieron en su juventud semejante tipo de regímenes hipócritas y extremistas, estamos en condiciones de reconocer al monstruo en cuanto la semilla prende en el vientre de su madre.
El día que se toman represalias por decir lo que se piensa y se deja de decirlo, se inicia un imparable descenso hacia los abismos del terror.
Y en los años venideros, y a no ser que los hombres honrados de esta gran nación reaccionen a tiempo, los «camisas pardas» de Texas que se creen, como los camisas pardas de Nuremberg, tocados por el dedo de Dios, intentarán esclavizar al mundo tal como lo intentamos nosotros en un día ya por fortuna demasiado lejano.
Pero tengo la impresión que me estoy apartando en exceso de la historia que intentaba contar.
¿Por dónde iba?
Tal como aseguran que suele ocurrir a los viejos, olvido los acontecimientos más cercanos, mientras que los de sesenta años atrás se mantienen tan frescos en mi memoria como si hubieran tenido lugar hace tan sólo un par de semanas.
Repito una vez más que fueron aquellos días terribles en los que no me avergüenza admitir que lloré a solas mascando mi impotencia ante una adversidad que se me antojaba de todo punto injusta.
Siempre he creído que todo esfuerzo debe acabar por obtener su recompensa y que la fe lleva al triunfo, pero aquel fracaso resultaba tanto más estrepitoso cuando más ridículo se me antojaba.
¡Cómo se desternillarían de risa quienes algún día, quizá muchos años más tarde, desembarcasen por casualidad en aquel perdido islote y se encontraran con más de cuatrocientos metros de raíles de tren y cinco esqueletos de aviones de bombardeo!
¡Gilipollas!
Ésa sería la primera palabra que les acudiría a la mente.
¡Gilipollas!
Y yo habría sido, en este caso, el jefe supremo de una pandilla de auténticos gilipollas.
Se me llevaban los demonios tan sólo de pensarlo. Por fin, tras mucho reniego y mucho crujir de dientes, la tercera noche hizo su aparición, tan silenciosa como un fantasma surgido de las profundidades, la vieja goleta que nos abastecía de víveres y material, y que fondeó a la luz de una luna, creo recordar que menguante, en la pequeña ensenada de sotavento.
Casi de inmediato saltó a tierra su capitán, que tras abrazarme con afecto exclamó sonriente:
-¡Las traigo!
-¿Qué trae?
-¡Sus hélices!
-¿Cómo ha dicho? -inquirí incrédulo.
-He dicho que traigo sus hélices -repitió tan feliz como un Papá Noel que acabara de descender por la chimenea-. Las doce que solicitó por si se daba el caso de que alguna fallara.
-¿Y eso? -no pude por menos que asombrarme-. Creí que se encontraban en el fondo de mar.
-Y allí estaban, en efecto -admitió-. Pero no a más de cien metros de profundidad y en el interior de las bodegas del Sorrento como era de esperar, sino a menos de siete, en el punto exacto de la tranquila bahía en que su capitán me comunicó que las había depositado antes de hundir el barco.
-¿Y por qué hizo algo así? -quise saber en buena lógica.
-Porque a los tres días de zarpar de Lisboa el capitán advirtió que el casi invisible precinto trampa que él mismo había colocado en la caja estaba roto, señal inequívoca de que alguien había descubierto la naturaleza de la carga.
-Entiendo -admití-. Nuestros agentes acostumbran colocar ese tipo de precintos en las

mercancías delicadas.
-Pues al advertirlo y comprender el peligro que se corría el capitán pidió instrucciones a Berlín y el mismísimo almirante Canaris le ordenó que ejecutara a los tripulantes sospechosos, depositara la caja en la bahía de Moss Town, en Cat Island, y hundiera el Sorrento en aguas profundas. De ese modo el enemigo podrá dormir tranquilo, convencido de que las hélices nunca llegaron a su destino. Es de suponer que a partir de ahora los ingleses dedicarán todo su tiempo y su esfuerzo a intentar averiguar por qué ruta enviamos una nueva remesa.
-¡Jodido almirante! -no pude por menos que exclamar-. Qué listo es, pero qué mal rato me ha hecho pasar.
-El «jodido almirante» es en realidad un viejo zorro que sabe muy bien que si ha sido capaz de engañar a su propia gente, con más razón habrá engañado al enemigo -me hizo notar el hombre al que a partir de aquel momento adoraba puesto que me había devuelto mi perdido tesoro-. Convencidos de que sin hélices no pueden volar, los ingleses y americanos creerán que disponen de cierto tiempo para buscar esos aviones.
-Y para entonces esperemos que sea ya demasiado tarde.
-Confiemos en ello, porque las órdenes que le traigo especifican que debe estar dispuesto para lanzar el ataque en cualquier momento a partir de pasado mañana.
-¡Pero si aún no me han llegado los pilotos...! -protesté.
-Los traigo conmigo.
-¡No es posible!
-¡Lo es, amigo mío! Lo es. Están todos a bordo.
-¿Y a qué esperan para desembarcar?
-A que usted, como comandante en jefe, lo ordene.
-¡Por Dios! -no pude por menos que exclamar-. Lo que más deseo en este mundo es estrecharles la mano.
-Pues le aconsejo que los trate con extrema prudencia pues me consta que no tienen ni la más mínima idea de para qué han venido -sonrió con intención al añadir-: A decir verdad, tampoco yo la tengo.
-Lo sé -tuve que reconocer a mi pesar-. Y lamento comunicarle que tendrá que continuar en la ignorancia. Nadie que abandone la isla está autorizado a conocer cuál es nuestro objetivo. Lo entiende, ¿verdad?
-No -replicó seriamente-. No lo entiendo, porque creo que me he ganado el derecho a conocer ese secreto, pero soy un oficial de la marina en tiempo de guerra y acato cualquier orden sin cuestionarla.
-Una actitud que le honra.
-A ningún oficial le honra cumplir con su deber -replicó seguro de lo que decía-. No cumplirlo le deshonra, pero hacer lo que se le ordena es, ni más ni menos, cuanto se espera de él.
Esa noche cenamos opíparamente y brindamos con el mejor ron jamaicano por nuestra ya segura victoria, aunque ni los pilotos ni los miembros de la tripulación de la goleta tenían la más remota idea de a qué victoria nos referíamos.
Los hombres y mujeres de mi equipo se sentían muy orgullosos por el hecho de ser los únicos que conocían cuál era nuestro objetivo final, y yo estaba convencido de que a ninguno de ellos se le pasaría por la cabeza la idea de revelarlo.
Faltaba una hora para el amanecer cuándo la cochambrosa goleta, de la que a nadie en su sano juicio se le ocurriría sospechar que se trataba de un buque de guerra enemigo, levaba anclas, y en el momento de hacerlo le ordené al capitán que no volviera a recogernos hasta el día en que se enteraran por los medios de comunicación de la gran noticia.
No hacía falta que supiera de antemano cuál era esa gran noticia.
Sería lo suficientemente grande.
Recuerdo que la alegre trasnochada y el abuso del ron nos obligó a dormir hasta bien entrada la mañana, por lo que era casi mediodía cuando conduje a los aviadores hasta los aparatos que

Librodot

aguardaban bajo los árboles, en los que los mecánicos ya habían comenzado a montar las hélices.
He de reconocer que pocas veces en mi vida me he enfrentado a unos rostros que mostraran tan a las claras la profundidad de su desconcierto.
-¿Tenemos que volar en «eso»? -inquirió un asombrado comandante que me había sido recomendado por su increíble hoja de servicios, y al que sus compañeros de aventura acataban como líder indiscutible y portavoz del grupo.
-Para eso han venido.
-Pero ¿acaso vuelan?
-Vuelan.
-¿Cómo lo sabe, si están encerrados aquí, entre los árboles?
-Porque probamos dos en Alemania y se mantuvieron en el aire durante más de sesenta horas.
-Pero supongo que allí existiría al menos una pista de despegue -señaló abrumado por lo que estaba viendo.
-Naturalmente que la había.
-¿Y cómo espera que despeguemos aquí?
Hice un gesto hacia los raíles que empezaban justo bajo sus pies y le indiqué que advirtieran que se perdían de vista hacia el extremo opuesto de la isla.
-Como pueden comprobar, cada aparato va acoplado a un carro cuyas ruedas se deslizan sobre esos raíles que ahora permanecen ocultos pero que en el último momento se despejarán. Al final de las vías, cuando hayan ganado suficiente potencia y velocidad, esta palanca le permitirá desprenderse del carro que seguirá su camino hasta precipitarse en el mar al tiempo que ustedes alzan el vuelo.
-¡Que el Señor nos asista! -exclamó el comandante que al igual que sus compañeros se mostraba cada vez más perplejo-. ¿Pretende decirme que dejaremos en tierra las ruedas?
-Para volar no las necesitan.
-¿Y para aterrizar? -intervino otro de los pilotos que aparecía tan preocupado como su líder-. ¿O es que espera que nos quedemos allá arriba para siempre?
-Ustedes no se quedarán, pero los aparatos nunca aterrizarán.
-¿Y eso?
-En cuanto hayan terminado su misión se lanzarán en paracaídas sobre un punto predeterminado en el que les estarán esperando nuestros agentes, permitiendo que los aviones continúen volando solos hasta que se les agote el combustible y se estrellen.
-¿Pretende hacernos creer que se han tomado tanto trabajo a la hora de fabricar semejantes trastos antediluvianos en este apartado rincón del mundo, a sabiendas de que únicamente volarán una vez?
-Con una vez basta, porque si no consiguen destruir el objetivo a la primera nunca se les presentará una segunda oportunidad.
-¿Tan importante es ese objetivo?
-¡Tanto!
-¿Y cuándo podremos saber de qué se trata? -inquirió un tercer piloto en un tono un tanto irónico-. Por lo que hemos visto ése parece ser el secreto mejor guardado del mundo.
Admito que me encantaba mantenerles en ascuas, pero al observar sus rostros comprendí que se iban a jugar la vida con pocas esperanzas de salir con bien de la aventura y por lo tanto no tenía derecho a continuar manteniéndoles en la ansiedad y la ignorancia.
-Ya pueden saberlo -dije al fin-. Se trata del objetivo más ambicioso en el que jamás se haya pensado: el canal de Panamá.
Si, como era de imaginar, esperaba una nueva muestra de asombro o desconcierto, debo admitir que me sentí en cierto modo decepcionado visto que el regordete comandante, que tenía más aspecto de recaudador de hacienda que de estrella de la Luftwaffe, se limitó a estudiar de cerca los aparatos, acarició luego una de las bombas que se encontraban a su lado, y acabó por asentir una y otra vez con leves gestos de cabeza al tiempo que señalaba con

absoluta y en cierto modo desconcertante naturalidad:
-Si realmente estos cacharros son capaces de elevarse con tanto peso, y disponemos del combustible necesario como para llegar a Panamá, con este tipo de bombas haremos saltar por los aires ese dichoso canal en menos de diez minutos.
-¿Está seguro? -quise saber puesto que incluso yo abrigaba ciertas dudas al respecto y nunca las había tenido todas conmigo.
-¡Naturalmente! -me replicó un hombre cuyo nombre nunca llegué a saber porque el almirante había exigido que no se conociera la verdadera identidad de ninguno de los pilotos que participarían en el ataque por si se daba el caso de que fueran capturados o no volvieran nunca-. Quien eligió este tipo de armamento sabía muy bien lo que hacía, ya que a mi modo de ver es el más indicado para destruir búnkers y fortalezas. Ignoro qué grosor y disposición tendrán las compuertas de ese canal, pero con semejante material debe sobrarnos potencia.
A continuación los conduje a una de las cuevas en la que, con ayuda de las fotografías que yo mismo había realizado y los planos que nuestros agentes habían conseguido, un especialista que me había traído expresamente de Berlín había construido una enorme maqueta del canal tan ajustada a la realidad que se podían estudiar al detalle cada uno de los elementos que lo componían.
Permití que los aviadores la analizaran largo rato y cuando comprendí que ya se habían familiarizado con ella, me armé de un largo puntero con el que ir mostrando cada lugar al que me refería en un momento dado y señalé:
-Los dos primeros aparatos atacarán aquí, en la esclusa más alta de Miraflores, la que comunica con el lago Gatún, para lo cual emplearán tanto bombas como torpedos que destruyan las compuertas en su base. Ése es el punto clave, porque si esa esclusa no cede, todo el resto del trabajó resultará prácticamente inútil.
-¿Cuánta agua contiene el lago? -quiso saber el comandante.
-Eso nadie lo sabe con exactitud -repliqué-. Depende de las últimas lluvias, que por allí suelen ser torrenciales, pero depende también del número y el tamaño de los barcos que hayan cruzado esos días, pues cada uno de ellos consume una gran cantidad de agua en relación con su desplazamiento. Lo que sí les garantizo es que se trata de una cantidad impresionante.
-Por la extensión del lago lo parece.
-Ésa es por tanto la clave del éxito o el fracaso: conseguir que el lago Gatún se vuelque sobre el canal y la ciudad de Colón, que es esta que aparece aquí abajo, en la parte que da al Caribe. Por lo tanto, el aparato número tres se mantendrá a la espera; su piloto será quien tenga que tomar la decisión, corriendo el riesgo de que a los cazas les dé tiempo a despegar y contraatacar, de si resulta más conveniente insistir reforzando el ataque a la esclusa más alta, o se limita a ayudar al número cuatro que se habrá concentrado en destruir la esclusa intermedia.
-En ese caso seré yo quien pilote el número tres -indicó en un tono que no daba lugar a discusión el comandante-. ¿Supongo que por su parte el número cinco será el encargado de destruir la esclusa más baja?
-No -repliqué y eso pareció desconcertarle-. Si las dos primeras esclusas han sido destruidas, la fuerza del agua al precipitarse cuesta abajo arrasará la tercera y todo cuanto encuentre a su paso. Pero si las de arriba no caen, el daño que le causemos a la tercera no merece el menor esfuerzo.
-¿Y cuál es en ese caso la misión del quinto aparato?
-No lo sé -repliqué.
-¿Cómo que no lo sabe? -se sorprendieron-. ¿Acaso no es usted el comandante en jefe de la misión?
-En efecto, lo soy -admití-. Pero tan sólo el almirante Canaris, y quiero suponer que el propio Führer, tienen conocimiento de cuál es el objetivo para el que está destinado ese quinto aparato.

Librodot

Tuve que convencer a mi madre de que Ray Spencer era mi amante, pero antes tuve que convencer, con mucho más esfuerzo, a Ray Spencer para que aceptara participar en tan piadosa mentira haciéndole comprender que no estaba dispuesta a dejar de ver a Laura y necesitaba una buena disculpa que me permitiera estar fuera de casa un, par de horas al día.

-Mi madre sufrió mucho por culpa de mi relación con Sebastián -le hice notar-. Y no puedo hacerle sufrir aún más confesándole que ahora me he «cambiado de bando». La conozco bien y me consta que puede admitir que me haya enamorado de nuevo; pero nunca entendería que me haya enamorado de una mujer.

-Pues si llega a conocer a Laura y me conoce a mí, probablemente lo entendería sin gran esfuerzo -señaló el pelirrojo patilludo con una divertida sonrisa-. ¡No hay color!

-Desde luego -admití-. Pero mi madre es una de esas mujeres chapadas a la antigua para las que la homosexualidad constituye un pecado mortal que conduce directamente a las puertas del infierno. ¡No! -añadí convencida porque sabía muy bien de lo que hablaba-. Si llega a sospechar que me acuesto con Laura le dará un soponcio y creo que ya le he causado demasiados problemas.

-¡Pero es que nadie se va a creer que te has liado con un lisiado de mi edad! protestó-. ¿Tú me has mirado bien?

-¡Hombre! -exclamé divertida-. No se puede decir que seas lo que una chica espera que le traiga Papá Noel, pero ya se sabe que el amor es ciego y siempre puedo alegar que me atrajo tu increíble personalidad y tu extraordinaria inteligencia.

-¡Menos coña! protestó-. Como sigas por ese camino te veo buscándote un supuesto amante en el mercado negro. ¿Qué tal si te las arreglaras con Donoso Sacristán?

-Si le presento a ese mendrugo que nunca he conseguido averiguar si se trata de carne o de pescado, estoy segura de que mi madre me aconsejará que me líe con la portera.

-¡De acuerdo! Acepto el papelón porque me consta que es la única forma que tengo de que veas a Laura. Ahora que el Sorrento descansa en el fondo del mar necesito que me proporcione alguna pista de cómo piensan enviar la nueva remesa de hélices.

-Sigo creyendo que lo mejor que podemos hacer es contarle la verdad -insistí-. En ese caso le

puedo exigir que me cuente lo que sepa a cambio de mi sinceridad. Le haré comprender que ésa es la única forma que tenemos de acabar con todo este asunto y marcharnos juntas, porque de lo contrario, si insiste en mentirme, la dejaré para siempre.
-Nunca lo harías y ella lo sabe.
-¿Por qué estás tan seguro?
-Porque soy un hombre que ha vivido mucho y a todo lo largo de esa vida jamás ha tenido noticias de una pasión tan desaforada como la vuestra. No sé lo que da esa chica, pero me juego la cabeza a que preferirías morir mil veces a perderlo.
Tenía razón, ¿a qué negarlo? Mil vidas que tuviera, mil vidas que entregaría a cambio de una sola hora entre los brazos de Laura, y aún hoy en que tantos, ¡tantos años!, han pasado, los ofrecería todos a cambio de aspirar una vez más su perfume.
Qué extraño suena que una anciana, a la que cuesta un gran esfuerzo incluso abandonar la butaca en que se sienta, pueda hablar así de la pasión que le abrasó hace ya más de medio siglo, pero ésa es mi realidad, la única que tengo y he tenido a todo lo largo de mi vida, e intentar negarlo sería como negar cómo me llamo o que nací en esta isla y en esta misma casa.
Aún me despierto algunas noches sintiendo la cabeza de Laura entre mis muslos, e instintivamente busco su negra melena con la esperanza de enredar una vez más mis dedos entre aquellos cabellos tan largos y sedosos, y cuando no encuentro ya más que mi piel marchita y arrugada, rompo a llorar con tanto desconsuelo que la almohada se empapa al igual que se empapaban en aquel tiempo mis sábanas.
¡Que Dios me perdone!
Mil veces me he propuesto confesar mis pecados, pero nunca lo he hecho segura como estoy de que continúo pecando día tras día, minuto tras minuto, porque de mi mente no se apartan jamás tan hermosos recuerdos.
Nunca he querido saber, ni me he atrevido a preguntarlo, si allá en el paraíso estarán también prohibidos los amores prohibidos, pero quiero suponer que para aquellos que como yo los han conocido tan a fondo no cabe la posibilidad de un edén en el que no crezca el árbol de cuyas ramas cuelgan los más sabrosos de los frutos.

Era una apacible tarde de domingo, lo recuerdo como si acabara de ocurrir hace media hora, y era la primera vez que hacíamos el amor sobre la inmensa cama rodeada de blancos visillos de su dormitorio, en un precioso caserón de estilo colonial que se alzaba a orillas de la laguna del Condado, y cuando al fin alzó el rostro y sus inmensos ojos me dedicaron una de aquellas cálidas miradas que parecían envolverme como en un manto de seda, deseé con toda mi alma que nos convirtiéramos en estatuas de sal para que aquel momento irrepetible se mantuviera así por el resto de la eternidad. Tenía un presentimiento.
Nunca he vuelto a tener ningún otro y lo atribuyo a que ya nunca he tenido nada malo que presentir. Todo lo malo que me pudiera ocurrir lo llevaba conmigo.
Incluso si algún día me es dado presentir mi propia muerte respiraré aliviada.
Al fin podré olvidar lo que ocurrió aquel día. Laura había apoyado la cabeza en mi vientre y yo le acariciaba dulcemente la mejilla, aguardando a que mi pecho cesara de agitarse y el espasmo de placer que me corría de punta a punta se calmara porque el último orgasmo había sido tan intenso que aún me encontraba como flotando en una nube.
Fue ése el momento exacto en que dos hombres irrumpieron bruscamente en el dormitorio.
Hice además de erguirme, alarmada, pero Laura me indicó con un gesto de la mano que permaneciera donde estaba, y tras alzarse apenas sobre un codo observó a los intrusos como si los hubiera estado esperando. Ambos vestían pantalones azules y guayaberas blancas, y no había en ellos nada que los diferenciara de cualquier otro individuo de mediana edad, salvo el hecho, quizá, de que su expresión era más adusta que la de la mayoría de la gente y parecían tomarse la vida demasiado en serio.
Uno hablaba; el otro ni tan siquiera abrió la boca en todo el tiempo y tuve la extraña sensación de que no entendía gran cosa de lo que allí se estaba discutiendo.

Librodot

Se mantenía en pie junto a la puerta, como si intentara cortar el paso a una improbable huida, mientras su compañero, que había ido a tomar asiento en la butaca sobre la que permanecía desparramada mi ropa interior, dejó pasar unos minutos antes de murmurar algo que sonaba a insulto pero que no alcancé a entender, a lo que Laura respondió con desconcertante tranquilidad:

-Me importa una mierda lo que opine, y no pienso hablar en alemán. Lo que tenga que decir, dígalo en castellano o en inglés para que ella pueda entenderlo.

El intruso precio desconcertarse ante la agresividad de la respuesta, pero casi de inmediato recuperó su aplomo para replicar en un español perfecto aunque con claro acento argentino o uruguayo, al tiempo que me señalaba con un gesto de la barbilla:

-Trabaja para el servicio secreto inglés.

-¿Y para decirme semejante tontería se atreve a irrumpir de este modo en mi alcoba? -inquirió una escandalizada Laura-. ¿Acaso no le han comunicado que estoy a las órdenes directas del almirante Canaris y tan sólo a él tengo que dar explicaciones de mis actos?

-Que yo sepa, se encuentra a las órdenes del capitán como si tuviera lombrices, y al fin musitó en el mismo tono que podría haberlo hecho un perro apaleado: -No era nuestra intención echar nada a perder. Tan sólo pretendíamos advertirle del grave peligro que estaba corriendo.

-¿Qué clase de peligro? ¡Mírela bien! ¿Acaso se le antoja que puede hacerme algún daño? Y en todo caso, ¿por qué no se limitaron a comunicarme, a mí y a solas, lo que habían descubierto si es que me consideran tan estúpida como para imaginar que no estaba enterada?

-Supusimos que tal vez no nos creería, y queríamos que ella estuviera presente para poder obligarla a confesar la verdad.

-«¡Supusimos!» Eso es lo único que ustedes saben hacer: suponer -sentenció Laura en un tono eminentemente despectivo-. ¡Y obligar! Eso también saben hacerlo a base de presionar y torturar a la gente. Pero lo que no saben es pensar, y por lo tanto ni siquiera se les pasa por la cabeza la idea de que acaban de desmontar la operación más importante que se iba a llevar a cabo desde que comenzó la guerra.

-¿Y es?

-La total y definitiva destrucción de una pieza clave en la estrategia del enemigo: el canal de Panamá. Aquella sorprendente confesión fue sin duda el brutal mazazo que acabó con la ya escasa estabilidad emocional de los dos hombres, dado que incluso a mí me dejó sinceramente anonadada pese a haber sido la primera persona a quien se le había pasado por la cabeza semejante posibilidad.

-¿El canal de Panamá? -repitió al fin el pobre infeliz que ya se veía frente al pelotón-. ¡No es posible!

-¡Naturalmente que lo es, cretino! -replicó una indignada Laura que se había adueñado por completo de la situación-. Quizá el destino de una guerra en la que están en juego las vidas de millones de compatriotas se estuviera dilucidando aquí, en Puerto Rico, hasta que un par de descerebrados vinieron a cagarla. ¿Qué diablos se le ocurre ahora que hagamos para arreglar semejante desaguisado?

El aterrorizado hombre de la guayabera blanca dudó y por último me señaló con un casi imperceptible ademán de la cabeza.

-Si ella desaparece nada de lo que aquí se ha dicho saldrá de esta habitación. Eso puedo jurárselo.

-Pero si ella desaparece también tendré que desaparecer yo, puesto que de lo contrario los ingleses no tardarían ni un par de horas en capturarme para obligarme a contarles qué es lo que le ha ocurrido a su agente. -Laura negó una y otra vez con la cabeza al tiempo que aplastaba su cigarrillo en el cenicero que yo le alargaba-. Y le garantizo que no estoy dispuesta a que me torturen por el hecho de que hayan demostrado ser un par de borricos. Antes de que me toquen un pelo contaré todo lo que sé, y, ustedes dos se pasarán años en una cárcel americana. Aunque pensándolo bien, eso siempre sería preferible a un pelotón de ejecución.

-Me lo está poniendo muy difícil fue la respuesta que sonaba a clara amenaza-. Demasiado difícil, si quiere que le sea sincero.
-Y más difícil se lo voy a poner -le hizo notar mi intima amiga, que estaba dando muestras de un dominio de sí misma y de la compleja situación que me obligaba a admirarla aún más de lo que solía hacerlo-. Si lo que se le está pasando por la mente es hacerme «desaparecer» a mí también, le advierto que en ese caso usted será el único responsable del mayor desastre de esta guerra, que incluso podría darse ya por perdida.
-¿A qué se refiere?
-A que como habrá podido comprobar, puesto que hace dos semanas que me consta que me vigilan, cada tarde, a las siete en punto, esté dondequiera que esté, salgo a la calle con el fin de hacer una llamada desde una cabina telefónica, un hotel o un bar diferente por si tienen intervenido mi teléfono. -Le observó con atención al tiempo que inquiría-: ¿Es cierto o no es cierto?
-Lo es.
-¿Y tiene alguna idea de a quién llamo?
-¡En absoluto!
-¡Naturalmente! Nadie lo sabe. Llamo una persona a la que nunca relacionarían conmigo, y me limito a comunicarle con una contraseña que tan sólo ella y yo conocemos, que me encuentro a salvo.
Ahora Laura se puso en pie, giró en torno a la cama y vino a sentarse a mi lado para comenzar a acariciarme dulcemente los senos al tiempo que inquiría-: ¿Sabe lo que ocurriría el día que yo no hiciera esa llamada? Ante la muda negativa de su interlocutor, añadió-: Que a las siete y media en punto esa persona se pondría en contacto con el coronel Spencer o con cualquier otro miembro de su equipo con el fin de comunicarle dónde he escondido la llave y cuál es la clave de apertura, de una enorme caja de caudales que se encuentra en las oficinas de Buenaventura y Cía., aquí en San Juan. -Guiñó un ojo con picardía al añadir-: ¿Y sabe qué es lo que los felices servicios secretos ingleses descubrirían como regalo de navidad en el interior de esa caja de caudales?
-No tengo ni la menor idea.
-Una descodificadora Enigma.
-¡Santo Dios! -exclamó el aterrorizado alemán dando un salto en la butaca y comenzando a pasear de un lado a otro de la estancia como si acabaran de abrasarle las plantas de los pies-. ¡No puede estar amenazándome con entregar una de nuestras descodificadoras al enemigo!
-Mi peor enemigo es aquel que trata de hacerme daño fue la tranquila respuesta-. Es decir, en este caso, usted. Y si los ingleses se apoderan de una de esas máquinas con todas sus instrucciones de uso y sus claves puestas al día, no existirá un solo barco, submarino o cuerpo de ejército alemán que se encuentre a salvo al menos durante los próximos tres años. Y creo suponer que eso es algo que usted sabe. ¿O no?
-Sí. Naturalmente que lo sé. Pero me cuesta trabajo aceptar que nadie haya aceptado correr el riesgo que significa traer una de esas máquinas a territorio enemigo.
-La especial importancia de una operación que causará un daño irreparable a la economía y la estrategia militar de Estados Unidos así lo exigía, y su seguridad se encuentra absolutamente garantizada a no ser que yo, como única responsable, dado que el capitán Reissmüller no piensa volver a poner los pies en Puerto Rico, decida otra cosa.
-Aun así lo considero una locura.
-En ese caso estará llamando loco al propio Führer. Pero por si le queda algún tipo de dudas, le aclararé que el número de serie de la Enigma que obra en mi poder es el R-324. Si busca en el cajón superior de esa cómoda encontrará una fotografía del despacho del capitán Reissmüller en la que se distingue perfectamente la máquina y su número de serie.
-Es usted una bruja hija de puta.
-Y usted un cretino hijo de puta que suponía que podía irrumpir en mi casa amenazando con torturar y asesinar a una indefensa muchacha que lo único que ha hecho es proporcionarme

Librodot

información sin saber que lo hacía. Este asunto le queda demasiado grande, amigo mío, puesto que torturando y asesinando no se ganan guerras; lo único que se ganan son enemigos. -Laura se puso en pie y ahora sí que se apoderó de una bata con que cubrirse al tiempo que se aproximaba al ventanal y señalaba hacia el jardín-. Aún faltan un par de horas para que haga mi llamada, por lo que opino que lo mejor que podrían hacer es esperar fuera confiando en que sepa encontrar alguna solución, lo menos traumática posible, al tremendo desbarajuste que han provocado. -Se volvió a mí para inquirir en el cariñoso tono que únicamente solía emplear en los momentos más íntimos-: ¿Y tú qué opinas de todo esto, querida?

Creo que tardé bastante en responder, y cuando lo hice me sorprendió a mí misma lo que dije:

-Estoy de acuerdo en que eres una especie de bruja hija de puta. Pero soy quien menos derecho tiene a quejarse puesto que también yo te estaba mintiendo y trataba de conseguir que me proporcionaras información. -Me encogí de hombros y me mostré lo más sincera posible al añadir-: Aunque bien mirado, todo este asunto me importa un carajo. Ya lo único que quiero es que nos vayamos a Colombia y que le den por culo a esta maldita guerra.

-No esperaba menos de ti, querida -replicó Laura con una arrebatadora sonrisa-. La guerra siempre ha sido cosa de hombres, y resulta evidente que eso es algo que a nosotras no nos va. -Hizo un imperativo gesto hacia el jardín insistiendo-: Les aconsejo que esperen fuera hasta que nosotras dos podamos llegar a un acuerdo.

El tipo cuya guayabera aparecía ahora empapada puesto que había comenzado a sudar a chorros pese a que no hacía excesivo calor, cruzó por primera vez una mirada con su compañero, como si le estuviera pidiendo consejo, pero resultaba evidente que éste permanecía tan impasible como el par de jarrones chinos que se encontraban a cada lado de la puerta.

Al fin pareció comprender que en efecto aquélla era una situación «que le quedaba grande», y tratando de conservar un resto de dignidad, masculló apenas:

-¡Le doy media hora! Ni un minuto más. Abandonaron juntos la estancia y cuando Laura comprobó que habían tomado asiento en el banco de madera que se encontraba al fondo de jardín se arrodilló junto a la cama, me tomó las manos y me las besó con infinita dulzura antes de comentar:

-¡Lo siento!

-También yo lo siento -repliqué-. Me avergüenza haberte enviado de un modo tan indigno, aunque ahora resulte que fuiste tú quien me había tendido una trampa.

-¡No! -replicó con firmeza-, eso no es cierto, amor mío. Yo nunca te tendí ninguna trampa, puesto que tardé más de un mes en llegar a la conclusión de que trabajabas para los ingleses. Te buscaba porque me enamoré de ti desde que te vi en aquel restaurante, y te juro que cuando empecé a sospechar la verdad deseé estar muerta. Sin embargo, pronto llegué a la conclusión de que lo que sentíamos la una por la otra estaba muy por encima de las circunstancias en que nos habíamos conocido.

-A mí me ocurrió algo semejante -admití-. Ahora lo único que me importa eres tú, y haré lo que sea para demostrártelo. Tienes razón cuando dices que la guerra es cosa de hombres. Allá ellos y que se las arreglen como puedan. Ahora fui yo quien le acarició el pecho al añadir-: Lo que más me sorprende de todo esto es que haya sido capaz de intuir que se trataba de un sabotaje al canal de Panamá.

Me observó un tanto confusa y no me cupo duda de que no fingía.

-¿Estás segura de eso? -inquirió en tono de incredulidad.

-¿De qué?

-De que se trata de un intento de sabotaje al canal.

-Tú misma lo has dicho.

-Pero lo he dicho porque en cierta ocasión mencionaste que pensabas hacer un viaje a Panamá, y ello me llevó a suponer que estabas intentando sonsacarme información basándote en datos que yo desconocía.

-Pues yo no disponía de ningún dato. Todo fue pura intuición.

-¡Curioso! Me obligaste a pensar mucho sobre ello y al fin llegué a la conclusión de que, en efecto, ése podría ser el objetivo final de toda esta operación. Pero te juro que no tengo la menor noticia fidedigna al respecto.
-En ese caso ¿por qué se lo has asegurado con tanto convencimiento?
-Porque se me antojó que era lo más impresionante que podía decir sobre una operación de cuyo verdadero alcance nunca he tenido ni la más puñetera idea.
-Y si no se trataba de bombardear el canal, ¿para qué diablos necesitabais esas hélices? -inquirí cada vez más perpleja.
-¿Qué hélices?
-¿No me digas que tampoco sabes que doce hélices venían desde Lisboa en un barco que se ha hundido?
-¡Primera noticia!
-¡Pues sí que estamos buenos!
-¿Y para qué diablos se supone que sirven esas hélices?
-Se supone que sirven para que unos aviones que se supone que los alemanes han construido en algún punto del Caribe con piezas que han ido trayendo poco a poco haciéndolas pasar por maquinaria agrícola, destruyan el canal de Panamá.
-¡No jodas! -exclamó perpleja-. ¿Estás segura de eso?
-¡En absoluto!
-¿Pues si no lo estás a qué viene todo esto?
Yo debía tener la boca abierta porque lo cierto es que aquélla estaba resultando ser la conversación más absurda e incongruente de que jamás hubiera tenido noticias.
Al fin me decidí a saltar de la cama y comencé a buscar mi ropa como si imaginara que por el hecho de vestirme pudiera aclararme las ideas.
-¡Menudo par de espías! -mascullé-. Si concedieran un Premio Nobel a la Idiotez nos lo otorgaban compartido. ¿A qué coño hemos jugado todo este tiempo?
-A querernos... -replicó Laura convencida-. Y resulta evidente que lo hemos hecho muy bien.
La besé larga y apasionadamente antes de replicar:
-¡Maravillosamente!
-Maravillosamente, en efecto. Resulta triste que haya sido necesaria una guerra y una serie de tragedias y absurdos malentendidos para que llegáramos a conocernos, pero quiero suponer que estaba escrito que ése era nuestro destino puesto que estoy convencida de que nunca han existido dos seres humanos que estén tan hechos el uno para el otro como nosotras.
-En eso tienes razón -reconocí-, como en casi todo. Pero ahora lo que me gustaría es que me aclararas cómo diablos vamos a salir de ésta, porque me imagino que esa historia de que guardas una misteriosa máquina descodificadora será tan falsa como la del canal.
-¡En absoluto, querida! -me contradijo extrañamente seria-. ¡En absoluto! La Enigma existe, se encuentra donde he dicho, y tan sólo yo tengo acceso a ella. Cientos de los mejores cerebros ingleses llevan años intentando descubrir cómo descodificar los mensajes alemanes, pero el sistema es tan ingenioso que no hay forma humana de que encuentren la solución.
-¿Y en qué consiste?
-En una especie de máquina de escribir, con la diferencia de que cuando golpeas una tecla no impresiona una letra, sino que hace girar un disco dentado que se conecta con otro disco dentado y éste con un tercero, de tal modo que la letra que al final aparece en el papel no tiene nada que ver con la primera. Tan sólo quien posea una máquina igual con los mismos discos colocados de la misma manera, tiene la posibilidad de invertir el proceso descifrando de ese modo el mensaje original. Si no dispone de esos discos y sabe cómo tienen que estar colocados exactamente ese día, sus posibilidades se reducen a una entre veinte millones.
-¡Astuto! ¿Quién lo inventó?
-No tengo ni la menor idea, pero lo que sí tengo claro es que en estos momentos resulta más útil que una docena de acorazados o tres divisiones de tanques. Y esos dos que nos esperan en el jardín lo saben.

-¿Y qué piensas hacer?
-Negociar. Para un combatiente alemán, cualquiera que sea su rango, sexo, condición o cuerpo al que pertenezca, la principal prioridad se cifra en salvaguardar a toda costa las descodificadoras, puesto que todo lo demás puede reemplazarse. Por ello, a la hora de elegir entre la vida de dos aprendices de espías, bastante ineptas por cierto, y una máquina Enigma, no lo dudarán ni un solo instante.
-No se por qué tengo la impresión de que esto era algo que ya tenías en mente -señalé-. ¿Lo consideraste siempre como una especie de seguro de vida?
-¡Desde luego, querida! -reconoció-. No te quepa la menor duda. A partir del momento en que descubrí que trabajabas para los ingleses llegué a la conclusión de que esa bendita máquina era una pieza extraordinariamente valiosa que siempre me serviría de moneda de cambio, bien entregándosela a unos, bien a los otros. ¡Y así ha sido!
-Y nunca te asaltó la tentación de vendérsela a los ingleses? -quise saber-. Supongo que estarían dispuesto a pagarte una auténtica fortuna por ella.
-Eso sería una bajeza impropia de una dama, cariño. Los alemanes confían en mí, y yo no traicionaré esa confianza a menos que resulte inevitable. Tan sólo si mi vida, y sobre todo la tuya, corrieran auténtico peligro, entregaría la máquina al enemigo.
-La verdad es que no hay un solo día en que no me sorprendas -dije.
-Una vez, hace ya mucho tiempo, una persona muy inteligente de la que te hablaré cuando llegue el momento, me comentó que conseguir sorprender cada día a quien te ama, es la mejor forma que existe de que te siga amando día tras día.

Librodot

El mensaje llegó muy claro en la voz de la locutora a las doce de la noche en punto, hora de Nueva York, que era a la que teníamos la obligación de estar siempre a la escucha de radio Berlín:
«Hace frío y la puerta continúa abierta. Ha llegado el momento de cerrarla».
Ésa era la señal, y la frase significaba que a partir de aquel mismo instante disponíamos de diez horas para tener los aviones listos a la espera de que nos confirmaran el momento exacto del despegue.
Consulté el calendario; comenzaba el siete de diciembre.
Calculé la diferencia de horario y si, como era de suponer en buena lógica, los japoneses atacaban las islas Hawai al amanecer buscando la sorpresa, ello significaba que en el canal serían aproximadamente las cuatro o las cinco de la tarde.
Nuestros aparatos, sobrecargados como iban de bombas y sobre todo de gran cantidad de combustible, tardarían unas cinco horas en llegar al canal, y calculando también la diferencia con Panamá, llegué a la conclusión que la orden de despegue definitiva proveniente de Berlín debería llegar a partir de las once de la mañana.
Reuní a mi gente, brindamos por el éxito de la operación con las botellas del mejor champán francés que había guardado para la ocasión, y a continuación nos pusimos manos a la obra en lo que sería la noche más agitada que recuerdo.
Lo primero que teníamos que hacer era cortar con mucho cuidado los árboles que ocultaban a los improvisados aviones procurando que las ramas no cayeran sobre el fuselaje y apartándolos uno por uno hasta dejar el camino libre.
Ésa fue una labor ardua y fatigosa que nos llevó mucho tiempo.
A continuación se despejaron los raíles de toda la arena, la tierra y los matojos que los camuflaban, limpiándolos cuidadosamente y cerciorándonos, una vez más por medio de uno de los carros, de que no se habían desajustado y las ruedas giraban de uno a otro extremo sin el menor problema.
Cuando el sol hizo su aparición en el horizonte todos, menos los pilotos a los que había enviado a descansar en cuanto cayó la noche, nos encontrábamos realmente agotados.

Librodot

Y preocupados.
Si a partir de aquel momento y a plena luz del día a cualquier estúpido hidroavión de vigilancia americano se le ocurriera la nefasta idea de sobrevolar Cazavientos descubriría de inmediato que el pelado islote supuestamente deshabitado había sufrido una radical transformación.
Por suerte era domingo y sabíamos por meses de experiencia que en tales días los vuelos de reconocimiento apenas solían producirse.
Ese mismo hecho me hizo comprender que aquél era el día elegido por los astutos japoneses para lanzar su ataque, debido a que, al igual que en el área del Caribe, las tropas americanas instaladas en Hawai dedicarían la jornada de asueto a disfrutar del sol y de la playa.
Los bombarderos nipones caerían sobre los desprevenidos buques yanquis sin darles tiempo a reaccionar y sin permitir que los cazas encerrados en sus hangares y con los pilotos muy lejos de sus bases tuvieran oportunidad de despegar, con lo que causarían una auténtica matanza de la que Estados Unidos tardaría en recuperarse.
Y mucho más tardaría si nosotros conseguíamos cerrar la puerta entre los dos océanos en ese mismo momento.
Cómo se entendía una acción semejante sin mediar previamente una declaración de guerra oficial es algo que no se me ocurrió plantearme por aquel entonces.
Visto ahora, con la serenidad del tiempo y de las ideologías ya muertas y enterradas, me veo en la obligación de admitir que se trataba sin duda de abominables actos de traición, tanto por parte del Japón como de Alemania, pero en el año cuarenta y uno pensaba de modo muy diferente, convencido como estaba de que la razón nos asistía puesto que los americanos eran ya, de un modo u otro, nuestros principales enemigos aunque aún no mediara declaración oficial de ninguna clase.
Ayudaban abiertamente a los ingleses, no con hombres, pero sí con víveres y armamento, y conviene recordar el viejo dicho de que «el amigo de tu enemigo es tu enemigo».
Probablemente nuestro gobierno no se hubiera decidido a enfrentarse abiertamente a Estados Unidos hasta no tener perfectamente consolidado su total domino sobre Europa, pero si los japoneses habían optado por abrir las hostilidades, a Alemania no le quedaba otro remedio que respaldar en la medida de sus fuerzas a un miembro del Eje.
Resultaba evidente que no podíamos lanzar nuestras bombas sobre el canal ni un minuto antes de que la flota japonesa lanzara sus aviones sobre Pearl Harbor, pero de igual modo resultaba evidente que no podíamos esperar a que las noticias llegaran al continente y la numerosa guarnición de Panamá, que se encontraría también en buena lógica disfrutando del día de descanso, se pusiera en alerta con lo que sus cazas interceptarían de inmediato a nuestros pesados e indefensos Junkers.
Los cinco monstruos que aguardaban en el extremo de la pista el momento de elevarse al cielo eran en realidad ataúdes volantes, tan repletos de combustible transportado en livianos depósitos de delgada hojalata, que para abatirlos bastaría, no ya una bala de ametralladora, sino casi una simple piedra bien lanzada.
Dos motores, hierros, lona, bombas y cientos de litros de gasolina, eso era todo, amén naturalmente de cinco hombres de un valor rayano en la locura que no dudaban a la hora de ofrecer su vida en aras de una victoria que a mi modo de ver pasaría a los anales del heroísmo humano.
Para acceder a una minúscula cabina de mandos en la que se verían constreñidos a permanecer encajonados y prácticamente inmóviles durante casi cinco horas, se veían obligados a deslizarse desde la parte baja del aparato, cruzando entre las ruedas de los carros metálicos, y una vez dentro aguardar a que las últimas bombas se colgaran en su sitio, cerrando de ese modo por completo la salida.
Debido a ello, hasta el momento en que arrojaran esas bombas sobre su objetivo no podrían abandonar el avión, y el único modo que tenían de escapar de su encierro era lanzándose al vacío por el hueco que había quedado en el suelo y confiando en que el paracaídas se abriera

Librodot

y allá abajo una mano amiga les estuviera aguardando.
-En el momento en que hayáis dejado caer la carga, tenéis que seguir el cauce del canal y, tras cruzar sobre la ciudad de Panamá, dirigíos directamente al sur, hasta la isla de Manzanillo, exactamente a cien kilómetros de distancia -les indiqué mostrando el enorme mapa que había extendido sobre la mesa-. En su extremo más alejado, al final de esta punta tan pronunciada que podéis ver aquí, distinguiréis tres barcos de pesca, uno blanco, otro azul y otro verde, que formarán triángulo. Cuando os lancéis en paracaídas intentad caer en el interior de ese triángulo.
-¿Y si el Viento nos aleja? -quiso saber el comandante-. Cuando lleguemos allí no tendremos ni idea de su dirección e intensidad.
-Lo sé y me preocupa, así como la visibilidad, sabiendo que en esa región oscurece muy pronto y con notable rapidez, ya que se encuentra cerca del ecuador -me vi obligado a reconocer a mi pesar-. Confiemos en la suerte y en que los pesqueros os puedan recoger para llevaros hasta las costas de Colombia o Ecuador desde donde tendréis que buscar la forma de regresar a Alemania. Se os ha proporcionado documentación falsa y dinero en abundancia, pero recordad que no podéis poneros en contacto con nuestras embajadas o consulados bajo ningún concepto.
-¿Y eso por qué?
-Porque oficialmente Alemania no admitirá hasta mucho más adelante haber tomado nunca parte en esta acción. Si los aviones se hunden en el mar y no se os puede seguir el rastro, la operación será imputada, de momento, a los japoneses.
-¿Y por qué a los japoneses? -protestó uno de ellos-. ¿Qué tienen que ver los japoneses con todo esto?
-Nada en absoluto.
-¿Entonces?
Admito que dudé unos instantes, y admito de igual modo que por primera vez me extralimité en mis funciones, pero visto el día y la hora, y visto que aquellos cinco hombres estaban a punto de lanzarse a una aventura en la que tenían muchas más opciones de perecer que de salir con vida, decidí ponerles al corriente de lo que ciertamente iba a ocurrir.
-Lo japoneses no tienen nada que ver en este operativo -insistí-. Pero parte de la importancia de nuestra acción estriba no sólo en la posibilidad de destruir algo tan importante como el canal, sino en el hecho de que a esa misma hora la aviación japonesa estará atacando, y queremos suponer que aniquilando, al grueso de la flota americana fondeada en el puerto de Honolulú.
Durante un tiempo que se me antojó infinito los cinco hombres que iban a exponer de un modo tan arriesgado sus vidas permanecieron inmóviles y silenciosos, limitándose a intercambiar miradas de incredulidad y al fin fue, como casi siempre, el comandante, el que se decidió a inquirir:
-¿Pretendes hacernos creer que Japón le ha declarado la guerra a Estados Unidos?
-Aún no.
-¿Entonces?
-Es de suponer que lo hará esta misma mañana, antes de que amanezca en las islas Hawai. La diferencia horaria es de suma importancia, y por ello no podemos atacar el canal al salir el sol tal como hubiera sido mi deseo. Hubiera preferido que volarais hasta allí de noche, pero lo que en verdad importa es hacer coincidir en el tiempo las tres acciones.
-¿Y cuál es la tercera?
-La reservada al aparato número cinco, pero tal como ya os comenté el otro día, ni tan siquiera yo tengo aún conocimiento de cuál es su verdadero destino.
-¿Y cuándo se sabrá? Porque el tiempo pasa con rapidez y en cualquier momento tendremos que despegar si pretendemos alcanzar el canal antes de que oscurezca.
Consulté por enésima vez mi reloj. En efecto el tiempo volaba, puesto que eran ya casi las nueve y media de la mañana.

Librodot

Por suerte las condiciones atmosféricas parecían sernos propicias. Nubes bajas habían entrado al amanecer llegando del Atlántico, pero nuestro principal enemigo a la hora de despegar, el viento, aún no había hecho su aparición.
Yo confiaba en que allá arriba ese viento soplara hacia el oeste, empujando a los sobrecargados aviones que consumirían de ese modo menos combustible, pero de igual modo temía que hiciera su aparición a ras de tierra, ya que ello dificultaría el despegue.
Desplazar uno por uno a los aparatos hasta el final de los raíles, hacerlos girar, y permitir que iniciaran la carrera en dirección contraria, de cara al viento, nos llevaría más de una hora de duro esfuerzo lo cual traía aparejado además que los primeros aparatos tendrían que estar volando en círculo y gastando combustible hasta que todos estuvieran en el aire puesto que para que la operación tuviera el éxito deseado deberían atacar al unísono.
Empezaba a ponerme nervioso.
Miento. En realidad llevaba horas, días, quizá meses, nervioso, pero es cosa sabida que cuando algo que se espera con ansia está a punto de ocurrir, los nervios parecen a punto de traicionarnos.
Cada vez que consultaba al radiotelegrafista que permanecía pegado a sus aparatos éste negaba con un ademán de la cabeza.
¡Dios bendito! ¿Sería posible que todo fuera a fallar en el último momento? ¿Sería posible que tanto esfuerzo hubiera resultado inútil? ¿Habían cambiado de idea los japoneses, o tal vez habían encontrado un temporal tan violento durante su travesía del gigantesco océano Pacífico que se habían visto obligados a abortar el ataque? ¿O era el propio Alto Mando alemán el que se había echado atrás en el último momento?

Radio Berlín emitía música entremezclada con noticias que hacían referencia a la casi total carencia de actividad en los distintos frentes debido sin duda a la festividad del día.
O tal vez existía una gran actividad pero los responsables de la radio habían recibido la orden de que se diera la sensación de que aquélla era una jornada especialmente tranquila en la que no había ocurrido nada especial.
Siete de diciembre de mil novecientos cuarenta y uno.
En la mayor parte de una Europa en pleno invierno ya debería ser prácticamente de noche.
Los tanques se habrían detenido, los aviones permanecerían en sus hangares, los cañones habrían dejado de tronar en el frente oriental, y millones de soldados se dispondrían a retirarse a descansar dando gracias a un cielo que les había permitido contemplar un nuevo atardecer.
A la mañana siguiente la guerra continuaría su curso, pero pocos sospechaban que para entonces esa guerra habría cobrado una nueva y terrible dimensión de incalculables consecuencias.
Yo sí que lo sabía.
Y reconozco que en aquellos momentos me sentía profundamente orgulloso por el hecho de ser uno de los escasos privilegiados que lo sabía.
¡Dios misericordioso! Cómo cambiamos con el paso del tiempo los seres humanos.
Por suerte o por desgracia. Por suerte en este caso.
Soy ya demasiado viejo como para intentar justificarme, y por ello me atrevo a asegurar que nada tiene que ver el anciano que ahora escribe lo que sentía entonces, con el joven que entonces lo sentía.
La vida nos enseña a reconocer y aceptar nuestros errores.
Aquel que nunca cambia de opinión es quien más riesgo corre de haber estado siempre equivocado. Aquel que admite sus errores cometerá otros nuevos, pero al menos habrá demostrado su buena fe. Cierto es que la verdad se esconde a quien la busca, pero más cierto es que ni siquiera existe para quien no la busca.
Yo llevo más de medio siglo persiguiéndola y a menudo sospecho que ni tan siquiera la he entrevisto, pero el simple hecho de haber corrido honestamente tras ella alivia mi conciencia.
Y es que hubo un tiempo en que me pesaba tanto que incluso conseguía doblarme el espinazo.

Librodot

Ahora ya no; ahora el peso de mis culpas se ha diluido con el transcurso de los años y supongo que la intensidad de mi arrepentimiento ha contribuido en gran parte a que así sea.
Cada día doy gracias por no ser de esa clase de seres humanos monolíticos que jamás admiten haberse equivocado y a los que ciega la seguridad que tienen en sí mismos. Creo que eso es algo que heredé de mi padre, que siempre fue plenamente consciente de que había cometido una gran equivocación al enamorarse de una mujer como mi madre.
Pero durante aquella mañana de domingo aún era esclavo de mis convicciones juveniles, por lo que cuando sonaron las diez en punto no pude contener por más tiempo mi impaciencia y ordené que comenzaran a calentarse los motores.
Cuarenta minutos más tarde las ondas trajeron la tan esperada noticia:
«¡CERRAD LA PUERTA!»
Durante unos instantes permanecí como anonadado por la inmensidad de la carga que acababa de caer sobre mis hombros, pero ésa era, al fin y al cabo, la carga que siempre había estado deseando.
Me encaminé al lugar secreto, bajo una roca de la punta norte, en donde había enterrado en una caja metálica el sobre lacrado que el almirante me había confiado personalmente durante nuestra última entrevista, y al leer su contenido un sudor frío me empapó las manos. ¡Dios!
Aquello sí que no me lo esperaba. Ni nunca lo había deseado.
Infinidad de veces me había preguntado qué contendría aquel misterioso sobre marrón, pero por muchas vueltas que le diera y mucha imaginación que empeñara en ello, jamás se me había pasado por la mente una idea tan absolutamente descabellada.
Admito que tardé varios minutos en asumirla.
Al cabo de ese tiempo me dirigí al punto en que aguardaban los pilotos, y me encaré al más joven, del que tan sólo sabía que sus compañeros apodaban el Niño Mosca, > que era, quizá, con el que menos había hablado desde que llegara a la isla.
-¡Despídete de tus amigos! -dije-. Has sido elegido para pilotar el avión número cinco, y lo que tengo que decirte tan sólo tú puedes oírlo. Serás el primero en despegar.
Se abrazaron con innegable afecto, se transmitieron mutuamente palabras de ánimo y cuando al fin me quedé a solas con él, añadí:
-El almirante Canaris te ha designado para esta misión porque en tu expediente consta que te has educado en Estados Unidos.
-Mi padre fue durante muchos años secretario de la embajada, en Washington -admitió.
-En ese caso supongo que conocerás muy bien tu objetivo -señalé.
-Eso depende. ¿De qué se trata?
-De la Casa Blanca.
No me creyó. Agitó la cabeza una y otra vez como si estuviera intentando alejar un mal sueño, giró sobre sí mismo confiando tal vez en que tan sorprendente gesto le ayudara de algún modo a ahuyentar los fantasmas, y por último negó una y otra vez como si estuviera tratando de convencerle de que la tierra era cuadrada.
-¡No! -exclamó-: la Casa Blanca, no.
-Ésas son las órdenes. ¿La conoces bien?
-¡Naturalmente! Pero tiene que existir un error -protestó-. A nadie en su sano juicio se le puede ocurrir la disparatada idea de atacar la residencia del presidente de Estados Unidos.
-Precisamente porque a nadie se le puede ocurrir es por lo que se va a intentar -razoné en lo que se me antojó por aquel entonces de una lógica aplastante-. Despegarás de inmediato, alcanzarás tu objetivo cuando esté oscureciendo, dejarás caer tu carga, seguirás de largo y te lanzarás en paracaídas.
-¿Y acaso imagina que en el improbable caso de que consiga llegar hasta Washington tengo alguna remota posibilidad de acertar en el blanco antes de que me derriben? -quiso saber.
-Pocas... -admití-. Casi ninguna en realidad, pero en este caso lo que importa no es el hecho de conseguir destruir o no el objetivo; lo que importa es el impacto psicológico que significará que el mismo día, y casi a la misma hora, hayamos golpeado a Estados Unidos en tres de sus

Librodot

puntos más representativos.
-¿Y qué se conseguirá con eso?
-Hacerles comprender cuán vulnerables son.
-No lo son. Los conozco bien.
-También yo los conozco, hijo -le hice notar-. ¡También yo!
-¿Entonces...?
-La gracia del tema reside en que nadie hasta ahora se ha atrevido a roncarles en su propia cueva, y de pronto se encontrarán con que el mismo día les hieren en el corazón, en el cerebro y en su brazo mejor armado.
-Demasiadas heridas, ¿no le parece?
-En la guerra, como en el amor, todo vale. Y hoy por hoy la sorpresa y el desconcierto constituyen nuestras mejores armas.
-Las represalias serán terribles.
-Lo sabemos, pero de igual modo sabemos que en esta guerra todo será terrible -le hice notar intentando mostrarme lo más animoso posible-. Especialmente si no la ganamos de un modo rápido y contundente. Si por una de esas absurdas casualidades que se producen a veces consiguieras acertar de lleno en la Casa Blanca y acabar con el presidente Roosevelt, la mitad de ese camino estaría ya recorrido.
-Necesitaríamos un milagro.
-La experiencia nos enseña que los milagros tan sólo se le conceden a quienes los demandan.
El Niño Mosca dudó, observó los mapas que acompañaban a la documentación que le había entregado y agitó una vez más la cabeza en un gesto claramente pesimista.
-¿A qué distancia estamos de Washington? -quiso saber.
-A unos mil seiscientos kilómetros, más o menos.
-¿Y cree sinceramente que ese trasto que ni siquiera sabemos si es capaz de despegar puede recorrerlos?
-Combustible le sobra porque lleva menos bombas que el resto de los aparatos -repliqué seguro de lo que decía-. De ti depende que no te desvíes de la ruta. Si llegas a la capital deberás girar hacia el oeste y en el momento en que descubras una zona despoblada te lanzarás en paracaídas procurando que el avión se aleje lo más posible.
-¿Y cómo se supone que me encontrarán los nuestros una vez que haya tocado tierra?
-No te encontrarán -repliqué seguro de lo que decía.
-¿Y cómo diablos me las arreglaré en territorio enemigo?
-Llevarás documentación americana, tienes una casa a tu nombre en Saint Louis, mucho dinero en el bolsillo, y conoces bien el idioma y el país.
-No creo que con eso me baste.
-Tendrá que bastarte, y estoy convencido de que sabrás arreglártelas para regresar por tus propios medios a Alemania, vía México o vía Canadá.
-Mucho confía en mí sin conocerme.
-Conozco a los oficiales alemanes, y tú eres uno de ellos. A partir de que te sientes en esa cabina todas las decisiones serán tuyas. Y recuerda que la primera responsabilidad de un soldado es conservar la vida.
-¡Difícil me lo pone!
-No lo creo -repliqué-. Lo que debes hacer es volar directamente hacia el norte, hasta que encuentres tierra a la altura de Norfolk. Desde allí tomas rumbo nornoroeste y en menos de una hora estarás sobre tu objetivo. Entregas el paquete, luego realizas un corto vuelo más y te lanzas.
-Dicho así parece fácil. Pero no lo es. Sin embargo, lo intentaré aun a sabiendas de que lo más probable es que me atrapen.
-No lo harán si conservas la calma. Dispones de todo el tiempo del mundo para buscar la mejor forma de ponerte a salvo, porque las órdenes indican que si lo prefieres puedes quedarte en Saint Louis y considerar que la guerra se acabó para ti. Ya habrás hecho más que suficiente

Librodot

y te habrás ganado a pulso la Cruz de Hierro.
-Para lucir la Cruz de Hierro lo primero que hace falta es un cuello del que tener la oportunidad de colgarla.

Librodot

Siempre se ha asegurado que los agentes secretos nazis eran una raza especial de gente astuta, cruel y despiadada.
A lo largo de estos últimos años la literatura y el cine nos han ofrecido una serie de personajes malignos, fanáticos, retorcidos y de una marcada personalidad sádica, imagen destinada sin duda a convertirlos en el espejo del régimen que representaban, y que sí poseía, ciertamente, una gran cantidad de tan odiosos «atributos».
Pero aquel par de retrasados mentales no parecían responder a semejante descripción.
Aquel par de imbéciles debían ser sobrinos de algún poderoso gerifalte de la GESTAPO, las SS o cualquier otra oscura rama del complejo organigrama de la sin duda poderosa maquinaria de guerra alemana, y que probablemente debía haberse visto obligado a utilizar todas sus influencias con el fin de evitar que sus protegidos fueran a luchar al frente, donde probablemente hubieran contribuido de un modo harto eficaz a que se perdiera la guerra con mucha más rapidez, a base de proporcionarles un cómodo destino en una isla tranquila, exótica y lejana, en la que no tendrían otra cosa que hacer que rellenar de tanto en tanto inútiles informes sobre el número y tipo de buques armados que habían atracado en sus puertos.
Pero he aquí que de improviso alguien en Berlín que no debía tener ni la más mínima idea de cuáles eran sus méritos, les había ordenado que se encargaran de un asunto que, tal como Laura había asegurado con muy buen criterio, «les quedaba demasiado grande».
No es que ni a ella, ni mucho menos a mí, se nos pudiera considerar lumbreras en el complejo y peligroso negocio del espionaje, más bien todo lo contrario puesto que habíamos dado claras muestras de nuestra total ineficacia o más bien desinterés por la singular operación en la que nos habíamos encontrado envueltas, pero lo cierto es que frente a aquellos dos personajes de opereta que ni siquiera se daban cuenta de que los estábamos fotografiando mientras esperaban fumando tranquilamente en el banco del jardín, se nos podía considerar poco menos que las James Bond de la época.
Cierto que habían tomado la precaución de cortar la línea telefónica, y cierto también que desde donde se habían colocado controlaban las dos salidas de la casa y parecían muy capaces

Librodot

de abatirnos a tiros en el caso de que hubiéramos intentando escapar, pero también es cierto que de haber dispuesto de un arma, por pequeña que fuera, hubiéramos podido acabar con ellos sin el menor esfuerzo.
¿En qué estaban pensando?
¿De qué hablaban, si ahora incluso «el mudo» no cesaba de charlar por los codos un solo instante?
-¿Qué opinas? -quise saber.
-Que en cierto modo me ofende que hayan destinado a semejante par de tarugos para ocuparse de nosotras -replicó Laura con una de aquellas arrebatadoras sonrisas que tenían la virtud de fascinarme-. En poco nos valora la GESTAPO, si es que se trata de la GESTAPO, cuando consideran que no nos merecemos algo más presentable.
-¿Y qué piensas hacer?
-Continuar con la misma táctica, visto que de momento está dando resultado. Cuanto más importante imaginen que es la operación en que estamos metidas, más nos respetarán y más miedo tendrán a dar un paso en falso, porque cuanto más gris y anodino es un funcionario de bajo rango, más le suelen desconcertar las alturas.
-¿Quién te enseñó todo eso?
-La vida, que es la mejor maestra que existe, querida. Algún día te contaré cómo llegué a codearme con la mayor parte de los jerarcas nazis, incluido el mismísimo Adolf Hitler, y cómo aprendí que cuanto menos respeto les demuestras, más te respetan. Siempre, claro está, que no haya demasiados testigos, puesto que en ese caso se ven obligados a guardar las distancias.
-¡No puedo creer que conozcas personalmente a ese loco!
-¿Loco? -se sorprendió-. Hitler no es un loco, querida. Él es el más sensato de toda esa pandilla de fanáticos, puesto que ha conseguido el poder, que es lo único que en verdad le ha interesado siempre. Los locos son los que le siguen como una manada de borregos, y admito que yo he sido una de las que se dejaron hipnotizar por sus discursos, porque lo cierto es que cuando habla consigue electrizar a la gente e incluso te convence de que le asiste la razón.
-¿Y qué te hizo cambiar de opinión?
-Tú.
-¿Yo? -me sorprendí-. No recuerdo haber dicho nunca nada a favor o en contra de esa bestia.
-No fueron tus palabras, cielo, sino el maravilloso sabor de tu sexo. Entre los alaridos de un político vocinglero o el suave runruneo de tus gemidos cuando mi boca se llena de ti, la elección resultaba bien sencilla. -Me acarició con extrema dulzura entre los muslos para añadir mientras me guiñaba un ojo-: Le he hecho una propuesta que, tras mucho negociar, he conseguido que acepte: yo me quedo con este tibio rincón del mundo, y él puede hacer lo que quiera con el resto.
Nos besamos, y cogidas alegremente de la mano, como si en realidad fuéramos dos despreocupadas colegialas que se dispusieran a dar un inocente paseo por el parque, salimos al jardín en el que nos esperaban los ya más que impacientes agentes nazis.

-¿Y bien...? -exclamó de inmediato Laura con el tono de quien ha tomado una intrascendente decisión sobre en qué restaurante le gustaría cenar, o qué película le apetecería ver esa noche-. Creo que he encontrado una solución que se me antoja satisfactoria para todos.
-¿Y es...? -quiso saber el único que había demostrado que sabía por lo menos hablar.
-En mi opinión la cosa está muy clara: para ustedes, como alemanes, la prioridad estriba en poner a salvo la descodificadora Enigma o, en el peor de los casos, destruirla para que no pueda caer en manos del enemigo, lo que acarrearía terribles consecuencias para nuestras fuerzas armadas... ¿Es cierto o me equivoco?
-Sabe muy bien que es cierto.
-En ese caso, y teniendo en cuenta que falta poco más de una hora para que haga mi llamada diaria, lo mejor que podemos hacer es dirigirnos sin pérdida de tiempo a las oficinas de

Librodot

Buenaventura y Cía. con el fin de que les entregue esa dichosa maquinita. -Hizo un gesto como dando por terminada de un modo definitivo la cuestión al añadir-: Y a partir de ese momento la responsabilidad será toda suya, puesto que yo me lavo las manos en todo cuanto se refiere a este jodido asunto.

El parlanchín intercambió una larga mirada con el mudo.

Al fin este último hizo su único gesto humano de la tarde al asentir con un leve ademán de cabeza.

-¡De acuerdo! -señaló su compañero-. Puede que, en efecto, sea la mejor solución para todos.

-Sin embargo... -le interrumpió Laura alzando el índice con el fin de que no se precipitara-. Esa solución trae aparejada una condición... Ahora me señaló directamente al añadir-: Ella se marcha.

-¿Cómo que se marcha? -se escandalizó el otro, que no parecía dar crédito a lo que oía-. ¡De ninguna manera!

-Pues si ella no se marcha, no hay acuerdo que valga fue la tranquila respuesta.

-¡Pero se trata de un agente enemigo!

-¡Por mí como si fuera el mismísimo Winston Churchill, incluido el puro! fue la desvergonzada respuesta-. Yo la quiero y ella me quiere, por lo que me consta que no contará ni una sola palabra. El resto nos importa un carajo.

-No puedo aceptarlo.

-Pues se acabó la discusión, porque como comprenderá, no soy tan estúpida como para arriesgarme a que, en el momento en que tenga la máquina en su poder, decida eliminar a un par de molestos testigos, uno de los cuales es, según usted, un agente enemigo y el otro una posible traidora. ¡Ni hablar del peluquín! -Laura demostró su dominio de la situación señalando deforma un tanto acusadora la cabeza de su interlocutor comentar en tono de burla-. ¡Por cierto... ; ahora que me fijo, ¿eso que lleva no es una peluca?

-¡Váyase a la mierda, señora! -se indignó el otro-. ¿A quién coño le importa si uso o no peluca? Se supone que estamos tratando temas de suma trascendencia.

-Lo serán para usted -fue la respuesta-. Porque como ya le he dicho, para mí todo este asunto me trae ya sin cuidado, y lo que quiero es liquidarlo cuanto antes. -Laura hizo un gesto alzando la barbilla casi agresivamente al insistir-: ¡Decídase de una vez que el tiempo es oro! O la deja marchar y todos contentos, o no la deja marchar y todos jodidos.

Una vez más el parlanchín consultó con la mirada al mudo y una vez más éste acabó por asentir de mala gana.

Laura asintió a su vez, pero alzó una vez más el dedo en señal de advertencia.

-Creo que de este modo todos saldremos ganando. No obstante, quiero hacerles una última advertencia: si una vez que les haya entregado el Enigma se les ocurre la estúpida idea de liquidarme, deben tener en cuenta que mientras estaban aquí, charlando y fumándose un pitillo, les hemos hecho unas cuantas fotos, y el carrete se encuentra escondido en un lugar de la casa que tan sólo mi amiga conoce.

-¿Nos está amenazando?

-¡Naturalmente! ¡Y no vea de qué modo! Si me reúno con ella dentro de un par de horas, ustedes podrán seguir en paz su camino y nosotras el nuestro. Pero si se les ocurre hacerme daño, esta misma noche el coronel Spencer recibirá esas fotografías, con lo que al amanecer toda la policía de la isla andará tras sus pasos, y como me consta que sólo se puede abandonar Puerto Rico por tres o cuatro puntos que estarán muy vigilados, lo más probable es que acaben en la silla eléctrica por espionaje y asesinato.

-¡Pero bueno...! -se escandalizó el otro-. ¡Es usted una auténtica arpía hija de la gran puta!

-Pues debe ser cierto, porque lo tengo ya muy oído -admitió su oponente sin el menor rubor, para añadir de improviso en un tono barriobajero que sonaba extraño en su boca-: ¡Y apúrate de una vez, pendejo, porque el tiempo se agota! ¿Hay trato o no hay trato?

-Hay trato.

Pese a los muchos años que han pasado aún recuerdo con claridad cuanto sucedió aquella tarde de aciaga memoria, y aún me obliga a sonreír la descarada y pintoresca forma en que una mujer irrepetible manejó una situación que a cualquier persona normal, con dos dedos de frente, le hubiera paralizado de terror.

El mundo se desangraba roto en mil pédalos por culpa de una guerra salvaje e inhumana, y por muy ineptos que pudieran parecer, aquel par de individuos formaban parte de tan brutal confrontación y servían ciegamente a quienes la habían desencadenado.

Y cosa sabida es que los más tontos pueden convertirse, aunque tan sólo sea por el mero hecho de ser tontos, en los más sanguinarios asesinos, puesto que suele ser la inteligencia la que nos ayuda a controlar nuestros impulsos.

No obstante, Laura los trataba con tal desparpajo, que en el momento en que se disponía a marchar y me llevó aparte para pedirme que no regresara a mi apartamento, sino que me reuniera con Ray Spencer en el restaurante La Albufera donde tenía que esperarla, no pude por menos que preguntarme si todo aquello no sería en realidad más que una sutil trampa cuyo alcance estaba muy lejos de mi corto entendimiento.

Sin embargo, era tanto el amor que sentía por aquella prodigiosa criatura, y tanta la seguridad que tenía en que me amaba de igual modo, que la duda tan sólo anidó en un rincón de mi mente durante un par de minutos, por lo que en el momento en que subió al coche y se despidió lanzándome un beso tuve la extraña sensación de que la tierra se abría bajo mis pies.

¡Dios, cómo aborrezco los presentimientos!

Creo que nadie tendrá nunca una explicación que justifique la razón por la que en un determinado momento se nos forma un nudo en el estómago y por nuestra mente cruza una negra nube que nos permite entrever, como entre la neblina, una imprecisa imagen que no logramos captar, pero que nos llena de inmediato el corazón de angustia.

No es lógico ni humano predecir un futuro que no existe ni existirá nunca puesto que todos los futuros se encuentran siempre un segundo más allá de todos los presentes.

Si no somos capaces de adivinar en qué número va a caer la bola de la ruleta un instante más tarde, ¿cómo es posible que consigamos presentir lo que ocurrirá dentro de varias horas?

He pasado años de mi vida dándole vueltas a esa pregunta; incluso he consultado con quienes se supone que deben ser expertos en ese tipo de cuestiones, pero lo cierto es que nadie ha sabido darme nunca una respuesta convincente al hecho de que yo supiera de antemano aquel día que algo terrible estaba a punto de ocurrir.

El Niño Mosca reptó entre los hierros hasta el interior de la cabina, tomó asiento en el reducido habitáculo y tras abrocharse el cinturón de seguridad alzó el dedo pulgar indicando que podíamos enganchar las últimas bombas que cerraban el hueco por el que había penetrado.
Diez minutos más tarde estaba listo para despegar; recuerdo que nos guiñó un ojo como si fuera él quien intentara darnos ánimos y no quien se enfrentara al incierto destino de lanzarse campo adelante sentado sobre miles de litros de combustible y cientos de kilos de explosivos en un cochambroso cacharro sobre el que ni tan siquiera los famosos hermanos Wright se hubieran atrevido a intentar alzar el vuelo.
Rugían los motores. ¡Diablos, cómo rugían!
El singular aparato se estremecía de punta a punta pugnando por precipitarse hacia el final del islote, pero un grueso cable de acero lo mantenía sujeto a la espera de que el joven piloto indicase que había conseguido la máxima potencia.
Aquel valiente muchacho cabalgaba sobre un tigre furioso.
Pero ni el más furioso de los tigres podría hacerle nunca tanto daño como aquel montón de chatarra. ¡Más potencia!
¡Más aún!
Todo vibraba, golpeaba, aullaba y se estremecía, por lo que llegué a temer que tornillos y remaches comenzaran a saltar por los aires como improvisados proyectiles, y si por casualidad uno de ellos se estrellaba contra las frágiles paredes de hojalata de los depósitos de combustible, el Número Cinco, y a continuación los cuatro aviones que se alineaban tras él estallarían, con lo que probablemente de Cazavientos y de cuantos en aquellos momentos nos encontrábamos allí no quedaría ni el recuerdo.
-¡Más potencia! ¡Más potencia! ¡Fuera!
Soltaron el cable y el aparato dio tal salto que a punto estuvo de hacer que las ruedas se salieran de su sitio, pero gracias a que habíamos colocado el centro de gravedad muy bajo y los raíles muy separados, mantuvo el equilibrio y se deslizó como un bólido en busca del extremo sudoeste del desolado peñasco.

Librodot

Contuve el aliento.
Creo que todos lo contuvimos al tiempo que cerrábamos los puños como si con nuestro esfuerzo pudiéramos proporcionar a la ruidosa máquina aún más potencia, y observamos cómo se alejaba con los torpes movimientos de un albatros que corriera bamboleándose sobre sus cortas patas en busca de un abismo al que precipitarse confiando en que sus largas alas le libraran de estrellarse contra el suelo.
-¡Arriba, arriba, arriba!
El grito era de todos aun a sabiendas de que el infeliz Niño Mosca no podía oírnos puesto que su estrambótica montura había recorrido ya más de la mitad de la corta pista y su atención estaba puesta en el azul del mar que se aproximaba vertiginosamente hacia el metálico ataúd sin escape posible en el que le habíamos encerrado.
-¡Arriba, arriba, arriba!
-¡Por el amor de Dios! ¡Elévate!
Una bandera roja marcaba el punto, a cincuenta metros de la orilla, en el que debería accionar la palanca que le libraría del carro metálico, pero el joven barbilampiño demostró su valor y su pericia porque le permitió a los motores un margen adicional de veinte metros antes de desprenderse de las ruedas.
Aún continuaron juntos aquel último tramo hasta llegar al mar, pero mientras el carro se hundía levantando una nube de espuma, el montón de chatarra continuó en línea recta, a menos de cinco metros de la azul superficie, de tal modo que casi rozó la mayor de las olas, y así voló fatigosamente durante poco más de quinientos metros antes de comenzar a ganar altura tan pesadamente y tan despacio que daba la impresión de que la menor ráfaga de viento le obligaría a capotar definitivamente.
-¡Sube, sube, sube! -gritábamos hasta desgañitarnos.
-¡Venga, venga, venga... !¡Sube! ¡Y subió!
Luego comenzó a girar con exquisita suavidad hacia la izquierda, y al poco se perdió de vista rumbo al norte. Se escuchó un común suspiro de alivio y Alicia Tragamillas, que me había clavado las uñas en el antebrazo hasta hacerme sangrar, exclamó en un tono de sinceridad que le salió del alma:
-¡Si no lo veo, no lo creo!
Me volví a mirarla francamente ofendido.
-¿Tan poca confianza tenías? -quise saber.
-Ninguna, querido -replicó con la habitual desvergüenza que en ella se convertía casi en virtud-. Si quieres que te sea sincera hubiera apostado veinte a uno a que ese pobre muchacho acababa en el fondo de mar.
-Pues ya ves que habrías perdido.
-De lo cual me alegro, aunque aún no las tengo todas conmigo. ¿Y adónde se dirige, porque yo sepa, en esa dirección se encamina directamente a Estados Unidos?
-Eso es secreto.
Recuerdo que me tomó de la mano y tiró suavemente de mí.
-¡Anda que te gusta a ti un secreto! -exclamó-. ¡Ven! Ven que vamos a celebrar este inolvidable triunfo con la mejor mamada de la historia de las mamadas.
Cumplió su promesa pues fue la mejor sin duda alguna, o al menos así me lo pareció, porque el placer físico iba acompañado de la increíble satisfacción que me producía el comprobar que aquello por lo que había estado luchando tantos años comenzaba a convertirse en realidad.
La operación «Puerta del Pacífico» había iniciado su última y definitiva singladura, y con las guarniciones americanas sesteando al sol en las playas panameñas ya nada ni nadie podría detenerla.
Durante la media hora siguiente, que era la ventaja que había decidido permitirle al Niño Mosca, visto que tenía que recorrer casi doscientos kilómetros más que el resto de los pilotos, permanecí tumbado sobre la arena acariciando el cabello de quien había sabido satisfacerme con tanto entusiasmo, y tratando de hacerme a la idea de que los portaaviones japoneses se

Librodot

estarían aproximando a las Hawai y pronto pondrían proa al viento con el fin de que un centenar de sus mejores bombarderos despegaran decididos a aniquilar sin conmiseración alguna a la poderosa pero desprevenida escuadra americana.
¡Domingo siete de diciembre de mil novecientos cuarenta y uno! Soñaba con que aquel día quedara marcado con fuego y plomo en el libro de la historia. Y de hecho así fue.
Por suerte o por desgracia, las nuevas generaciones ya lo han olvidado, y la mayor parte de los jóvenes ni siquiera tienen una remota idea de lo que significó la más sangrienta de las guerras, ni cómo su destino quedó marcado por cuanto sucedió durante aquellos años. Menos idea tienen, lógicamente, de la imborrable huella que dejó en los millones de seres humanos que se encontraban implicados de una forma u otra en tan salvaje conflicto cuanto aconteció durante aquel tranquilo domingo de diciembre.
Dudo que a todo lo largo de la historia se hayan utilizado en una sola jornada, tantas armas, tantas municiones y tantos hombres al servicio de una sola causa: convertir la tierra y el mar en un auténtico infierno. La capacidad de destrucción que el ser humano fue capaz de desatar aquel lejano día, tan sólo es comparable a la energía desatada por la erupción del volcán Krakatoa, algún olvidado terremoto, o la caída de un gigantesco meteorito en Siberia durante el pasado siglo.
Y eso sin contar, claro está, con la bomba de Hiroshima.
Pero esto último ocurriría años más tarde. Consulté el reloj; había llegado la hora, y los cuatro aviones restantes despegaron a su debido tiempo.
Los momentos fueron de idéntica tensión puesto que idéntica era la dificultad a la que se enfrenaban, pero me habían proporcionado a los mejores pilotos disponibles, y ninguno de ellos me decepcionó a la hora de encarar su difícil misión.
Cuando el último aparato se perdió de vista con rumbo sursuroeste fue como si de pronto me hubiera convertido en un globo que se deshinchaba por minutos.
La larga tensión acumulada dejó paso a un extraño sentimiento de vacío que quiero imaginar que le asaltará a todo aquel que corona la cima de una casi inaccesible y peligrosa montaña.
Mi trabajo estaba hecho.
Media vida dedicada a un solo sueño es sin duda demasiado tiempo, y cuando ese sueño se concreta nada queda, puesto que jamás volverá a aparecer un sueño de semejante envergadura.
Se ocultaron de nuevo los raíles, el islote recuperó su desolado aspecto de siempre, y nos reunimos en la mayor de las cuevas a la espera de que la radio trajera la buena nueva.
Ya todo estaba en manos del destino.
Domingo, siete de diciembre de mil novecientos cuarenta y uno.
Un día que miles, tal vez millones, de seres humanos, hubiéramos preferido que nunca llegase.
Si en verdad existiese un ser supremo preocupado por el bienestar de las criaturas que creó, habría borrado esa abominable fecha del calendario.
Día maldito entre los malditos. El día de la violencia.

Librodot

Caía la noche sobre San Juan, las calles aparecían semidesiertas, tan sólo algunas parejas se acariciaban en los bancos de las más oscuras plazas y al cruzar bajo los muros de la fortaleza tuve la extraña sensación de que alguien me iba a lanzar a la cabeza uno de los antiquísimos e imponentes cañones que allá arriba asomaban sus bocas por las troneras.
La brisa que llegaba del mar traía ruido de olas y olor a yodo, al tiempo que agitaba las copas de unas palmeras que parecían bailar al ritmo de una cumbia lejana, por lo que cuanto me rodeaba invitaba a disfrutar de una pacífica noche caribeña, aunque algo gritaba en mi interior que aquélla nunca sería una noche pacífica.
Cuando llegué al restaurante tan sólo se encontraban en él los dueños y un espigado camarero que canturreaba por lo bajo mientras secaba una larga hilera de vasos.
Telefoneé a Ray Spencer, que hizo su aparición apenas diez minutos más tarde.
-¿Qué ha ocurrido? -inquirió sin intentar ocultar su inquietud al advertir la expresión de mi rostro.
-Se presentaron dos hombres -dije-. Dos agentes alemanes. Lo sabían todo sobre mí y Laura se fue con ellos.
-¿Adónde?
-Me hizo prometer que no te lo diría.
-¿Por qué?
-Hizo un trato con ellos a cambio de que me dejaran marchar.
-¿Qué clase de trato?
-Tampoco puedo decírtelo.
-¡Por los clavos de Cristo! -no pudo por menos que exclamar fuera de sus casillas-. ¿A qué viene tanto misterio?
-A que lo único que me importa es Laura, y no quiero que corra ningún peligro -repliqué, y juro que nunca he estado tan segura de algo-. Tengo que esperarla aquí, y tal vez ella acceda a contarte el resto de la historia.
-¿Es que ya no confías en mí?
-Tan sólo confío en Laura.

Librodot

-Lamento oír eso... -masculló entre dientes.
-Y yo lamento tener que decirlo, pero es que en toda esta intriga las piezas no encajan, y no sé por qué tengo la impresión de que me ocultas algo. -Le miré a los ojos tratando de descubrir si trataba de engañarme o eludir la respuesta al añadir-: Si sabías que nos estaban vigilando, ¿por qué diablos no pusiste a nadie para protegernos?
-Es domingo.
-¡Valiente excusa! -no pude por menos que exclamar indignada-. ¿Acaso los espías no espían en domingo?
-Tengo a la mayor parte de mi gente buscando a esos malditos aviones porque hemos averiguado que el Sorrento fue visto frente a Moss Town, en Cat Island, el día anterior a su naufragio, y eso me obliga a sospechar que tal vez nos tendieron una trampa y habían descargado las hélices antes de asesinar a nuestros agentes y mandar el barco al fondo del mar.
-¡Vaina!
-Tú lo has dicho... ¡Vaina! Resulta bastante probable que en estos momentos media docena de aviones, con sus hélices incluidas, anden ocultos por ahí, quizá ante nuestras propias narices. Y eso me preocupa -masculló-. Te juro que me preocupa. Y mucho.
-¿O sea que has caído en tu propia trampa? -inquirí-. Sigo pensando que para ti esto no es más que un juego y lo que te molesta es que tus contrincantes te hayan ganado la partida.
-Eso aún está por ver, y puede que se tratara de un juego si la apuesta no fueran miles de vidas humanas -replicó extrañamente serio, porque por primera vez desde que le conocía el pelirrojo parecía haber perdido aquella flema que parecía ser la parte más destacada de su personalidad-. Y si yo pierdo la partida, otros muchos lo perderán todo.
-Pero eso no cambia las cosas -protesté-. Al menos podrías haberme avisado, y no hubiera ido a casa de Laura donde estábamos más expuestas a ser sorprendidas que en mi apartamento.
-A mi edad nadie imagina que alguien esté deseando hacer el amor todos los días y a cualquier hora. Ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de que, estando aquí tu madre, decidieras visitar a Laura.
-Mi madre se fue a casa de una amiga y no podía arriesgarme a que regresara de improviso y nos sorprendiera en la cama.
-¡Ya estoy viejo para esto! -refunfuñó de improviso-. Demasiado viejo, no sólo de cuerpo, sino sobre todo de mente. Por más que lo intento, la intensidad de lo que existe entre vosotras se me escapa.
-No me sorprende, puesto que también se me escapa a mí, que soy parte interesada.
-En ese caso entenderás que cometa errores que en otras circunstancias jamás hubiera cometido -dijo-. Admito que tienes razón y que mi obligación era protegerte, pero el mal ya está hecho y no sirve de nada lamentarse. ¿Qué crees que puedo hacer por Laura?
-Olvidarla y no tener en cuenta que en una ocasión colaboró con el enemigo. A partir de ahora, ni ella trabaja para los alemanes, ni yo para ti -repliqué intentando darle a mi voz el tono más convincente posible-. Nos vamos a Colombia, nos aislaremos del mundo, y no queremos volver a saber nada de vuestra maldita guerra.
-Por mí no hay problema -replicó encogiéndose de hombros-. Me olvidaré de ella. Te lo debo por lo mucho que nos has ayudado. Pero ya te dije en una ocasión que dudo que podáis desligaros de una guerra que pronto afectará a la mayor parte de la humanidad. No quedará un solo rincón del planeta al que no alcancen los gemidos de los caídos, sus viudas y sus huérfanos, y si llega un momento en que no los escuchas, no querrá decir que estás lejos, querrá decir que estás muerta.
-No estoy de acuerdo -le contradije-. Haré cuanto esté en mi mano por ayudar a los que sufren, pero lo que no quiero es tomar parte en ello, ni de un lado ni del otro.
-Sabes muy bien que la nuestra es una lucha justa, y que tenemos razón a la hora de enfrentarnos a quienes pretenden dominar el mundo sin más razones que la fuerza.

Librodot

Fue en ese momento cuando uno de sus hombres acudió a susurrarle algo al oído, y advertí que de inmediato su rostro se demudaba y palidecía hasta quedar tan blanco como el papel.
Se puso en pie de un salto y se encaminó a la puerta.
-¡Vuelvo enseguida! -acertó a balbucear.
-¿Qué ha ocurrido? -inquirí alarmada.
Aún no lo sabemos exactamente -replicó, y desapareció dejándome con la palabra en la boca.

Librodot

El radiotelegrafista había conectado el aparato a dos potentes altavoces, de tal manera que dondequiera que nos encontrásemos, incluso casi a mitad del islote o pescando en las rocas en el extremo norte, podíamos escuchar las noticias y la música que llegaban desde el mismísimo Berlín.

Pronto estaríamos allí.

La mayoría soñábamos ya con el momento en que la vetusta goleta acudiera a recogernos con el fin de trasladarnos a la vecina Cuba, desde donde uno por uno, y sin hacernos notar, emprenderíamos el regreso a casa por intrincadas vías de muy distintos países sudamericanos.

A mí me aguardaba la Cruz de Hierro y tal vez, si el almirante cumplía su palabra, un ascenso vertiginoso. Supongo que resultará difícil aceptarlo, pero lo cierto es que aquella larga tarde de diciembre a orillas del Caribe, lo que menos me importaban eran las condecoraciones o los nombramientos con que me pudieran recompensar cuando me encontrara de nuevo en casa. Nada de cuanto había hecho a lo largo de aquellos años perseguía la gloria personal, eso puedo jurarlo. Perseguía el sueño de poner a la prepotente Norteamérica de rodillas a los pies de mi patria, vengando así las incontables ofensas de antaño y dejando una vez más clara evidencia de que constituíamos sin duda alguna un pueblo superior en valor, inteligencia, capacidad de trabajo y sacrificio.

Comprendo que quien lea esto en los albores del siglo XXI no podrá evitar una leve sonrisa despectiva destinada a tantos pobres ilusos como ofrecimos nuestro corazón, nuestro sudor y nuestra sangre en aras de unos ideales que en la actualidad se encuentran, por suerte, trasnochados.

Pero fueron millones los nacionalsocialistas, fascistas, socialistas o comunistas que no dudaron a la hora de inmolar sus vidas debido al hecho de que durante aquellos convulsos tiempos la humanidad se había desmembrado como si se tratara de un cuerpo al que se le hubieran arrancado los brazos y las piernas, y cada uno de esos miembros pugnara por vivir por su lado y demostrar su superioridad sobre el resto del cuerpo.

Existió un Renacimiento, y existieron unos Siglos de Oro para la pintura, la escultura, la música o las letras, pero a mi modo de entender, el siglo XX, hasta la caída del muro de

Berlín, fue a todas luces el Siglo de Oro de la confusión de los ideales y la violencia sin sentido.
Me tocó vivir aquella tenebrosa época y quiero suponer que no fui más que uno de los tantos actores de tan macabra tragedia, por lo que consideraría injusto que se juzgaran mis actos del pasado a la luz del presente.
Aunque a decir verdad poco importa a mi edad que se me juzgue bajo una u otra luz, o bajo un determinado código ético.
Quedan ya tan pocos testigos de tamaña barbarie que puedan entender lo que significó y de qué modo nos condicionó a todos, que intentar explicarle a las nuevas generaciones el trasfondo de que aquel dislate sería tanto como pretender que Cantinflas desarrollara la teoría de la relatividad.
A menudo he llegado a pensar que parte de la culpa de tanta confusión la tuvieron los libros.
A principios del siglo XX las ediciones populares empezaron a ponerse al alcance de gentes que antes no habían tenido fácil acceso a la lectura, y que en su mayor parte no estaban preparadas para asimilar tal cúmulo de conocimientos, por lo que acabaron empachándose de ideas y malinterpretando lo que leían.
Incluso en la frase más inocente el ignorante que se considera iniciado ve lo que quiere ver, puesto que nada existe con más capacidad para retorcer los argumentos que la mente de un obtuso ilustrado.
Y fueron ellos, los cientos de miles de nuevos obtusos ilustrados, los que nos precipitaron en el caos. Pero eso no es algo que pueda explicarse por medio de Internet porque en realidad ni siquiera yo lo tengo muy claro.
De improviso cesó la música y a través dé los altavoces llegó con notable nitidez, una angustiosa llamada: -¡Atención, Cazavientos! ¡Atención, Cazavientos! ¡Tengo problemas con la hélice del motor derecho! Era la inconfundible voz del Niño Mosca.
-¡Atención, Número Cinco! ¡Atención, Número Cinco! ¡Aquí Cazavientos! ¿Qué clase de problemas?
-¡Vibra en exceso!
Corrí hasta el receptor y me apoderé del micrófono.
-¿Qué quieres decir con eso de que vibra en exceso?
-Lo que he dicho. No cesa de agitarse y tengo la impresión de que se va a partir de un momento a otro.
-¡Pero eso es absurdo! -protesté.
-Absurdo o no, señor, es lo que está ocurriendo. Y resulta evidente que pierdo altura... ¿Qué hago?
Me volví a un ingeniero de vuelo que se encontraba a mi lado y le interrogué en silencio.
-¡Que suelte peso! -fue lo único que acertó a decir.
-¿Cuánto?
-Un par de bombas.
-¿Lo has oído, Número Cinco?
-Lo he oído, señor. Suelto dos bombas. Trascurrieron diez o doce minutos antes de que llegara de nuevo, alta y clara, la voz del Niño Mosca-. El problema persiste, señor. El motor trabaja, pero la hélice no parece cumplir su función y es como si resbalara en el aire. Cada vez me cuesta más dominar el aparato. Vibra y se encabrita como un potro.
-¿Cuánto tiempo crees que podrás mantenerte en el aire?
-No tengo ni la menor idea, señor, pero supongo que no mucho.
Aquélla fue otra de las órdenes ciertamente amargas que me he visto obligado a dar a lo largo de mi vida.
-¡De acuerdo, hijo! ¡Suéltalo todo, dirígete a tierra e intenta salvarte!
Nunca he sabido si aquel valeroso muchacho consiguió llegar a viejo o acabó precipitándose al mar encerrado en su ataúd de hierro.
Durante mucho tiempo abrigué la esperanza de que las hélices hubieran aguantado lo

Librodot

suficiente como para permitirle alcanzar la costa, lanzarse en paracaídas y perderse para siempre entre la multitud de un país que conocía a la perfección y en el que habría resultado relativamente sencillo pasar inadvertido disponiendo como disponía de los abundantes medios materiales que le habíamos proporcionado.

Si ocurrió así y eligió no regresar a una guerra en la que tenía pocas probabilidades de sobrevivir, no le culpo; ya había hecho por su patria más de lo que era justo exigir a cualquier ser humano.

En cierta ocasión, allá por los años setenta me gasté más de cien mil dólares en insertar durante varios días un anuncio en varios de los periódicos más importantes de Estados Unidos:

A CAZAVIENTOS LE GUSTARÍA TENER NOTICIAS DEL NIÑO MOSCA.

Y adjuntaba un número de teléfono. Pero nadie llamó.

Aguardé durante más de una hora.

Habían llegado tres clientes que mantenían una intrascendente conversación en una mesa cercana mientras me esforzaba sin el menor éxito por conservar la calma, con la mirada fija en una puerta por la que esperaba ver aparecer, más hermosa y sonriente que nunca, a la razón de mi vida.
Tan sólo quien haya amado hasta la desesperación podrá comprender lo que sentía por segunda vez en menos de un año.
Allá en Los Ángeles había tenido que soportar una espera similar.
Y la sensación de fatalidad era la misma.
No era justo, ni lógico, que un rayo fuese a caer por segunda vez en el mismo árbol.
De la pared colgaba un desconcertante reloj de péndulo cuyas agujas giraban siempre en dirección contraria.
Ni tan siquiera los actuales dueños eran capaces de explicar qué fue lo que impulsó al primer propietario del restaurante, aquel valenciano que regresara tanto tiempo atrás a su patria, a adornar su coqueto local con una pieza tan incongruente y estrafalaria.
¿Qué sentido tenía?
¿Qué razón le impulsó a ordenar que le fabricaran algo que evidentemente no servía más que para desconcertar y hacer pensar a los clientes?
Aún continúo sin explicármelo y resulta evidente que me iré al otro mundo sin encontrarle un significado a semejante sinrazón.
Son tantas las preguntas a las que nunca supe encontrar respuesta, que ésa no es más que una anécdota sin importancia en el conjunto de una vida en cierto modo inexplicable.
Pero si alguien, al leer estas páginas conoce los motivos que impulsaron a aquel hombre a hacer algo tan fuera de lugar, le quedaría muy agradecida si me lo comunicase, puesto que al menos así me iría a la tumba un poco más tranquila.
Tal vez aquel valenciano fuera un incondicional de Lewis Carroll y su Alicia en el País de las Maravillas. Es lo único que se me ocurre.
Pero ¿a qué viene ahora todo esto?
Quiero suponer que viene a que me aterroriza la idea de tener que continuar escribiendo sobre

Librodot

cuanto ocurrió aquella noche.
El contestatario reloj marcaba las cuatro menos diez, ignoro si de la mañana o de la tarde, que poca importancia tenía vista la inutilidad de su presencia, cuando de improviso se escucharon gritos y un inusitado alboroto, y la dueña del local se apresuró a elevar el volumen de la radio que se encontraba en un rincón del mostrador.
-¡Escuchen! ¡Escuchen esto! -exclamó fuera de sí. En un principio me costó entender a qué diablos se estaba refiriendo el nervioso locutor que parloteaba un inglés casi ininteligible, pero al poco resultó evidente que estaba intentando informar de que un sinfín de aviones japoneses estaban bombardeando a los buques de la armada americana atracados en la bahía de Honolulú.
-¡Que el cielo me asista! -sollozó uno de los clientes que aparentaba encontrarse en edad militar-. ¡Estamos en guerra!
-¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos!
Todo fue confusión y desconcierto mientras rodeábamos la radio mirándonos los unos a los otros, incapaces de dar crédito a lo que estábamos oyendo, y quizá no debería confesar que en cierto modo me sentí aliviada al suponer que aquélla era la terrible tragedia que desde hacía varias horas venía presintiendo.
Reconozco que no es justo para cuantos murieron aquel nefasto día en Pearl Harbor.
Es cruel.
Pero sabido es que la mayor de las tragedias lejanas carece de importancia frente a la menor de las cercanas. Miles de inocentes cayeron aquel día, y millones más caerían por culpa de un ataque a traición sangriento y vergonzoso, pero en aquellos momentos no me sentía capaz de pensar en ello, y sí en el hecho de que a mí no me afectaba de una forma directa.
Cien veces he confesado ese horrendo pecado, pero ningún sacerdote ha acertado a imponerme una penitencia adecuada.
No está en los libros, e imagino que tampoco en los manuales de ética.

Librodot

-¡Atención, Cazavientos! ¡Atención, Cazavientos! ¡Aquí Número Dos! Me están fallando las hélices. ¿Qué hago?
-¡Atención, Cazavientos! ¡Atención, Cazavientos! Aquí Número Cuatro. Una hélice se ha partido y pierdo altura. ¡Que Dios me ayude! ¡Me estrello!
Largos sueños, años de trabajo y cuatro hombres, se hundieron en lo más profundo del océano. Desaparecieron sin dejar rastro.
De mi pechó jamás colgó una Cruz de Hierro que nunca me importó.
Lo único que me importó a partir de aquel nefasto día fue averiguar la verdadera razón por la que se estrellaron aquellos cinco aviones.
¿Cuál fue mi error?

Librodot

Había regresado a la mesa, a continuar observando cómo aquel estúpido reloj se burlaba del mundo, cuando al poco hizo su entrada Ray Spencer, que vino a sentarse frente a mí.
Me tomó de las manos, aguardó unos instantes como si necesitara armarse de todo el valor del mundo, y por fin musitó:
-Ha ocurrido algo espantoso.
-Lo sé... -repliqué-. La radio acaba de decirlo. Nunca imaginé que los japoneses fueran capaces de iniciar una guerra sin previo aviso.
Me observó desconcertado, dudó, pero al fin negó con un leve ademán de cabeza al tiempo que señalaba:
-No se trata de eso.
Se me paralizó el corazón.
-¿De qué entonces? -acerté a inquirir con un hilo de voz.
-Ha habido una terrible explosión en las oficinas de Buenaventura y Cía. y se han encontrado tres cadáveres. Uno es el de Laura.
En aquel justo momento el mundo se detuvo.
Pasé varios años en una casa de reposo.
Mi madre llegó a confesarme que estaba convencida de que jamás me recuperaría, pero está claro que el tiempo es el único capaz de hacer milagros, y al parecer un famoso neurólogo acaba de descubrir que el cerebro posee un sofisticado mecanismo de defensa que le permite, a veces con gran dificultad, olvidar los más amargos momentos.
Aunque nadie asegura que sepa olvidar de igual modo los momentos felices y a las personas que lo hicieron posible.
Laura, su olor, su piel, su risa y el sonido de su voz han continuado a mi lado durante este insoportable período de tiempo, toda una vida, y no existe ni ha existido nunca mecanismo de defensa alguno -que me permita apartarla de mi corazón y de mi mente ni tan siquiera cuando duermo.
Ésa es sin duda mi insoportable penitencia.
La que va mucho más allá de la que el más inflexible sacerdote hubiera sido capaz de

Librodot

imponerme. ¡Sesenta y dos años de penitencia!
¡Demasiados!
Durante la mayor parte de ellos al dolor se unía la obsesión por tratar de averiguar por qué razón había muerto tan adorable criatura si al parecer lo tenía todo controlado.
No conseguía explicarme qué podía haber ocurrido. Al fin, hace ya más de una década, un día acudió a visitarme, tal como solía hacer con relativa frecuencia, mi viejo amigo Ray Spencer.
Se sentó en ese sillón, justo el que está ahí enfrente, y durante un largo rato estuvimos charlando sobre temas intrascendentes, y sobre cómo sus compañeros de Lisboa se habían burlado de los alemanes dejando continuar viaje a las hélices de los aviones, pero no sin antes haberlas saboteado cortándolas con una sierra muy fina hasta casi la mitad y pintándolas luego para dejarlas como nuevas.
De ese modo, si se les perdía el rastro y acababan llegando a su destino, los aparatos en los que se instalaran tan sólo podrían volar dos o tres horas antes de que se partieran.
Los restos de un extraño avión que portaba aquellas hélices partidas habían aparecido en lo más intrincado del interior de Jamaica ocho años atrás.
A Ray Spencer le gustaba recordar aquella anécdota de auténtico juego de espías a la antigua usanza. Al rato, y cuando ya imaginaba que se disponía a marcharse, alargó las manos, tomó las mías al igual que había hecho aquella lejana y desgraciada noche, y cambiando de modo súbito el tono de voz, musitó:
-Esta vez he venido a despedirme para siempre, querida. Los médicos me han asegurado que no veré el próximo verano, y quiero que me entierren en Escocia.
No me sentí con fuerzas para pronunciar ni una sola palabra. Aquel hombre era el último eslabón que me unía a mi pasado y el único con quien podía hablar de Laura sabiendo que me entendía, pero ahora también iba a faltarme.
Su fin significaba el principio de mi fin.
Durante un largo rato permanecimos así, cogidos de la mano, proporcionándonos el uno al otro las fuerzas que estábamos necesitando, hasta que susurró apenas:
-Sin embargo, hay algo con lo que no me quiero ir a la tumba; un secreto que cien veces he querido revelarte pero nunca me atreví a aclarar por miedo a perder tu amistad, que es, te lo aseguro, lo más importante que me queda en la vida.
-¿Que me quieres...? -inquirí burlona-. Eso no es ningún secreto, querido. Siempre lo he sabido.
-No... -replicó con una leve sonrisa-, no se trata de eso porque no soy tonto y también sé que ya lo sabías. Se trata de la muerte de Laura, y de que me consta que siempre me consideraste en cierto modo culpable porque no había sabido protegeros.
-Eso ya está olvidado y carece de importancia -le hice notar.
-No para mí -señaló-, no para mí.
Hizo una nueva pausa, se tomó un tiempo de reflexión y por último pareció decidirse a continuar.
-Lo que en verdad ocurrió -dijo- es que habíamos captado varios mensajes tan indescifrables, que nos llevaron al convencimiento de que en San Juan tenía que encontrarse una máquina Enigma, y que probablemente Laura era de las pocas personas que sabían dónde estaba escondida. De hecho eres testigo de que lo sabía.
-En efecto, lo soy -admití evidentemente confusa-, pero no entiendo adónde quieres ir a parar.
-A que todo fue una trampa.
-¿Trampa? -repetí como una idiota cada vez más desconcertada-. ¿A qué clase de trampa te refieres? A que aquel par de infelices no eran en absoluto agentes alemanes.
-No acabo de comprender de qué demonios estás hablando protesté-. ¿Cómo que no eran agentes alemanes? Lo dijeron claramente.
-Pero no era cierto. Trabajaban para mí.
-¿Para ti? -repetí como una idiota-. ¿Y por qué para ti?
-Porque me constaba que Laura te adoraba, pero no estaba seguro de cómo reaccionaría si se

Librodot

veía obligada a elegir entre ti o traicionar a los nazis. Pero sí estaba seguro de cómo reaccionaría si se veía obligada a elegir entre tu vida o devolver la Enigma a los alemanes para desaparecer definitivamente olvidándose de la guerra.
-¿Estás tratando de decirme que me utilizaste como cebo? -inquirí sintiéndome incapaz de aceptarlo.
-¡Lo siento! -replicó evidentemente compungido-. Llevo casi medio siglo lamentándolo, pero eran demasiadas las vidas en juego. Y te juro que estaba seguro de que todo saldría bien. Confiaba en que Laura entregara la máquina a los falsos agentes nazis convencida de que era lo mejor que podía hacer si es que pretendía marcharse contigo a Colombia... -Hizo una nueva pausa para lanzar un largo suspiro y exclamar-: ¡Pero algo salió mal!
-¿Qué fue lo que salió mal? -quise saber.
-No tengo ni la menor idea. Probablemente aquel par de infelices, los únicos que pude conseguir dadas las prisas y las circunstancias, no supieron hacer su papel y Laura debió darse cuenta de la trampa en el último momento. Tal vez se trató de un accidente, o tal vez, y eso es lo que siempre he querido creer, hizo explotar la bomba a sabiendas, convencida de que aquélla era la mejor forma de salvarte.
-Pero el caso es que murió -murmuré-. Y yo con ella.
-Demasiados inocentes murieron sin motivo en aquella guerra.
-Ninguno como Laura.
-En eso puede que tengas razón -reconoció, y sus palabras sonaban sinceras-. Ninguno como Laura. ¿Serás capaz de perdonarme?
-¡Querido mío! -repliqué-. Yo hace años que he aprendido a perdonar a todos... Excepto a mí misma.

No han cambiado mucho las cosas durante esta última década; aún no he aprendido a perdonarme por todo el mal que causé y todos los pecados que cometí, pero si quiero mostrarme en verdad sincera, debo admitir que el hecho de haber contado, sin pretender ocultar nada, cuanto ocurrió durante aquellos tenebrosos y a la vez esplendorosos años, me ha ayudado a alejar de mi lecho a algunos de los incontables demonios que a menudo lo invaden.
Ese lecho, y mi tumba, continúan estando reservados a una sola persona... Laura.
Intenté acallar mi desesperación regresando a la infantil costumbre de escribirle cartas que encerraba en botellas que arrojaba al mar con la vana esperanza de que su alma, dondequiera que se encontrase, pudiera leerlas y comprender lo mucho que la necesitaba.

Una cálida mañana de septiembre, casi en las mismas fechas en que la conocí, una ola empujó hasta los pies descalzos que Laura con tanto amor me acariciaba, una botella que había enviado tres años antes, y comprendí que era ella quien me la devolvía.
Ahora prefiero leerle esas cartas en voz alta, una y otra vez, noche tras noche, porque de ese modo sé que nunca me olvida y espera, con la paciencia de aquellos para los que el tiempo no cuenta, a que me reúna con ella.

Fuiste como un cáncer que un ya lejano día se instaló, no sé cuándo, ni cómo, ni por qué, en un rincón perdido de mi cuerpo, y allí te dedicaste a crecer, sin pausa ni medida, sin lógica aparente, pero tan firmemente arraigado y tan indestructible, que el dolor de sentirte en mi interior tan sólo era superado por el dolor de no sentirte cerca.
No existía contra el fulgor de tus ojos al mirarme, tratamiento alguno.
No existía contra el temblor de tu cuerpo al entregarte, ninguna cirugía.
No existían contra el embriagador aroma de tu piel, radiaciones fiables.
Y no existía sinfonía comparable a tu risa adorable. Por eso, una vez más te repito:
Quien quiera saber lo que es amor, que me pregunte. Quien quiera saber lo que es dolor, que

Librodot

me pregunte. Y quien quiera saber lo que es morir de amor y de dolor porque estás muerta, que llame a mi puerta.

Lanzarote, enero de 2004

Librodot